

A woman with dark hair in a bun, seen from behind, stands on a balcony. She is wearing a voluminous, off-the-shoulder orange gown with a dark lace bodice and long sleeves. The skirt of the gown is full and has a blue and gold patterned train. She is looking out over a landscape with trees in autumn foliage. In the top left corner, there is a circular logo with a floral border containing the text 'LAS Hermanas Ellsworth'.

LAS
Hermanas
Ellsworth

CORAZÓN PARTIDO y ACEBO

THE SUMMER
HANFORD

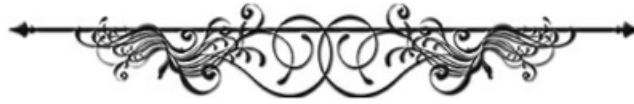
CORAZÓN PARTIDO Y ACEBO
EL LIBRO III DEL CUARTETO DE LAS HERMANAS
ELLSWORTH

L SUMMER HANFORD

TABLA DE CONTENIDO

<u>Introducción</u>
<u>Capítulo Uno</u>
<u>Capítulo Dos</u>
<u>Capítulo Tres</u>
<u>Capítulo Cuatro</u>
<u>Capítulo Cinco</u>
<u>Capítulo Seis</u>
<u>Capítulo Siete</u>
<u>Capítulo Ocho</u>
<u>Capítulo Nueve</u>
<u>Capítulo Diez</u>
<u>Capítulo Once</u>
<u>Capítulo Doce</u>
<u>Capítulo Trece</u>
<u>Capítulo Catorce</u>
<u>Capítulo Quince</u>
<u>Capítulo Dieciséis</u>
<u>Capítulo Diecisiete</u>
<u>Epílogo</u>
<u>Acerca de la Autora</u>
<u>Copyright</u>

CAPÍTULO UNO



Will presionó la espalda contra la corteza rugosa, ladeando la mirada para mirar interrogativamente al Capitán Cooper. En la luz del alba, el otro hombre parecía tan pálido como una sábana limpia. Con la espalda contra el árbol que crecía al lado del de Will, Cooper alzó una mano visiblemente temblorosa para frotarse el puente de la nariz con un dedo.

“Es casi el amanecer,” susurró Will, su voz lo suficientemente baja para que los hombres más cercanos, invisibles en la oscuridad de la arboleda, no pudieran oírle.

Cooper asintió con un movimiento brusco.

“Si no tomamos esa loma, buenos soldados ingleses serán arrasados cuando llegue el mediodía,” presionó Will.

De nuevo, Cooper asintió con la cabeza.

“Cuando salga el sol, les dará a ellos primero, allí arriba. Entonces es cuando tenemos que ir a la carga.”

Cooper tragó. “No puedo.”

Al abrigo de la arboleda, Will estiró una mano y apretó el brazo de Cooper. “Tú eres nuestro capitán. Tú tienes que dar la orden de subir a esa colina.” Apretó con más fuerza. “Tú tienes que guiarnos a esa loma.”

Cooper se giró para mirarle, sus ojos grandes y brillantes contra la blancura de su rostro. “No puedo hacerlo,” susurró. Estiró las manos con las palmas hacia arriba. “Todas vuestras vidas en estas manos.” Desvió la mirada. “La mía también.”

“Cuando ofreciste nuestra unidad para esto, nos dijiste que encabezarías la carga. Dijiste que no íbamos a tener que subir allí mientras esperas aquí abajo seguro.” Will endureció la voz. “Los hombres no atacarán si tu no les lideras.”

Cooper tragó de nuevo. “Estaba pensando en la gloria.” Presionado contra el tronco ancho de un árbol, asintió por encima del hombro. “Ahora estoy pensando de manera más sensata. No hay gloria subiendo esa colina. Solo... un largo camino que correr con personas disparándose.”

“Van a estar disparándose a nuestros paisanos al mediodía si no aseguramos ese paso.”

Cooper cerró los ojos y ladeó la cabeza hacia atrás para descansar contra el árbol.

Will estudió al otro hombre. Era casi la hora. Tenían que tomar la colina con cañones. Su mejor opción era golpear a los franceses con los primeros rayos de luz del amanecer cegándoles a todo lo que sucedía en la base de la colina... incluidos soldados ingleses. Si no lo lograban, los cañones franceses diezmarían sus compañeros ingleses cuando intentasen cruzar el paso al mediodía.

Una visión de Roslyn llenó la mente de Will. Roslyn Leigh Ellsworth, la mujer más hermosa que hubiera visto, la imagen de su rostro clara a pesar de los siete años desde la última vez que estuvieron juntos. Él la amaba a ella más que nada o nadie. Más que si viviera o muriera. La recordaba, sus ojos verdes oscurecidos hasta un color inescrutable a la luz de la luna, la noche antes de que él saliera de la parroquia para unirse a su unidad. Will se imaginaba sus rizos de color azabache rodeándola en la manta que él había llevado al bosque de manzanos donde ellos se veían y le llenó una sensación de calma.

Él había sabido que estaba mal aceptar lo que ella le ofreció aquella noche. No porque el amor

que él sentía por ella iba a cambiar nunca, sino porque algunos hombres nunca vuelven de la guerra. Sin embargo, en aquella noche, posiblemente la última vez que la vería, había sido demasiado débil para resistir. Él había aceptado un regalo al que solo el marido de ella tenía derecho.

Y luego se marchó porque ellos habían estado de acuerdo en que servir a Inglaterra era la mejor manera que tenía él de ganar lo suficiente para que ellos dos tuvieran una buena vida juntos. Y porque incluso a la edad de dieciséis años, él había sabido en sus entrañas que necesitaba irse de la parroquia de su padre y hacerse un hombre si algún día iba a ser digno de Roslyn Ellsworth

Pero nada de eso importaba si no lograba regresar con vida.

Cerró los ojos ante el recuerdo, no de su glorioso cuerpo o su confesión susurrada de amor, sino por las palabras que había seguido diciendo... `Eres el hombre más valiente que conozco. Tan valeroso y bueno y noble.` Ella se había llevado una de las manos de él a sup echo, tapándola con sus dos manos. `Por favor William, no dejes que esas cualidades te alejen de mi. Por favor, estáte seguro y vuelve conmigo.`

Con la mano presionada contra su piel lisa, el rítmico golpear de su corazón contra sup alma, él se lo había prometido. Juró por su vida que tendría cuidado.

Pero no había jurado por las vidas de todos los buenos ingleses que morirían si ellos no tomaban esa loma.

Will abrió los ojos. “Dame tu sombrero,” susurró. “Tu abrigo también.”

“¿Mi sombrero?” La confusión disipó parte del miedo en la cara de Cooper.

“Necesito parecer un Capitán. Cuando salga el sol, tú das la orden. Yo cargaré. Los hombres pensarán que soy tú. Me seguirán.

“No puedo dejarte hacer eso, Will.”

“¿Puedes ir al frente de la carga?”

Cooper sacudió la cabeza, su expresión de pura miseria.

“Entonces, dame tu sombrero y tu abrigo,” reiteró Will, alegrándose de que las sombras de antes del amanecer hacían que ver algo a solo unos pocos metros fuese imposible, ocultándoles tanto de sus compañeros como de los franceses. Con los movimientos lentos y callados, hicieron el cambio.

Después de ponerse el abrigo de Will, Cooper le agarró del hombro y le preguntó, “¿Preparado?”

“Sí.” *Lo siento, Roslyn.*

Cooper dirigió la mirada hacia las copas de los árboles muy arriba y luego miró por detrás del árbol donde estaba escondido. “Dále la señal a los hombres para que se dispongan.”

Will asintió. Silbó como un ruiseñor, lo suficientemente bajo para que los franceses no les pudieran escuchar y de manera lo suficientemente realista que si lo oían, ignorarían el sonido. Comprobó el polvo y preparó su mosquetón, luego aflojó el cuchillo en su vaina.

“En cualquier momento,” dijo Cooper.

Will se salió de detrás del tronco de su árbol. Los franceses, no eran tontos, habían desbrozado la colina hasta la base. Muy arriba en la cumbre, Will divisó las siluetas difusas de hombres, algunos moviéndose, la mayoría apoyados en sus mosquetones. En la penumbra no podía saber en qué dirección miraban, pero pronto estarían todos mirando colina abajo. Más allá de ellos, destacados contra la claridad suave del cielo del amanecer había una fila de cañones. En voz baja, Will murmuró uno de los rezos favoritos de su padre.

El sol subió por encima de los árboles, iluminando a los franceses. Cooper dio la orden de

atacar de viva voz. Con un grito inarticulado, Will echó a correr.

En el lado más distante de lo que parecía ser una explanada inacabable de hierba baja y tocones de árboles, los franceses gritaron. Empezaron a agolparse en la cima de la colina, usando las manos de visera para proteger sus ojos. Uno alzó un brazo y señaló a Will. Con las piernas bombeando, Will alzó su mosquetón y disparó.

El francés cayó, y el sonido de disparos resonó mientras los compañeros de Will apuntaban. Cayeron más franceses pero los otros se agazaparon detrás de su baja fortificación. Se escuchó una orden y se pusieron en pie. Las balas pasaron por el lado de Will. Detrás de él, hombres gritaron. Él siguió corriendo esquivando tocones que salían por entre los matojos que cubrían la colina todavía en sombras. El rocío empapaba sus calzones y sus botas. Él obligó a sus piernas a correr aún más aprisa.

Los franceses se levantaron otra vez y el humo brotó en el aire quieto, iluminado como fuego por la luz roja y naranja de la mañana. Oscureció a los franceses, pero Will no tenía tiempo para recargar su arma de todas formas, sus pulmones ardiendo mientras corría cuesta arriba por la colina. Sólo podía rezar porque el humo le ocultara a él y sus compañeros.

Los franceses soltaron otra salva. Se escucharon gritos nuevos, salpicados con maldiciones. Will apretó los dientes y siguió corriendo.

La luz del sol le dio en la espalda cuando se aproximó a la cima. De entre el humo, apareció una pared baja de madera. Will saltó por encima a un mar de franceses.

Usando su mosquetón como una porra golpeó la cabeza del más cercano. Otra salva de disparos de mosquetón sonó, todo alrededor de Will ahora, un ruido ensordecedor. Un francés se abalanzó hacia él con su bayoneta. Ahogándose con el humo, Will le bloqueó con su mosquetón.

Alguien le golpeó en la espalda, tirándole al suelo que ahora era puro barro. Will rodó para encontrarse con la punta de una bayoneta casi en su cara y siguió rodando. Hizo un esfuerzo por ponerse en pie dándose cuenta que había perdido su mosquetón.

Dos franceses avanzaron hacia él, los mosquetones seguramente sin bala pero las bayonetas igual de mortíferas. Detrás de ellos surgieron hombres por encima de la pared. Había cuerpos regados por el barro, vivos y muertos, franceses e ingleses por igual. Will sacó su cuchillo.

Un balazo impactó en uno de los franceses, una disparo que surgió colina arriba y se derrumbó en el suelo. El otro francés se abalanzó hacia Will. Él le esquivó. En la humareda parecía que había más ingleses en pie que franceses, pero Will no tenía tiempo para contarles.

El francés intentó volver a atacar a Will con su bayoneta. Él le esquivó. Una bala, del mosquetón de alguien perdido en el humo, impactó en el hombro de Will. Sintió dolor en su brazo con el cuchillo. Él se cambió el cuchillo de mano.

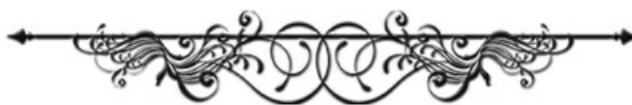
Con una sonrisa salvaje, el francés se lanzó a por él. En el último momento, Will pivotó de nuevo. Bajó la empuñadura de su cuchillo para abajo, apuntando la nuca del francés pero dándole en el hombro.

El francés trastabiló y soltó su arma. Su mirada fue más allá de Will. Algo colisionó con la parte trasera de la cabeza de Will. Cayó de rodillas.

Los ojos con lágrimas a causa del humo y la visión borrosa por el dolor, Will vio al francés agachándose para recuperar su mosquetón. Avanzó hacia Will con la boca en una mueca. Will luchó contra la oscuridad que le bordeaba la visión. Hizo un esfuerzo por alzar su cuchillo. Otro golpe fuerte le dio en la cabeza.

Will se derrumbó. Se quedó sumido en la oscuridad. Su último pensamiento era, *lo siento, Roslyn.*

CAPÍTULO DOS



Se escucharon pisadas en el pasillo fuera de su habitación y Roslyn se quedó helada. Una gota de tinta cayó encima de la hoja donde había estado a punto de firmar. Las pisadas siguieron su camino. Roslyn soltó el aliento contenido con alivio y agarró el papel secante.

Ella odiaba hacer cosas a escondidas. Odiaba escribirle a Will en secreto, encerrada en su habitación. Pero si alguien alguna vez descubriera su correspondencia actual que databa desde hace siete años con él habría un escándalo terrible. Peor todavía, podrían empezar a hacer preguntas. La mentirosa menos hábil de Inglaterra, Roslyn temía las preguntas. Si alguien le hacía la pregunta correcta, sus mejillas ardientes y su incapacidad de mirar a los ojos a su interrogador revelarían corriendo lo que ella y Will habían hecho.

Entonces, oh, el escándalo. No sólo un escándalo, sino un Escándalo con mayúscula. Su padre la mandaría a un convento y ellos ni siquiera eran católicos. Eso era si permitían a mujeres que habían hecho lo que ella hizo, en un convento.

Ella no se arrepentía por entregarse a Will ni un momento. Sus mejillas se caldearon ante el recuerdo de lo que había sentido al estar entre sus brazos y no pudo contener una sonrisa. Si al final acababa en un convento, el recuerdo de esa noche en el viejo huerto, la alimentaría.

Además, Will vendría a buscarla cuando regresara a casa porque iba a volver. Ella no se quedaría en un convento para siempre. Con eso firmemente en su mente, Roslyn firmó la carta.

Le puso la tapa a la tinta, luego limpió y guardó su pluma. Sacando un abanico de su tocador, abanicó la hoja hasta estar segura de que la tinta estaba seca, luego dobló la carta con cuidado varias veces hasta que fuese pequeña y pudiera esconderla en el bolsillo de su falda.

Guardando su abanico, agarró su capa, bonete y zapatos. La carta para Will metida muy dentro del bolsillo, salió de la habitación con la intención de llegar a la cocina.

Roslyn se mantuvo en el lado más distante del pasillo cuando se aproximó a la puerta del salón. La luz parpadeante del fuego en la chimenea y el parloteo interminable de su hermana pequeña Marie salían de la sala. Si pudiera lograr llegar hasta la cocina y agarrar la cesta que había dejado allí sin...

“Roslyn, ¿a dónde vas?” Sonó la voz de Marie alegremente.

“¿Roslyn? ¿Yendo?” preguntó Madre desde algún sitio no visible en el salón. Alzando la voz dijo, “Roslyn, ¿a dónde te vas?”

Ahogándose una mueca, Roslyn adoptó una sonrisa alegre y entró en el salón. Ignoró la mirada de suficiencia de Marie, se giró hacia donde estaba sentada su madre ante su escritorio y dijo, “¿Perdón, Mamá?”

“Te preguntaba a dónde vas. ¿No te unes con nosotras? Marie está trabajando de manera muy diligente en rehacer algunos de los vestidos de Lizzy May de la Temporada pasada. Sé que eres demasiado alta para llevarlos, pero podrías ayudar a tu hermana.”

Deseando irse lo antes posible, Roslyn pasó de señalar que ella y Marie eran las dos más altas que sus hermanas de enmedio Lizzy May y Ellie.

“Sí, Ros, ayúdame,” se animó a decir Marie. “Algunas estamos contentas de tener una segunda Temporada y queremos estar listas para aprovecharla bien.”

“Y a algunas no nos sirve de nada las Temporadas londinenses,” replicó Roslyn antes de que

se le ocurriera una respuesta mejor.

“Claro que te sirve,” exclamó Madre, su voz de repente estridente con un tema favorito.

“Se te ha dado una buena oportunidad por nuestro querido primo...”

“Primo lejano que ni siquiera hemos conocido,” murmuró Roslyn.

“Para asegurarte un marido rico y bien conectado,” continuó diciendo Madre. “Y las gemelas han hecho su parte, casándose con hombres rectos y con propiedades. Tienes todas las conexiones y oportunidades para convertirte en la esposa de un gran hombre y harás buen uso de eso, señorita.”

“Lo que tengo,” dijo Roslyn con firmeza, “es un cesto de bollos para llevarle a la Srta. Raymond.”

Su madre hizo una mueca con los labios. “Le dije a la Cocinera que no hiciera tantos.”

“Es culpa mía, Mamá,” respondió Roslyn. “Le pedí que hiciera más. Pensé que los iba a querer.” Y los quería, necesitando la excusa de hacer el viaje a la parroquia.

“Bueno, pues entonces por lo menos podemos dar gracias de que no los hubieras comido después de todo,” dijo Madre secamente. “Estás un poco rolliza, me atrevo a decir.”

Desde donde estaba sentada en medio del sofá entre un montón de telas que coser, Marie soltó una risita.

“Exactamente,” dijo Roslyn de manera ecuánime. “Razón de más para que le lleve los bollos a la Srta. Raymond, para distribuirlos entre los pobres de la parroquia en lugar de que me los ocuya.” Will disfrutaba de sus curvas. Su rostro se encendió al recordar hasta qué punto.

“Mira, Mamá, la has ruborizado,” exclamó Marie.

“Ella debe ruborizarse. Una silueta demasiado ampulosa es vulgar en una mujer joven. Nunca vas a encontrar a un marido de esa manera, señorita.”

“Si, Mamá,” dijo Roslyn, como había dicho muchas veces en el pasado.

“Bueno, pues márchate,” Madre hizo un ademán con la mano hacia Roslyn. “Salúdanos al Sr. Raymond. Díle que hemos disfrutado con su sermón ayer.”

“Si, Mamá.” Roslyn se dio la media vuelta y reanudó su camino hacia la cocina, donde le dio las gracias a la Cocinera y recogió los bollos.

Afuera, el aire de otoño era fresco, ayudando a enfriar las mejillas de Roslyn, aunque no sus pensamientos. Ella anhelaba el día en que Will regresara y los dos pudieran estar juntos. Cuando ella había recibido una espléndida dote de su pariente lejano, el Duque de Solworth, ella le había escrito a Will de inmediato, rogándole que regresara pero él le había contestado diciéndole que no podía irse hasta cumplir con su comisión. Roslyn apenas podía soportar saber que Will arriesgó su vida por ganar lo suficiente como para pedir su mano cuando ahora ella tenía una dote que les podía mantener a los dos con facilidad. Ella podría pagar el resto de su comisión y se había ofrecido a hacerlo. Will de manera amable pero muy firme, se había negado. Dijo que ellos podían usar el dinero para tantas otras cosas mejores.

Caminando de forma decidida, Roslyn bajó por el sendero, saludando con el brazo a las personas que pasaban por su lado. Para cuando llegó a la pequeña parroquia en donde Will había crecido, su aliento salía en pequeñas nubes en el aire fresco y sus mejillas estaban rosa a causa de la razón algo más aceptable del ejercicio. Llegó hasta la verja, pasó y luego subió por el caminito de piedra. Pasándose el cesto al otro brazo, llamó con los nudillos a la puerta de la casa del párroco.

Y esperó y esperó un poco más. Finalmente, llamó otra vez más con preocupación. Antes de que pudiera llamar una tercera vez, la puerta se abrió para dejar ver una criada con los ojos enrojecidos.

“¿Sí, señorita?”

“¿Está en casa la Srta. Raymond?” preguntó Roslyn, los ojos llorosos de la criada sólo aumentando su preocupación.

“Preguntaré, Srta. Ellsworth,” dijo la chica cerrando la puerta.

Roslyn, acostumbrada a pasar de inmediato, miró la puerta de madera que le bloqueaba sólidamente el paso con creciente temor.

La puerta se abrió de golpe y la Srta. Francine Raymond salió a toda prisa, atándose el bonete mientras salía. Colisionó con Roslyn, que dio tumbos bajando los escalones para dejarle sitio.

“Oh,” Exclamó Francine y se secó los ojos con las manos enguantadas. “Toma.” Agarró el cesto de mano de Roslyn y se volvió para dárselo a la criada. “Llévate esto a la cocina, puedes, Sarah.”

La criada con los ojos llorosos asintió con la cabeza y retrocedió hacia dentro para cerrar la puerta. Francine terminó de atarse el bonete, luego se volvió hacia Roslyn. Tomándola del brazo, Francine se llevó a Roslyn dándole la vuelta por el camino.

La conducta de Francine era tan inusual en ella que Roslyn sintió pánico en la garganta. Luchando por respirar se obligó a decir, “¿Qué sucede?”

“No está muerto,” dijo Francine.

Roslyn se quedó débil del alivio que sentía. Aunque no se había permitido pensar el pensamiento, no tenía ninguna razón real por la que pensar que el malestar en la parroquia era algo que tuviera que ver con Will, el temor se había apoderado de ella. “¿Qué ha pasado?” preguntó Roslyn.

Francine las giró en el camino. Miró de un lado al otro como si alguien les pudiera escuchar, luego sacudió la cabeza. Caminando con firmeza, marchó con Roslyn del brazo hacia un caminito que se desviaba del camino general, y luego siguió hasta que no había nada alrededor que campos. La aprehensión de Roslyn se acrecentaba con cada zancada.

“Fran, ¿qué sucede?” Finalmente le exigió Roslyn, negándose a dar otro paso más.

Francine le soltó del brazo y se volvió para mirarla. “Will ha sido herido. Malamente. Dicen que a veces está consciente y otras veces no y que tiene fiebre. Le han mandado de vuelta por barco. Va de camino a un hospital en Londres.”

Roslyn se bamboleó. “Pero está vivo.”

“Lo está. Ellos... es decir, su Capitán, escribió para decir que no le subieron al barco y no nos escribieron hasta que sintieron que Will podría sobrevivir el viaje.” Ella se encogió de hombros. “No puedo imaginar que la carta de su Capitán nos llegara mucho más deprisa si acaso llegara, antes de que Will llegase a Londres. Puede que esté allí ya.”

“He de ir con él.”

Francine sacudió la cabeza. “¿Cómo puedes hacerlo? Tú sabes que eres como una hermana para mí, pero para el resto de la gente no somos más que amigas.”

Roslyn cerró los puños. “Entonces, tú debes ir con él y yo iré como amiga tuya.”

“Mi padre no puede costearse enviarme. Si fuese a ordenar el dinero, iría él mismo, no es que viajase tan cerca de Navidad. No dejaría su parroquia en un momento tan importante del año, creo ni aunque Will muriera.”

Roslyn hizo un aspaviento, apenas dominando el impulso de darle un guantazo a Francine por decir semejantes palabras en voz alta. “No morirá. No si voy con él. No me dejaría.”

La pena mezclada con dolor se reflejaba en los ojos de Francine. “Podemos esperar que no pase eso.”

“Sé que no pasará.”

Francine se encogió de hombros. “No discutamos semántica. En lugar de eso, estemos de acuerdo en que lo que debemos hacer ahora es que tú necesitas buscar una razón por la que viajar a Londres, luego puedes invitarme a viajar contigo de manera caritativa para que yo pueda visitar a mi hermano herido.”

“Sí.” Roslyn asintió. “Eso es lo más sensato. Nadie necesita saber la razón real de mi viaje pero no hay motivo para ocultar el tuyo.”

“Ni podríamos ni aunque quisiéramos. Padre anunciará la noticia el domingo para que todos podamos rezar por Will.”

“Entonces debo hacer mi plan para ir a Londres antes de eso, para asegurarme que mi causa permanezca oculta.” Roslyn respiró profundamente para calmarse. Will no estaba muerto. Herido, sí. Mucho parecía ser. Y con fiebres.

No muerto.

Simplemente inconsciente y moribundo en un barco en alguna parte entre el Continente e Inglaterra. Ella tragó el nudo de temor y pérdida que tenía en la garganta. No iba a dejar que semejantes emociones se apoderasen de ella. No iba a dejarles ser reales.

“Es muy fuerte,” dijo Francine con la voz queda.

Roslyn asintió. “Lo es.”

“Siento haber dicho acerca de...” Francine dejó de hablar, sin repetir sus palabras sombrías de antes afortunadamente. “Lo siento.”

Roslyn rodeó con los brazos a su amiga. “Yo también.”

Las dos se abrazaron un momento consolándose. Cuando se separaron, a pesar de sus mejores esfuerzos, Roslyn tuvo que usar su pañuelo y secarse los ojos. No podía estar llorando. Si Madre se diera cuenta que había estado llorando, exigiría saber por qué.

“¿Tienes una carta para él?” dijo Francine con alegría un poco forzada. “Estoy segura de que le alegrará a Will si tu carta le espera cuando llegue. Su Capitán ha incluido la dirección del hospital de Londres cuando nos escribió. Viaja con Will, sabes. Es un noble, así que parece ser que puede hacer lo que quiera.”

Roslyn estiró una mano en su bolsillo, sus dedos tocando el borde de la carta muy plegada, pero no la sacó. “He de escribir una carta nueva.”

“Ros, estoy segura de que cualquier palabra tuya le animará.”

Ella sacudió la cabeza. “La carta que yo le escribí está llena de bobadas para animarle. No es lo suficientemente seria para un hospital en Londres.” Ella frunció las cejas. “¿Me... me atrevo a escribirle allí? Si está enfermo, ¿no podría alguien leerle las cartas?”

“Oh.” Los ojos azules de Francine se pusieron grandes. “No se me había ocurrido eso. Lo hacen, ¿verdad?” ella asintió. Después de tantos años de ellos compartiendo sus pensamientos más detallados, Will iba a despertar de su fiebre a una insípida carta de deseos de mejoría. “Eso sería bondadoso por tu parte.”

Francine resopló, pareciendo más normal. “Bondadoso, y un pimiento. Tú y Will habéis estado prometidos en secreto desde que yo tenía once años. He dicho que eres como una hermana para mi y es lo que pienso. Como tal, lo mínimo que puedo hacer es darle tus saludos.”

Roslyn se obligó a sonreír. “Y lo más que puedes hacer es acompañarme a Londres.”

Francine asintió. “Lo haré sin duda alguna. Ahora vete a casa y asegúrate de que tus padres estén de acuerdo en enviarte.”

Con la mano en el bolsillo entorno a una carta que tenía que recordar quemar para que nadie la encontrara, Roslyn estuvo de acuerdo.

CAPÍTULO TRES



Humo. Había tanto humo que no podía ver, y el olor a sangre y tierra y peor le bloqueaba la nariz. Will intentó incorporarse, pero el dolor que sentía en la cabeza le mareaba.

A lo lejos escuchó una voz. ¿Una voz de mujer? Roslyn. No podía dejarla venir a buscarle. Tenía que regresar. No podía estar aquí con el humo, y el barro y la muerte. Ella era demasiado preciosa para eso, ¿y si uno de esos franceses le hacía daño? ¿Y si le disparaban?

Will se incorporó gritando, “¡No, Roslyn, regresa. Corre!”

“¿Sr. Raymond?” una voz femenina liviana le llamó de algún sitio que él no veía, pero no era la voz de Roslyn.

Will parpadeó, aturdido, para encontrarse sentado en una cama en una habitación luminosa de paredes blancas. Una mujer, su delantal almidonado y blanco como las paredes, entró por el umbral abierto. Sus rizos dorados brillaban a la luz del sol que entraba por la ventana estrecha que estaba en lo alto de la pared detrás de él.

“¿Sr. Raymond, está bien?” Ella acudió al lado de su cama, inclinándose para colocarle una mano en la frente. “No tiene fiebre ya.”

Will miró a su alrededor, intentando orientarse. “¿Enfermera Brookhouse?” ¿Dónde estaba Roslyn?

Ella le sonrió. “Ha recordado. Eso es una buena señal me atrevo a decir.”

“¿Estoy... estoy en Londres?”

“Lo está,” dijo ella sonando contenta. “Está en un hospital en Londres, en la habitación privada Lord Christopher ha insistido.”

Si, Will recordaba, aunque le costaría trabajo acostumbrarse a llamarle al Capitán Cooper, Lord Christopher. No es que fuera Lord Christopher para siempre. Una vez que heredase el título de su padre, sería Christopher Cooper, octavo Vizconde de Redtree. Will alzó una mano para frotarse la frente dolorida y sus dedos se toparon con vendajes que cubrían la parte superior de su frente.

“¿Mi cabeza?”

La enfermera Brookhouse siguió con su sonrisa alegre. “Estará como siempre en nada de tiempo.”

Will asintió, pareciendo recordar que ella siempre decía eso. Él esperó que ella tuviera razón. Flexionó el hombro derecho, encontrando que estaba rígido y dolorido, el brazo careciendo de movilidad debido al dolor y los pesados vendajes.

“Está sanándose bien, al igual que la herida en su antebrazo y las dos en su pierna,” dijo la enfermera Brookhouse.

Will estiró el brazo izquierdo, dándose cuenta de que estaba vendado por debajo de su camisón. Alertado por sus palabras, él podía sentir un tratamiento similar en su pierna izquierda. Ni siquiera podía recordar como había recibido las heridas. Se hundió más en la cama. “¿He recibido más cartas?”

“¿Desde la que llegó de su hermana diciendo que espera encontrar la manera de venir a Londres para cuidar de usted?”

Él asintió de nuevo. Había leído las palabras de Francine una y otra vez cada día, intentando

entender por qué ella no había incluido nada sobre Roslyn. Apenas mencionándola, aparte de un insustancial buenos deseos de ella y su hermana menor. Después de años de escribirle, ¿por qué iba a parar Roslyn ahora, que estaba casi en casa? ¿Cuando estaba a solas en una habitación de hospital, deseándola?

“No han habido más cartas, ni otras visitas excepto Lord Christopher.” Dijo la enfermera Brookhouse dándole palmaditas en la mano. “Y me tiene a mí.”

Will le sonrió de vuelta con un esfuerzo. “Sí, y se la aprecia mucho.”

Un rubor le coloreó las mejillas.

“Ey, oh,” Sonó la voz del Capitán Cooper desde el pasillo. Sus pisadas sonaron más fuertes hasta que asomó la cabeza en la habitación. “¿Cómo está el paciente? ¿Mejorando, apuesto?”

La enfermera Brookhouse se volvió para hacer una reverencia. “Lord Christopher,” le saludó ella. “Sí, el Sr. Raymond, va muy bien hoy.”

“¿Es eso cierto, Will? ¿Vas muy bien, ciertamente?”

Will asintió con la cabeza, aunque la alegría de Cooper le hacía sentirse exhausto al instante y dijo, “Sí, gracias.”

“¿Lo suficiente para esa charla que hemos estado queriendo tener?”

A Will se le había olvidado. Desde que había despertado, primero en una gran sala, uno de cien soldados acostados en filas de camas y luego en la habitación privada que Cooper le había conseguido, el Capitán había insistido en que ellos hablasen. Seguro de que Cooper planeaba alguna disculpa excruciante, una disculpa de todo corazón por haber estado de acuerdo en dejar que Will cargara por la colina en su lugar, Will había estado protestando que no estaba en condiciones para una larga conversación.

Pero quizás hoy lo estaba. Se sentía considerablemente mejor. Quizás había llegado el momento de terminar con eso. Miró a la enfermera Brookhouse. “¿Si sería tan amable de disculparnos?”

Ella colocó el dorso de la mano en la frente de él otra vez, su mirada preocupada. “Si está seguro de que puede hacerlo. Sin querer ofender, Lord Christopher.”

“No hay ofensa. Es un gran consuelo para mi saber que está cuidando con diligencia a Will.”

“Y sí, estoy seguro de que puedo,” agregó Will como respuesta a la pregunta de ella, alisando su expresión de cualquier señal de incomodidad.

“Muy bien en ese caso.” La enfermera Brookhouse hizo otra reverencia y salió por delante de Cooper y fuera de la habitación. Las pisadas de ella eran tan suaves cuando ella se desplazaba pasillo abajo que Will los dejó de escuchar casi de inmediato.

Cooper arrastró la única silla de la habitación, de madera y sin cojines, hacia el lado de la cama y se sentó. Will hizo esfuerzos por incorporarse contra el cabecero de la cama, su hombro ardiendo y la visión lentamente dando vueltas. Tragó, preguntándose si debió estar de acuerdo en hablar después de todo.

“Ahora, lo que debes saber primero, Will, es que me han dado una medulla. Me la colocaron sin pedirme permiso, dado las gracias o una disculpa.”

“Enhorabuena,” dijo Will, parpadeando contra las motitas negras en los bordes de su visión.

Cooper resopló. “Enhorabuena.” Sacudió su cabeza de cabello rubio ceniza de manera vigorosa. “La recomendación ha sido por encabezar a la unidad camino arriba en esa colina.”

“Oh,” dijo Will y luego empezó a entender. “Oh, ya veo.” Se encogió de hombros. “Tiene mi palabra, señor, yo no...”

“No quiero tu palabra, Will. Te conozco. Tu palabra es demás. Quiero arreglar esto lo mejor que pueda entre nosotros. Los dos sabemos quién encabezó a los hombres colina arriba.”

Will no pensó que su palabra debería ser considerada como dada, pero logró sonreír un poco. “Es mejor que crean que usted lo hizo. Hacerse pasar por un oficial es una ofensa con pena de horca, sabe.”

Cooper resopló otra vez. “Lo que es una ofensa con pena de horca es hacer que los superiores queden como tontos, que es lo que pasaría si les contásemos la verdad y tuvieran que revocar ese honor.” Él estiró las manos, las palmas hacia delante, esquivando palabras que Will no hizo ademán de decir. “Me tendieron una emboscada con ello, así que ya lo sabes. Fueron al Vizconde primero. Me metieron en una ceremonia antes de que pudiera saber lo que pasaba.”

“No necesita explicármelo a mí,” dijo Will, empezando a sentirse cansado. ¿Le habrían dado una medalla a él? ¿Habría venido con dinero que él pudiera usar para crear una vida mejor para él y Roslyn?

“Will, tu y yo sabemos que salvaste muchas buenas vidas inglesas ese día, y mi pellejo con ellos.” Cooper hizo una mueca. “Estuviste allí. No necesito decirte que yo demasiado cobarde para cumplir con mi deber.”

“No fuiste...” empezó a decir Will.

Cooper alzó una mano tranquilizadora. “Déjalo estar. Yo estoy en paz con quién soy, excepto cuando se trata de ti.”

“¿Se trata de mí?” ¿Qué quería decir eso?

“Por eso te conseguí esta habitación y me llevé a la enfermera Brookhouse de la sala principal para ti. Pero supongo que eso no es ni por asomo suficiente, así que te he preparado una cuenta y he puesto un poco de dinero para gastos en la cuenta. Considéralo una recompensa por los servicios prestados.”

“No puedo tomar su dinero, Capitán.”

“No tiene voz ni voto en eso. Mi hombre se encargó de los detalles. Todo está a tu nombre ahora. No podría recuperarlo ni aunque quisiera. Cinco mil libras.

Will empezó a toser. “¿Dísculpe? Dijo con un aspaviento. ¿Cinco mil libras?

Cooper sonrió. “Eso es. Ahora te puedes casar con esa chica con la que has estado soñando desde que te conozco. Nunca he conocido a un hombre serle tan fiel a una chica. Especialmente una que no ha visto en casi una década.

Roslyn. Solo pensar en ella hizo que Will pudiera respirar de nuevo. Con cinco mil libras podría ir a ver al Sr. Ellsworth y pedirle la mano de Roslyn sin temor a ser rechazado.

Pero de todas formas... “No puedo aceptar eso.”

“Como dije, ya está hecho. Y si no te lo quedas, la única manera que podría salvar mi conciencia sería contar la verdad.” Cooper hizo una mueca de dolor. “Eso, no me importa decirte, es algo que no deseo hacer.”

Will consideró eso y lo que cinco mil libras significarían para él y Roslyn. Con su dote de quinientos y los mil que le había dado el Duque, estarían listos para todo. Podrían vivir bastante bien sólo con los intereses y podrían tener una casa donde quisieran, incluso en Londres si querían. Y todos los niños que desearan, sin temor a dejarles en penuria. Seis mil quinientas libras. Era más de lo que Will había esperado ver en toda su vida.

Él respiró hondo. “Lo aceptaré a condición de que este asunto se cierre. Para siempre.”

“Sí, sí, claro,” dijo Cooper. “Excepto una cosilla o dos.”

Will gimió. “¿Qué cosillas?”

“Primero, hemos terminado.”

Will se puso rígido. “Eso es, claro, algo que depende de usted si quiere dejar de tratarme, señor, pero no necesita hacerlo si su temor es que yo hable.”

“Dejar de...” Cooper dejó de hablar con el ceño fruncido, luego su expresión se suavizó. “No me refería a eso. Cielos no. Hemos terminado nuestro servicio. Yo, tú. Hemos cumplido con nuestro deber. Nos hemos hartado.”

“Yo no he terminado mi contrato.”

“Si lo has hecho. Está decidido ya.”

“¿Por quién?”

“Bueno, pues yo, y luego a petición mía, mi padre. Todo listo. Fijado y terminado.” Cooper alzó las cejas. “¿Me quieres decir que deseas regresar allí?”

Will pensó en eso un largo rato, empezó a sacudir la cabeza, luego se detuvo cuando el movimiento le hacía sentir dolor. “No. No quiero. Hemos luchado juntos en dos continentes. Yo he servido durante siete años. Nunca he sido tan terriblemente herido como esto antes, pero no es la primera vez que me apuñalan o disparan por mi Rey y mi Patria. De verdad siento que he cumplido con mi deber y no puedo decir que quiero volver.” Lo que él quería era la vida que él y Roslyn habían planeado. La vida de la que habían intercambiado tantas cartas.

“Excelente. Bien.”

“Entonces, eso es una de las, como dice usted, cosas pequeñas.” A Will no le parecía pequeña pero ¿para qué discutir? “¿Cuál era la otra?”

“Quiero soltarte. Sacarte de aquí. Te pondrás bien mejor en una casa de verdad, con una buena cama y empleados y comida buena. Ven y quédate conmigo. Veré si la enfermera Brookhouse podría venir para cuidarte hasta que estés seguro de estar bien.”

“¿Quedarme con usted hasta que me cure?” Eso no sonaba terrible. “¿Pero eso sería verdaderamente el final de todo esto? No más culpa. No más regalos.”

“Sí, ciertamente. Te quedarás hasta que estés bien y quizás un poco más. Me gustaría atenderte bien. Ser invitado a mi club. El teatro. Todo el bullicio. No puedes claro, hasta que estés bien. Así que te quedarás hasta que puedas valerte y luego un poco más.” Cooper asintió ante sus propias palabras. “No me importa reconocer, que incluso con criados, es muy solitario estar en esa gran casa en la ciudad.”

Entonces no era todo a causa de culpabilidad o agradecimiento. Eso calmaba parte de las preocupaciones de Will. “¿No podría ir al campo con su familia si no le gusta estar solo?”

“Cielos, no. No puedo ni verlos. Padre es un verdadero carcamal y la Vizcondesa es una arpía.”

Las cejas de Will subieron hasta sus vendas.

“No es mi madre, sabes. Es mi madrastra. Vino con tres horribles marimachos, iguales que ella y le dio a mi padre otras cuatro más. Cooper se estremeció. “Una casa llena de siete hermanas, Will. No puedes pedirme que vaya allí solo para evitar la soledad. Prefiero probar el ártico.

Will solo tenía una hermana y deseaba mucho verla, pero pensó que ahora no era el mejor momento para decir eso. “Me encantaría hacerle compañía en su gigantesca mansión londinense. Gracias.”

“Excelente. Sabía que podía contar contigo.”

Will pensó que había demostrado eso ya. “¿Debo escribirle a mi padre y a mi hermana para decirles donde pueden encontrarme?”

“Un plan brillante.” Le señaló el brazo herido de Will. “La enfermera Brookhouse puede copiar tu carta, y me atrevo a decir que puede dejar que estés aquí en caso de que haya alguna confusión. Yo me ocupo de los detalles con ella y luego te la mando con materiales para poder escribir.” Miró a Will de arriba abajo. “Pareces estar mucho mejor, me alegra decir.”

Will sonrió. “Especialmente ya que no puede recuperar eso cinco mil, ni aunque quiera hacerlo.”

Los ojos de Cooper se agrandaron un momento, luego echó la cabeza atrás y soltó una gran risotada. Todavía riendo, se puso en pie, rozando la silla contra el suelo. Un leve sonido de telas se escuchó en el pasillo. Will frunció las cejas, preguntándose cuantas habitaciones y enfermeras había en el piso. ¿Había estado escuchando una de las enfermeras?

“Muy bien,” dijo Cooper. “Tú descansa. Yo me ocupo de todo.”

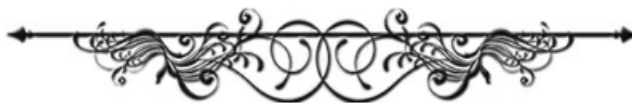
“Gracias, Capitán.”

Cooper hizo una mueca. “Me temo que ahora es Lord Christopher, y no insistiría en ello excepto que espero que nadie tenga necesidad de llamarme Capitán otra vez.”

Will asintió. Cooper salió de la habitación llamando a la enfermera Brookhouse mientras caminaba. Por lo que Will podía discernir, ella apareció casi al instante. Él se deslizó más profundamente en su cama de nuevo, extenuado por su intercambio con Cooper.

Will cerró los ojos, conjuró una visión de Roslyn y flexionó el hombro de nuevo. Supuso que sería demasiado inapropiado pedirle a la enfermera Brookhouse que redactase una carta adicional, para ocultar en la de su hermana para ser pasada a Roslyn, como había hecho durante años. Tendría que conformarse con una sencilla mención de ella, como la que había incluido la carta de su hermana. Vagamente, mientras se apoderaba el sueño de él, se dio cuenta que eso debía ser la razón por la cual Roslyn no había escrito todavía.

CAPÍTULO CUATRO



Roslyn daba zancadas por su habitación. Había decidido que su mejor opción era convencer a su madre de que deseaba ir a Londres a visitar a Ellie por la sencilla razón de que necesitaba nuevos vestidos para la próxima Temporada. Madre se sentiría tan contenta que ni dudaría del cambio de parecer de Roslyn. Especialmente si Marie no estaba para inmiscuirse en asuntos.

Lo cual le daba a Roslyn sólo una oportunidad cada día. Después de una mañana de costura y una tarde gastada en un diligente estudio de francés e italiano, Marie siempre se iba a montar, una actividad que Roslyn nunca entendía. Todos esos botes y sacudidas. Sin olvidar que en el verano hacía calor y en el invierno hacía frío, pero a Marie le encantaba. Se volvía muy malhumorada si no se le permitía sus paseos a caballo cada día.

Roslyn prefería mucho más bordar o coser. Encontraba que el ritmo pausado de cada costura era calmante, y cuando terminaba tenía algo hermoso para usar como un regalo o embellecer su casa. Todo lo que conseguía Marie montando a caballo era costarle dinero a su Padre.

Roslyn se dio cuenta de que había hecho una mueca e hizo un esfuerzo por alisar su cara. No tenía motivos por los que estar enojada con Marie. La tendencia de su hermana de hacer preguntas no era una característica malvada. No era culpa de Marie que Roslyn tramaba cosas y por lo tanto, no tenía buenas respuestas.

Si tan solo sus padres no hubieran puesto tantas expectativas en ella, esperanzas que sólo habían ido en aumento con las conexiones matrimoniales de Lizzy May y Ellie. Si no fuese por las expectativas de sus padres, que ella estaba destinada a casarse con alguien rico, posiblemente incluso un aristócrata, Roslyn acudiría a ellos y les diría que estaba enamorada de Will y que tenía que estar con él. Su rostro bonito, dote modesto y conexiones con la nobleza no querían decir que ella no podía ser feliz casada con un soldado, hijo de un párroco.

Deliciosamente feliz, como habían estado antes de que Will se marchara, pero casada, para que su felicidad no fuese algo que tuvieran que guardar en secreto.

Reforzada por recuerdos de su sólido, apuesto, recto prometido, Roslyn se fue hacia la puerta de su dormitorio. Se echó su trenza espesa y gruesa por encima del hombro y salió de su habitación.

Y casi chocó con su madre.

“Roslyn, ahí estás.” Madre mostró una carta, sus ojos brillando. “Nunca lo ibas a adivinar. Lizzy May nos ha invitado a la casa de campo del Duque para Navidad.”

Roslyn se echó hacia atrás en sus talones. “¿Nosotros?”

“Tu padre, yo, tú, Ellie y Samuel y Marie.”

Eso no le venía bien a Roslyn para nada. La casa Ducal de Aspen estaba demasiado lejos de Londres. Roslyn no podía ir allí de ninguna manera mientras Will languidecía en el hospital. Ella miró a su alrededor en el pasillo, buscando inspiración. Las paredes revestidas con papel pintado, los candelabros colocados de manera uniforme y la alfombra con diseño de flores no le aportaba ninguna inspiración.

Madre empezó a caminar. “Ven, he de contestarle. Ya he pedido que nos traigan té. Marie volverá de su paseo a caballo pronto y siempre tiene hambre.” Madre sacudió la cabeza “Ella puede comer lo que quiera y se mantiene en forma, al contrario que algunos de nosotros.” Con

una mirada por encima del hombro, hizo que Roslyn saliera de sus dudas mentales y se pusiera en marcha. Salió detrás de su madre, alcanzándola cuando entraba en el salón. Madre fue directamente a su escritorio, así que Roslyn asumió su lugar de costumbre en el sofá que daba al pasillo. Su costura le aguardaba, guardada en una cesta en el suelo, pero al contrario que su madre, que de inmediato buscó papel y tinta en la mesa, Roslyn se agarró las manos con fuerza ante ella.

“Esto está muy bien por parte de Lizzy May y Su Excelencia,” dijo Madre recortando la punta de sup luma. “Algunas mujeres no disfrutan de compañía tan cerca de su momento de dar a luz, así que titubee en pedir semejante invitación.”

De las cartas de Lizzy May, Roslyn sabía que su madre puede que no hubiera pedido ser invitada a la casa Ducal durante Navidad, pero también había dejado caer indirectas cada vez menos sutiles. Pero no existía animosidad que Roslyn pudiera explotar para restringir la visita. Las cartas de Lizzy May decían también que las indirectas de Madre le hacían gracia y que estaría contenta de tener a Madre ayudándola antes y después del nacimiento.

Ni una sola vez había dicho que tenía intención de invitar a toda la familia para Navidad. Lizzy May seguramente había tenido intención de que fuera una agradable sorpresa. Y lo sería, si Roslyn no estuviera tan desesperada por ir a Londres, un viaje que tenía que ser realizado con toda prisa y ciertamente no podía esperar a después de Navidad. Su mirada bajó al cesto y el pequeño vestido y gorrito que había cosido para el bebé de su hermana. Roslyn no iba a permitir que la bondad de Lizzy May alterase sus planes.

“¿Cuándo?” dijo Roslyn de repente.

Madre alzó la vista de la hoja que tenía delante, la pluma en el aire. “¿Cuándo, qué, querida?”

“¿Para cuando nos ha invitado Lizzy May y Su Excelencia?”

“Pues, la semana que viene. Nos iremos el lunes y nos quedaremos casi un mes.”

Roslyn ahogó un gemido.

“¿Qué te pasa?” preguntó Madre mirándola con las cejas fruncidas.

“¿A quién?” Preguntó Marie entrando en la habitación vistiendo uno de sus elegantes trajes de montar. Aunque a Marie no le gustaba tanto la costura como a Roslyn, se le daba muy bien coser cuando se trataba de sus trajes de montar.

“A Roslyn.” Madre descansó su pluma y se giró en su silla para mirarlas a las dos. “Marie, querida, tengo unas noticias maravillosas. Lizzy May y Su Excelencia, nos han invitado para Navidad. Nos vamos el Lunes y nos quedamos durante casi un mes, lo cual parece ser inaceptable para tu hermana.”

Marie se quitó el sombrero. “¿Nos vamos el lunes y nos quedamos un mes?” reiteró ella. “Pues ahí está. Me doy cuenta de por qué Ros está alterada.”

Roslyn sintió temor en la garganta. ¿Sabía algo Marie? ¿Cómo? Roslyn había sido tan cuidadosa. Ni siquiera guardaba las cartas de Will en su casa. Francine las guardaba escondidas en la parroquia para ella.⁴

“Roslyn,” dijo Madre alarmada. “Pareces desfallecida.”

“Bien puede estarlo.” Marie se metió el sombrero bajo un brazo y empezó a quitarse los guantes. “Yo también lo estaría si tuviera tan pocos vestidos presentables como Ros y estuviera en compañía de un duque en menos de una semana.” Marie sacudió la cabeza, mirando a Roslyn con pena. “Sólo puedes culpar de ello a tu propia cabezonería.”

Roslyn se hundió en el sofá, lacia de alivio, luego se incorporó cuando sintió un golpe de inspiración. Sin darse cuenta, Marie la había ayudado. “Mamá, debes permitirme ir a la ciudad para procurarme unos vestidos adecuados.”

Madre frunció las cejas.

“Yo no la dejaría,” dijo Marie, metiéndose los guantes en su sombrero. “Ella ha tenido todas las oportunidades para conseguir vestidos nuevos para la Temporada próxima y siempre ha insistido en que era innecesario ya que no tenía ninguna intención de volver a la ciudad. Esto es lo que se ha ganado.”

“Pero no me di cuenta que estaría quedándome con Sus Excelencias,” dijo Roslyn las palabras cayendo de su boca en tropel. “No... no deseo dejar a Lizzy May en evidencia.”

“¿Pero te ha parecido bien dejarnos en evidencia a mí y a Mamá?” preguntó Marie.

“No lo habría hecho, ya que no tengo intención de asistir a otra Temporada. Ni siquiera quería la primera.” ¿Por qué tenía que ser tan difícil Marie.”

“Pero, ¿Roslyn, cómo esperas casarte sin una Temporada?” dijo Madre con la voz alzada y Roslyn se dio cuenta de su error.

Ella había abierto uno de los temas favoritos de su madre. Se hundió en el sofá de nuevo.

“Te has negado a realizar ningún intento de atraer a caballeros la Temporada pasada, aunque una joven de tu edad cada vez mayor y tu peso creciente debe ser tan exigente, es algo que yo desconozco, y ahora ni siquiera quieres asistir a una segunda Temporada. ¿Deseas vivir conmigo y con tu padre hasta nuestras muertes? Y, ¿luego qué sería de ti? ¿Dónde vivirías? ¿Quién cuidaría de ti?”

“Ella puede venir y ser la nanny de mis niños,” dijo Marie dulcemente cuando un par de criadas apareció con bandejas. “Tengo intención de casarme con un caballero muy rico, así que podremos permitírnos cuidar de ella.”

“Oh, pero con sus conexiones y su cara bonita, ella debería tener su propio hogar.” Madre miró enojada a Roslyn. “¿Qué clase de señorita se niega a tener una Temporada?”

“Es tan caro, Mamá,” dijo Roslyn como siempre decía. “Piensa en todos los usos mejores para esos fondos. Añade mi parte de una Temporada a mi dote.”

“¿Con las esperanzas de que un caza-fortunas te quiera?” replicó su Madre. “¿Es ese tu plan? Porque es un plan terrible.”

Con los ojos grandes e inocentes, Marie dijo, “ella podría usar el dinero para viajar a Canadá y casarse con un comerciante rico.”

“¿Un comerciante rico?” Madre reiteró, su voz subiendo de tono. “¿Mi hija hermosa con sus rasgos Solworth clásicos, desperdiciada en un comerciante? ¿Un canadiense?” Madre se levantó de su silla y empezó a dar zancadas.

Las pobres criadas, ya rodeando a Marie, que estaba enfrente de la mesa baja delante de Roslyn, sonriendo, ahora tenían que esquivar a su madre también.

“¿Por qué disfrutas tanto en alterarla?” murmuró Roslyn a Marie mientras Madre daba zancadas, retorciéndose las manos y una serie de palabras casi inentendibles saliendo de su boca.

Marie se encogió de hombros. “Porque es lo único que te agravia y agraviarte es una de mis diversiones diarias.”

“Un noble,” siguió diciendo Madre mientras daba pasos. “Quizás Lizzy May podría presentarte a alguien en el tribunal. No sería muy ortodoxo, presentar a tu hermana en lugar de una hija. Especialmente si es tu hermana mayor. Pero estoy segura de si lanzo suficientes indirectas...”

“No tiene gracia,” dijo Roslyn mientras su madre daba pasos otra vez, diciendo cosas sobre el tribunal. “Y no puede ser sano para ella. Arréglalo.”

Marie puso los ojos en blanco. “Muy bien.”

Marie rolled her eyes. “Very well.”

Intercambiando miradas, las criadas terminaron de colocar los platos y el té, luego se apresuraron a pasar por delante de Marie antes de que Madre se pusiera a andar de nuevo.

Cuando pasaron, Marie se puso delante de Madre. “Mamá, ¿no podría ser posible que Roslyn conociese a alguien adecuado en casa de Sus Excelencias? ¿Vamos a ser los únicos invitados?”

“No sé. Lizzy May no ha dicho nada.” Madre se retorció las manos más todavía. “Me imagino que lo somos, dado su estado y la temporada.”

“¿Pero no lo sabes?” Marie siguió diciendo antes de que Madre pudiera dar un paso al lado de ella o hablar. “E incluso aunque sólo seamos los únicos invitados en la casa, seguramente habrá invitados locales.”

“Cierto.” Las manos de Madre se quedaron quietas. “Sí, supongo que los habrá. Y de buena calidad si están visitando a un Duque.”

“Bueno, entonces Roslyn les puede conocer. Quizás no necesite otra temporada y todas tus preocupaciones por discutir con ella por estar de acuerdo en asistir a una serán en vano.”

“Lo cual es la razón por la cual necesito vestidos nuevos y pronto,” Roslyn se apresuró a añadir. Miró a su madre con sinceridad. “No disfruto de la Temporada londinense, estando exhibida como una yegua de casta, pero estaré cómoda en casa de Lizzy May. Podré estar en mi mejor momento allí.”

“Oh, sí,” Madre estuvo de acuerdo. “Estarás bastante espléndida en una mansión Ducal. Todo el mundo podrá ver cómo encajas en un entorno tan distinguido.”

“Pero no si mis vestidos me delatan,” sugirió Roslyn.

Los ojos de Marie se estrecharon. “¿Entonces, ahora quieres un marido?”

“Nunca he dicho que no quiero un marido,” dijo Roslyn con firmeza, la barbilla alzada. “He dicho que no quiero una Temporada. Eso no es lo mismo. Prefiero guardar el dinero que requiere una Temporada y guardarlo en mi futuro como esposa.”

“¿Pero ahora has decidido que no necesitas guardar el dinero que hace falta para los vestidos?” Insistió Marie, con toda la suspicacia que Roslyn había temido que tendría.

“Es un gasto menor. Me parece razonable.”

Mother hizo una mueca con los labios pero al menos había dejado de retorcerse los dedos. “Una Temporada es una inversión, querida. Si consigues al hombre correcto, el dinero está bien gastado y él aportará todo el futuro que te haga falta.”

“Pero no es una garantía,” dijo Roslyn con sinceridad. “Lizzy May no necesitó ninguna temporada y Ellie encontró a alguien sólo después de que la mayoría se hubieran ido del calor londinense.” Hizo un gesto incluyendo a Marie. “Y cada una de nosotras hemos tenido una Temporada y estamos solteras todavía.”

Marie se echó los rizos hacia atrás. “Yo sencillamente no quería casarme en mi primera Temporada, siendo más joven que vosotras.”

“Eso es cierto,” dijo Madre pensativa. Se desplazó entorno a la mesa para sentarse en la silla más cercana a Roslyn. “Marie tenía bastantes pretendientes.”

Se estaban yendo demasiado lejos, decidió Roslyn. Ladeó la cara para mirar a su madre. “Yo sí que quiero un marido, y me parece que la mejor manera de conseguirlo es viajar a Londres de inmediato. Hay tiempo para aumentar mi vestuario. Me puedo quedar con Ellie y el Sr. Carmichael y luego viajar a la casa Ducal con ellos. Podríamos tener que demorarnos unos días. Una semana más.”

El entrecejo fruncido de Madre se aliso mientras pensaba en eso.

Marie se dejó caer en el asiento enfrente de su madre. “¿Entonces, he de tener vestidos rehechos para estas Navidades, como castigo por mi diligencia en coserlos, y Roslyn será

premiada por negarse a coser para ella con el gasto de prendas nuevas hechas deprisa?” Lanzó su sombrero lleno de guantes encima de la mesa.

“Dos vestidos,” rogó Roslyn. “Puedo valerme del armario tal como lo tengo, pero necesito dos vestidos por si acaso Sus Excelencias invitan a alguien...” dejó de hablar, insegura de que palabras servirían mejor para hacer que su madre estuviera de acuerdo. “No deben tardar mucho, especialmente en esta época del año, con mucha gente de Londres ausente. Sólo estaremos unos días por detrás de vosotros.” Roslyn se negó a mirar a Marie, sabiendo que su hermana menor la estaba estudiando, alertada por la leve nota de desesperación en su voz.

Finalmente, Madre adoptó una mirada firme y asintió con la cabeza. “Le escribiré a Ellie.” Se aliso la falda y adoptó una mirada agradable. “Ahora, Marie, cuéntanos sobre tu paseo. ¿Seguiste la ruta de la Huerta?”

“Sí, Mamá,” dijo Marie, todavía estudiando a Roslyn.

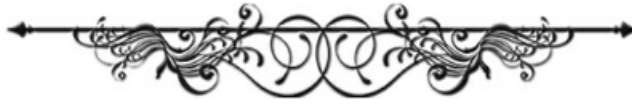
Roslyn rezó porque sus mejillas no se ruborizasen ante la mención del huerto.

“Espléndido. ¿Te gustaría un sandwich con tut é?”

“Sí, Mamá.”

La madre empezó a servir el té y parloteaba acerca de lo que podrían esperar de semejante servicio a la mansión Ducal. Roslyn dejó escapar algo de su tensión y asintió con la cabeza, fingiendo escucharlas. Había logrado la primera parte de su plan. Iría a Londres. Ahora tenía que asegurarse de que Francine fuese invitada a acompañarla.

CHAPTER FIVE



Con el hombro mucho mejor y los vendajes mínimos, Will estaba sentado ante el escritorio en el salón de Cooper terminando la tercera de tres cartas. Le había escrito a Roslyn primero y luego a su hermana, ocultando una de las cartas dentro de la otra. Lo había hecho de manera animada a pesar de algunas dudas causadas por la completa falta de respuesta de ellas a sus otros comunicados. A pesar de dictarle varias cartas a Francine y su padre desde que despertó en la clínica, Will no había sabido nada desde la carta que le aguardaba cuando recobró la conciencia la primera vez. La que decía que su hermana esperaba ir a verle y que las hermanas Ellsworth le deseaban una pronta mejoría.

Ahora, aunque podía escribir él solo y esperaba que eso de alguna manera derretiría lo que empezaba a picarle como una total falta de consideración por parte de sus parientes y Roslyn. Intentando no enfadarse o quejarse, Will terminó la carta a su padre con palabras animadas sobre su mejoría. En un largo sofá al lado del escritorio, el instrumento de esa mejoría, la siempre atenta enfermera Brookhouse hojeaba un diario de viajes de la biblioteca de Cooper.

“Aquí estás,” dijo Cooper entrando en la habitación. “He pedido que traigan el carruaje. Si has podido cenar en la mesa anoche y escribir cartas hoy, es hora de que te consigamos una vestimenta correcta.”

Abanicando la carta para que se secase la tinta, Will le miró. “¿Ropas adecuadas? ¿No te gusta que lleve tus ropas usadas?”

“Tengo intención de llevarte a mi club en algún momento.” Cooper señaló a Will vestido con su pantalón prestado, camisa de algodón y chaleco. “Esto está todo muy bien para una convalecencia, pero esos tipos son unos elegantes despiadados, todos ellos. Les odio a cada uno de ellos.”

“¿Si les odias a cada uno de ellos, para qué ir allí?”

“No seas ridículo. Hemos de ir. Les vas a adorar. Tipos geniales.”

Will sacudió la cabeza mientras añadía su firma en la parte inferior de su carta a su padre. “Si me das un momento, puedo doblar esto y poner la dirección y luego nos vamos.”

La enfermera Brookhouse levantó la vista de su diario. “Yo puedo ocuparme de eso, Sr. Raymond si quiere. De esa manera no tendrá que mandar una carta con un borrón.”

Will se giró en su silla para mirarla. “Eso sería muy amable por su parte, enfermera Brookhouse. Es la misma dirección que en la de mi hermana, solo que es para el Sr. Raymond, mi padre.”

“Me encargaré de que se envíen a correos también,” se ofreció ella. “Y ordenaré el escritorio.”

Will dejó la pluma a un lado. “Sería muy de agradecer.”

“Y a cambio, usted prometa no forzar ese hombro.” Ella miró con firmeza a Cooper. “Nada chaquetas ridículamente ajustadas para ser probadas. Estaré comprobando y volviendo a vendar ese hombro cuando vuelvan y sabré si me han hecho caso o no.”

Cooper alzó las manos enseñando las palmas. “Solo haremos que le tomen medidas, me temo. Pasarán días hasta que tenga que llevar chaqueta.”

Ella movió un dedo ante Cooper. “Y no le tendrá fuera durante mucho rato o hacerle elegir

cien artículos distintos para su guardarropa. Aparte sus lesiones más fáciles de discernir, le dieron en la cabeza con cierta fuerza. No está tan mejorado como piensa.” Ella barrió el aire señalando a Will. “Una cena ante la mesa y unas cuantas cartas esta mañana no significan que se haya recuperado. No hay que forzarle.” Entre divertido y afrontado, y sintiéndose obligado a ganarse el sustento ofreciéndole compañía decente Cooper, Will dijo, “No soy porcelana fina, Enfermera Brookhouse.”

“No, pero Lord Christopher no es de fiar para considerar su bienestar por encima de su propio entretenimiento,” replicó ella.

“Pero lo haré, querida señorita, lo haré,” protestó Cooper. “Le preguntaré a cada momento por su bienestar. Será mimado hasta más allá del asco.”

Con los labios fruncidos, la Enfermera Brookhouse estudió a Cooper un momento largo. Finalmente, asintió con la cabeza. “Muy bien entonces. Andando, los dos.”

Will miró de nuevo al escritorio. “Me atrevo a decir que ya está lo suficientemente seca para poner la dirección.”

“¿Está seguro?” preguntó la Enfermera Brookhouse, con una arruga de preocupación en la frente.

Era amable por parte de ella ocuparse tanto de sus cartas, sabiendo como sabía que la ausencia de contestación le preocupaba. “Parece que sí.”

Ella dejó su libro a un lado y se puso en pie. “Muy bien. Mientras la dobla y le pone la dirección, puedo ir a por mi bolso de médico. Prefiero mirar su hombro una vez más antes de que salga.”

“No hay tiempo para eso,” interrumpió Cooper. “Nos debemos marchar de inmediato. Ven, Will, ante de que perdamos la bendición de nuestro ángel guardian.”

La mano de Will se detuvo a medio camino hacia la página que descansaba encima del escritorio. “Pero yo...”

“Arriba, Will, arriba,” le insistió Cooper dándose la media vuelta. “Mi carruaje no espera a nadie,” dijo él mientras se alejaba por el pasillo.

Will miró la carta sin doblar y sin dirección para su padre y luego a la que estaba acabada para su hermana, la de Roslyn oculta dentro. “Yo me ocupo de ello, Sr. Raymond,” dijo la Enfermera Brookhouse. “Y usted procure no sobreesforzarse. Encuentro que esta salida es poco aconsejable, no me importa decir.”

En lugar de volver a iniciar esa discusión, porque la Enfermera Brookhouse parecía inclinada a consentirle, Will se levantó de la silla. “Gracias. Ya sabe lo impaciente que puede ser Lord Christopher.”

“Me temo que es todo lo impaciente que quiere, como heredero de un vizconde,” replicó ella con una sonrisa y las mejillas rosadas.

Will rio mientras salía de la habitación, encaminándose para agarrar más prendas de su armario prestado para estar en condiciones de salir. Una chica buena, la Enfermera Brookhouse. Una bendición durante su convalecencia, con su complexión de chica campestre, ojos azules, rizos rubios y una actitud brillante. Sería una buena esposa de alguien algún día.

Cuando Will alcanzó a Cooper, le esperaba en la entrada de la casa de la ciudad, golpeando con la punta de su bastón meramente decorativo contra el suelo de mármol. La pierna de Will le dolió un instante al verle, todavía no plenamente resignada a cargar con su peso de nuevo, pero él se negó a consentir a su pierna. En lugar de eso, se enderezó y tiró de sus guantes prestados.

“Ahora, dispongámonos al plan real,” dijo Cooper girándose hacia la puerta, que su mayordomo abrió de inmediato.

Will asintió con agradecimiento al hombre mientras ellos salían. “¿Plan real?”

“Sí, desde luego.”

Trotaron escaleras abajo, Will ocultando una mueca de dolor. ¿Por qué tenía la idea de que tenía que haberle hecho caso a la Enfermera Brookhouse después de todo?

Cooper se subió a su carruaje lacado con vivos colores, ignorando la mano que el lacayo de librea le ofrecía. Will sacudió la cabeza ante el hombre y se subió dentro con considerable menos elegancia y pensando con temor sobre lo difícil que sería bajarse. Quizás podría tragarse su orgullo y aceptar ayuda al bajarse. Se sentó en el asiento de espaldas a la marcha, aliviado de que estar sentado no dolía por lo menos. Cooper dio un golpe en el techo para hacerle saber al conductor que estaban listos.

“¿A dónde vamos realmente?” preguntó Will, esperando no arrepentirse por haberse subido al carruaje.

“A mi sastre, como dije, pero no solo allí, y está claro que te probarás varias chaquetas entre otras prendas.”

Will alzó las cejas. “No puede ser que tengan suficientes chaquetas acabadas a mano para que haya varias que me estén.”

“Ciertamente no. Hice que mi hombre te tomara las medidas hace semanas.”

“¿Perdón?”

“Mientras tenías fiebres. Pensé que sería mejor que planease tu recuperación.”

Will le miró fijamente, vagamente recordando sueños febriles de alguien vendándole con cintas. ¿Había sido el sastre de Cooper? “Has tenido mucha fe en la Enfermera Brookhouse.”

Apuntándole con el pomo de su bastón, Cooper le dijo, “tenía mucha fe en tí.” Le brindó una sonrisa. “Además, no les dije que empezaran a coser hasta que demostraras que mi fe estaba puesta.”

“Incorregible,” murmuró Will. “Espero que no hayas elegido nada demasiado elegante. Un nuevo vestuario no es mi gasto principal.”

“Lo cual no importa ya que yo soy quien paga.”

“¿Tú?” Will sacudió la cabeza. “Puedo pagar. A menos que hayas olvidado, tengo los intereses de cinco mil libras.”

“Y, a menos que hayas olvidado, dije que estábamos en paz si aceptabas los fondos. Yo seré quien pague ya que soy quien insiste en enseñarte lo que Londres puede ofrecer. Ropas buenas. Comida buena.” La mirada de Cooper se volvió taimada. “Mujeres buenas.”

Esto último suscitó una sacudida de cabeza más vigorosa. “Yo tengo una buena mujer esperándome, gracias.”

“¿La que no se molesta en contestarte?”

Will hizo una mueca. “No puedo decir por qué ninguna ha contestado, pero puedo asegurarte que Ro... es decir, la Srta. Ellsworth no es de naturaleza veleidosa.”

“¿La Srta. Ellsworth?” Cooper frunció las cejas levemente. “¿Ese es el nombre que te has estado guardando durante años? ¿Ella es una de las hermanas Ellsworth? Las que salieron en la última Temporada, excepto una de las de enmedio que ya se había casado con el Duque de Aspen.”

Con la extraña sensación de que no debía contestar, Will dijo, “Sí. La mayor. La Srta. Roslyn Ellsworth.”

Cooper silbó. “He oído decir que es una gran belleza. Esos rasgos dramáticos Solworth.”

Will asintió. Una visión de Roslyn se materializó en sus pensamientos, suscitando una sonrisa de él.

El sonido de Cooper carraspeando hizo que Will volviera a la realidad. Con una expresión algo tímida, Cooper dijo, “¿Podría ser que ah, con sus rasgos y las conexiones de sus hermanas haya encontrado que el hijo de un pastor es bueno, quizás poca cosa?”

Will miró fijamente a Cooper, el significado de sus palabras penetrando en él mientras daban botes por las calles londinenses. “¿Quieres decir que no soy lo suficientemente bueno para ella?”

“Me atrevo a decir que eres digno de cualquier mujer, y ahora que tienes una fortuna a tu nombre.” Frunció las cejas. “¿Sabe ella eso?”

Will sacudió la cabeza, algo aturdido por la sugerencia de Cooper. A Roslyn no le importaba las conexiones o la posición. Ella le amaba. Había triplicado su dote debido a su parentesco Solworth Ducal y lo primero que había hecho era escribirle a Will para contarle la feliz noticia para el futuro de ellos dos. Por eso él no le había escrito sobre su nueva riqueza. Él quería contárselo en persona, disfrutar de la alegría que le daría a ella.

Y ella se alegraría, porque le amaba y los dos iban a tener un futuro como marido y mujer. Ella le había prometido eso y él a ella también.

“Sí, bueno, quizás deberías contarle tu nueva posición,” dijo Cooper en tono disculpatorio. “Atraerla de nuevo.”

“A Roslyn no le preocupan esas cosas,” dijo Will con firmeza, intentando no sentir una pizca de duda. Por cartas previas, él sabía que ella había estado en la casa londinense del Duque de Aspen. También le había escrito sobre los relatos de su casa campestre que le habían contado sus hermanas. ¿La exposición a toda esa riqueza le había hecho cambiar de parecer sobre casarse con el hijo de un párroco? “Además, mi hermana y mi padre tampoco han escrito. Sólo he recibido una carta de Francine, la que me esperaba cuando desperté en Londres. Alguna otra cosa debe ser la razón.”

¿Debía regresar a casa?

“Me atrevo a decir que todo se arreglará,” dijo Cooper con unos ánimos que no le llegaban a sus ojos azules. “Deberías pues, bueno, prepararte, por si acaso y no hay nada malo en salir. Repasar tus opciones como si dijéramos.”

Will sopesó eso, todavía frunciendo las cejas. El corazón de Roslyn no era veleidoso. Ella le había estado escribiendo durante siete años. Él la conocía tan bien como se conocía a sí mismo.

Sí, escribiéndole de manera diligente... hasta que volvió realmente y podía pedir su mano. ¿Era que ella sencillamente no había querido hacerle daño mientras estaba lejos, luchando por Inglaterra? Él había visto pasar eso a otros hombres.

Sacudió la cabeza una última y contundente vez. No. Alguna otra cosa andaba mal. Si no, habría sabido de su hermana, incluso aunque el padre de ellos estaba demasiado ocupado con su trabajo para poder escribir. Francine nunca decepcionaba a Will.

¿O es que Francine se negaba a escribir, sabiendo que tendría que verse forzada a incluir mención de la huida de Roslyn?

“Ya hemos llegado,” anunció Cooper alegremente.

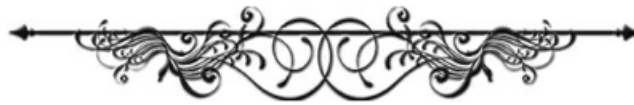
Se bajaron, Will aceptando la ayuda de un lacayo y entraron en un establecimiento elegante que hizo que Will se alegrara de no recordar, en su preocupación por Roslyn, hablarle a Cooper para que no pagara. Incluso con la nueva riqueza de Will, tendría que usar dinero de su capital para pagar por semejantes prendas.

Will terminó probándose varias chaquetas además de pantalones, camisas y chalecos, todos casi acabados pero a falta de los últimos toques hechos después de probárselos. Un nuevo vestuario para el hombre nuevo en que se había convertido. Cooper insistió en pagar por todo y el sastre no era lo único. Para cuando regresaron esa noche, Will poseía o había encargado

zapatos, botas, ropas para montar, aunque no se atrevió a señalar que no poseía un caballo, corbatas, gemelos, pañuelos, alfileres para corbatas, sombreros, un abrigo, guantes... y toda otra clase de cosas que se le hubiera ocurrido a Cooper.

Debería haberse sentido exultante, y Cooper siguió parloteando de manera jovial el resto del día, pero Will se fue a la cama esa noche, exhausto, dolorido y preocupado por su futuro con Roslyn.

CAPÍTULO SEIS



Resultó ser que incluir a Francine era sencillo una vez que Roslyn le contó el éxito de la primera fase de su plan. Ante la insistencia de Francine, su padre mandó notas a media parroquia preguntando si alguien tenía intención de viajar a Londres pronto y pudiera tener sitio para su hija. La madre de Roslyn dijo que sí de inmediato, sin comprobar con Roslyn. Por una vez, a Roslyn no le importó que su madre se inmiscuyera.

Una criada acompañó a Roslyn a la parroquia, donde las dos se bajaron del carruaje con la ayuda del mozo de su padre. Después de darle las gracias a la criada que regresaría a casa de sus padres andando, Roslyn se fue hacia la parte delantera del carruaje para hablar con el conductor.

“¿Puedo ayudarla, Srta. Ellsworth?”

Roslyn sonrió, no sin darse cuenta del efecto que una cara bonita tenía en muchos caballeros. “Creo que sí, Sr. Davies. ¿Es usted conocedor de la razón de la Srta. Raymond por acompañarme a Londres?”

“Sí, señorita. Su hermano está en un hospital allí.”

“Precisamente, y aunque sé que hemos de ir a mi hermana en la casa Carmichael, sería un gran favor si pudiéramos pasarnos por el hospital primero. Si no, para cuando lleguemos a Londres y hayamos intercambiado saludos, será demasiado tarde para visitas hoy.” Cosa que Roslyn no podía tolerar. ¿Estar en la misma ciudad que Will pero sin poder verle otro día interminable más? Se volvería loca. “Srta. Raymond será demasiado pedir, pero sólo puedo imaginarme lo preocupada que debe estar. Sería bondadoso por nuestra parte darle un momento de estar con su hermano antes de que sigamos a casa de mi hermana.”

El Sr. Davies frunció las cejas mirándola. “Si no le importa que se lo diga, Srta., viendo como tanto usted como la Srta. Raymond están solteras, he de llevarlas directamente a la puerta de la casa del Sr. Carmichael y verlas entrar.”

Roslyn intensificó su sonrisa. “Es tan amable que se preocupe por nosotras, Sr. Davies. Es usted muy concienzudo. De todas formas, no veo qué nos podría pasar rodeadas por enfermeras. Estoy segura de que un momento con su hermano le haría mucho bien a Francine.”

El Sr. Davies frunció los labios, la frente arrugada mientras pensaba. Finalmente asintió. “Eso es muy considerado por su parte, Srta.”

“¿Entonces estamos de acuerdo con el cambio en nuestro destino?” presionó Roslyn, esperando que él no pudiera darse cuenta del alivio que sentía ella.

Él asintió. “Lo estamos, siempre y cuando ustedes dos no tengan intención de una visita larga. No quisiera preocupar a la Sra. Carmichael por no llegar a tiempo.”

“Yo se lo explicaré a la Srta. Raymond mientras vamos viajando.”

El Sr. Daviesladeó su sombrero. Roslyn le brindó una última sonrisa y luego subió por el caminito hasta la puerta de la parroquia. Antes de que llegara, la puerta se abrió y Francine salió, seguida por dos lacayos que cargaban con sus maletas. Se encontró con Roslyn a medio camino y la tomó del brazo.

“Gracias de nuevo a ti y a tus padres por permitirme acompañarte,” dijo Francine, la voz muy alta mientras bajaban por el camino.

“El placer es nuestro para acomodarte, Srta. Raymond,” dijo Roslyn en lo que ella pensaba

que era un tono mucho más natural. “Es afortunado que yo ya había planeado un viaje a Londres.”

“Y tu hermana es tan bondadosa por permitirme quedarme yo también.”

“Estoy segura de que ella y el Sr. Carmichael no tienen ningún impedimento.”

El mozo ayudó a Roslyn a sentarse dentro, seguida por Francine mientras los lacayos de la parroquia trabajaban asegurando sus maletas.

“¿Está lista para marcharnos una vez que se hayan atado las maletas, Srta.?” Dijo su mozo parado en el umbral.

“Lo estamos,” contestó Roslyn.

Él movió la cabeza y cerró la puerta del carruaje. El vehículo se hundió un poco. Las maletas de Francine se ataron con el mínimo de esfuerzos. Todo el rato, ella y Roslyn estaban sentadas, las manos en el regazo y las miradas neutrals. Finalmente empezaron a desplazarse.

Fueron rodando por el sendero, en breve pasando a la criada que iba andando, lo cual suscitó culpa en Roslyn. Había estado tan emocionada de embarcarse ya y tener la intimidad de contarle a Francine lo de su cambio de destino, que se le había olvidado llevar a la chica parte del camino.

“¿No era esa una de tus criadas?” preguntó Francine girándose después de mirar por la ventanilla.

“Lo era.” Roslyn se mordió el labio inferior con los dientes. “Debí haberme ofrecido para llevarla a medio camino.”

Francine se encogió de hombros. “Parecía estar alegre. Creo que prefiere caminar un bonito día de diciembre frente a la tarea que le podía estar aguardando.”

Roslyn no había pensado en eso.

“¿Crees que llegaremos lo suficientemente temprano para visitar el hospital hoy?” preguntó Francine.

La felicidad apartó cualquier culpa acerca de la criada. “He convencido al Sr. Davies para que nos lleve allí primero y luego a casa de mi hermana. Dijo que si no tenemos intención de perder mucho tiempo, le parece bien.”

Francine sonrió con una alegría rivalizante a la de Roslyn, diciéndole, “Qué lista eres.” Su sonrisa se borró un poco. “Estoy bien preocupada por él, Ros. ¿Por qué no ha escrito? No hemos sabido nada de él desde la carta de su Capitán diciéndonos lo mal que estaba y que le transportaban a un hospital en Londres. Le he escrito a Will tres veces y Padre incluso le escribió una vez.”

Roslyn se mordió el labio inferior. ¿Por qué desde luego? “Sí... quiero decir, alguien te escribiría sí...” Ella tragó ante el dolor que sentía en la garganta, incapaz de terminar la pregunta.

“Sí. Seguramente. Alguien nos escribiría.”

Roslyn volteó la cabeza para mirar por la ventana, intentando recomponerse.

“Escribirían,” reiteró en un murmullo bajo.

“Quizás ha estado demasiado indispuerto para escribir o incluso dictar,” dijo Roslyn estudiando el paisaje todavía conocido que pasaba lentamente.

“Pero estaremos allí pronto y cuidaremos de él y está claro que mejorará.”

“Ciertamente, lo haremos y mejorará,” dijo Francine con firmeza. “He estado cuidando de él y de Padre durante años. Sé cómo se hace.”

Aunque era tres años más joven que Will y Roslyn, Francine no exageraba. Después de la muerte de su madre hace casi una docena de años, ella había asumido su papel como la pariente más mayor de la parroquia muy en serio. Will y su padre tenían mucha suerte de tener una pariente tan capaz y sensata. No es que, sospechó Roslyn, que el Sr. Raymond se daba cuenta,

siempre ocupado en componer su siguiente sermón.

Aunque Will si se daba cuenta, y, aunque fuese el que fuese el mal que le había aquejado en el Continente, no era como asegurarse de que la cena estuviera en la mesa a la hora correcta, o cuidarle cuando le dolía la cabeza, Roslyn se sentía segura de que entre las dos, ella y Francine podrían curar a Will. Aún así, para dejar de pensar en preocupaciones tan grandes, ella habló de temas más livianos. Francine debía estar de acuerdo con la necesidad de hacerlo porque ayudó a mantener la conversación banal durante el resto del recorrido y durante las paradas para estirar las piernas y descansar a los caballos.

Hasta el trecho final, los caballos descansados por última vez antes de entrar en las calles lentas y ajetreadas de Londres. Entonces, las dos se quedaron en silencio, las miradas mirando por las ventanas. Aunque Roslyn nunca había visto el imponente edificio de múltiples alas ante el que se detuvieron finalmente, ella sabía que era el hospital. Incluso si hubiera dudado de las direcciones o la habilidad del Sr. Davies, hombres con muletas o a veces en sillas de ruedas, recorrían los terrenos, a menudo acompañados por enfermeras de delantales blancos.

Cuando el carruaje se detuvo, Roslyn se bajó corriendo, deseosa de buscar a Will. Francine, medio paso detrás de ella, subió el camino que llevaba a la puerta principal.

“Esperaremos aquí, Srta. a menos que alguien nos pida que nos desplacemos,” dijo el Sr. Davies.

Roslyn obligó a sus pies a detenerse. Se volvió hacia atrás con una sonrisa que esperó no pareciera demasiado forzada. Se le había olvidado el conductor y el mozo. Incluso el carruaje y los caballos. Esperó que los criados no pensaran demasiado por su afán algo desmesurado.

“Gracias, Sr. Davies. No tardaremos mucho. No deseamos causarle ninguna preocupación a Ellie.”

“Hemos llegado con tiempo, Srta. Ella no las esperará hasta dentro de una hora o así.” Él frunció las cejas. “Pero con el tráfico de Londres nunca se sabe lo que puede tardar incluso un trayecto corto.”

“Sí. El tráfico londinense.” Roslyn buscó a la desesperada algo apropiado para decir, pero todo lo que podía pensar en lo cerca que estaba de volver a ver a Will después de los años que había estado ausente. “No tardaremos mucho,” dijo ella repitiéndose y se fue corriendo detrás de Francine, que ahora ya la había adelantado.

Con las piernas largas, alcanzó a Francine con facilidad. Entraron en la gran sala juntas pero Roslyn se obligó a quedarse detrás mientras Francine se aproximó a un mostrador con mujeres detrás con cofia y delantal. A ojos del mundo, Roslyn acompañaba a Francine como amiga, ya que no tenía ningún derecho sobre Will. Ella tenía que recordar eso y comportarse de manera apropiada.

Francine se acercó a una de las enfermeras sentadas y le devolvió un saludo amable antes de decir, “Estoy aquí para visitar a mi hermano Will. El Sr. William Raymond.”

“William Raymond,” repitió la mujer. “Le buscaré, Srta. Raymond.”

Se puso en pie y se fue hacia una fila de archivadores, frentes de cajones marcados con letras. Abrió el que estaba marcado con “Ra-Rn” y empezó a repasar tarjetas dentro. Finalmente, sacó una. Se volvió con la frente fruncida. Algo en la mueca de la mujer, la arruga que le fruncía las cejas, llenó a Roslyn de preocupación.

La enfermera regresó al mostrador y volvió a sentarse. “El Sr. Raymond ya no está con nosotros.”

El suelo se inclinó bajo Roslyn. Se agarró al brazo de Francine.

“Se marchó hace casi una semana, según pone aquí.”

“Se... ¿se marchó? Preguntó Francine temblando bajo el agarre de Roslyn.

La enfermera asintió con la cabeza, alzando la mirada de la tarjeta. Su mirada se volvió perpleja, luego alarmada. “Oh, no, Srta., no quería decir eso así. Se marchó para terminar con su recuperación en otra parte.”

Las rodillas de Roslyn temblaron de alivio.

“¿Otra parte?” Francine sacudió la cabeza. “No entiendo. Su capitán nos escribió para decirnos que le traerían aquí. ¿A dónde ha ido?”

La mujer le ladeó la tarjeta, pero la letra era imposible de descifrar boca abajo y con el pulso de Roslyn latiendo tan fuerte que su visión se tornó borrosa.

“Me temo que no lo sé,” dijo la mujer. “No hay nota de dónde fue llevado el Sr. Raymond.” Ella se encogió de hombros. “Normalmente hay una nota.”

“¿Quién le cuidó?” exigió saber Roslyn con la voz tan alta que apenas reconocía que era la suya. “¿No hay nadie que pueda saber a dónde ha ido?”

La mujer frunció las cejas mirando la tarjeta. Hizo acercarse a otra de las recepcionistas. “¿Es esa la firma de la Enfermera Brookhouse?” La otra mujer, más mayor, arrugó la nariz. “Lo es.”

“¿Entonces esta Enfermera Brookhouse lo sabra?” Preguntó Roslyn ansiosa.

La mujer más mayor sacudió la cabeza. “Fue contratada por un tipo rico. Me atrevo a decir que volverá una vez que ya no la necesite. Trabajar para esas personas ricas es así.”

La primera mujer resopló. “No si se sale con la suya.”

Eso le granjeó una mirada reprobatoria. “No vamos a tolerar esos cuchicheos delante de estas señoritas de bien.”

La primera mujer bajó la mirada. “Si, Sra.”

“Me temo que no tenemos manera de saber a dónde ha ido su hermano, Srta. Raymond,” dijo la mujer más mayor. “Su enfermera debió de anotar esa información en su tarjeta, pero no lo ha hecho y actualmente nos ha dejado por otro empleo.”

Roslyn las miró fijamente. Cruzó una mirada con Francine, que parecía estar tan conmovida como se sentía Roslyn. “No entiendo.”

“No hay nada que entender, señorita,” dijo la mujer mirando a Roslyn de arriba abajo con los ojos levemente estrechados, preguntándose obviamente por qué parecía tan alterada por la desaparición del hermano de su acompañante. “No sabemos a donde ha ido el Sr. Raymond, sólo que estaba recuperándose lo suficiente como para marcharse.”

“Sí aceptamos unas cartas,” dijo una tercera mujer. Todas la miraron y ella señaló a varias baldas.

La primera mujer asintió y se fue hacia las baldas, que también estaban marcadas con letras. Regresó con una carta que tenía la letra de Francine.

La boca de Francine se quedó abierta. “¿No recibió esa carta?” Estiró una mano para tomar la carta. “¿Recibió las otras?”

La mujer se quedó con la carta. “Nosotras, ah, pagamos por eso, Srta. Es nuestra política cobrar el timbre cuando se recogen.”

“Oh, si, claro.” Francine miró en su bolsito de mano. “No tengo gran cosa.”

“Yo puedo pagar, Fran.” Roslyn sacó varias monedas de su bolso, sabiendo que Francine tenía poco dinero y sospechando que la mayoría de lo que tenía estaba oculto en sus enaguas en lugar de estar metido en su bolso donde alguien se lo podría arrebatar con mayor facilidad. Roslyn ofreció las monedas.

La mujer tomó dos de ellas, dejando las otras y le entregó la carta.

Francine la estudió un momento, luego alzó la mirada, su cara ansiosa. “Esta es mi carta más

reciente. ¿De manera que ha recibido las otras?”

La mujer se encogió de hombros. “Alguien las ha recogido.” Miró a las otras dos mujeres. “No recuerdo haberlas entregado. ¿Os acordáis vosotras?”

Mudas, las dos sacudieron las cabezas.

Roslyn sintió frustración. “Pero, ¿cómo vamos a encontrarle?”

“Preguntaremos por usted, Srta.” dijo la primera mujer con voz tranquilizadora.

“Y si alguien viene buscando su correo, les preguntaremos,” dijo la tercera mujer con una sonrisa apaciguadora.

“Quizás si vuelven en unos días,” dijo la mujer más mayor de las tres, pero su voz carecía de convicción.

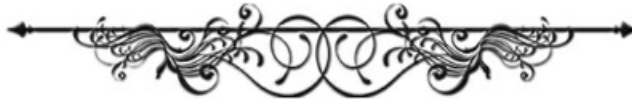
“Gracias,” dijo Francine. “Si se enteran de su ubicación, por favor, envíe un mensaje a la Srta. Francine Raymond, a la atención de la Sra. Carmichael.” Le dio la dirección londinense de Ellie.

“Eso haremos, señorita,” dijo la primera mujer asegurándoselo.

“Gracias,” repitió Francine. Tomó el brazo de Roslyn. “Ven. Le encontraremos. Ha debido de escribir. Especialmente si se ha ido a alguna parte. Las cartas deben haberse demorado. Le escribiré a Padre para decirle que esté pendiente de ellas.”

“Sí,” dijo Roslyn débilmente, apoyándose en Francine para cruzar la gran entrada. “Ese debe ser el caso.” Roslyn no habló más mientras regresaban al carruaje y se fueron a la casa de la ciudad de Ellie, demasiado miserable para fingir normalidad.

CAPÍTULO SIETE



Will se despertó al día siguiente de su salida con Cooper en un estado de dolor tan severo que le daba toda la razón a la Enfermera Brookhouse. Su pierna le dolía, incapaz de sostenerle. El hombro le aquejaba demasiado para ponerse ni siquiera un abrigo suelto prestado. Peor de todo, su cabeza daba vueltas, el mundo deslizándose a su alrededor en un arco lento y mareante. Yacía en la cama, maldiciendo a Cooper y a sí mismo por no insistir en que le hicieran caso a la Enfermera Brookhouse y sus consejos.

Dos días más tarde, sin embargo, estaba de vuelta al salón, su recuperación de aquel día más rápida. Sentía que verdaderamente estaba mejorando y estaba muy agradecido. Si solo Roslyn y su familia mostraran interés en su recuperación, él se habría sentido verdaderamente jubiloso.

Se sentó ante el escritorio de nuevo, aunque no tenía ni idea de qué escribir. No habían llegado cartas para él. Tamborileó encima de la mesa con los dedos. “¿Quizás esa primera carta se perdió?” dijo.

Cooper alzó la mirada del periódico que estaba leyendo. “¿Perdón?”

“La carta que dicté cuando todavía estaba en el hospital,” aclaró Will. “Quizás se perdió o la dirección no estaba bien escrita, sin ofender, por la Enfermera Brookhouse. Quizás hay una pila de cartas de mi familia,” y Roslyn, “esperando en el hospital.”

La Enfermera Brookhouse, costura en mano, sacudió la cabeza. “Los habrían mandado. Dejé la dirección para eso.”

“De todas formas, podría ir a comprobarlo.” Will sintió alegría ante esa idea. Tenía sentido. Si no estuviera recuperándose todavía, se le habría ocurrido de inmediato.

“Preguntaré por usted cuando me pase por ahí esta tarde.”

“¿Esta tarde?” repitió Will preguntando.

La Enfermera Brookhouse asintió con la cabeza mientras cosía. “Me paso la mayoría de las tardes mientras está durmiendo para preguntar por mis ex pacientes. ¿No pensaría que dejaba de preocuparme por su bienestar cuando estuve de acuerdo en vivir aquí para cuidar de usted?”

“Yo puedo acompañarla,” dijo Will ansioso.

La aguja de la Enfermera Brookhouse pinchó con una ferocidad repentina, luego sus manos se detuvieron. Ella alzó la mirada con una de sus alegres sonrisas. “Siempre y cuando no esté demasiado incómodo.”

“¿Cómo sería eso?” preguntó Cooper frunciendo las cejas.

Ella se giró para mirarle por encima de la mesa baja que estaba delante del sofá. “Algunos convalescientes encuentran que regresar al hospital es algo... traumático. Las paredes blancas y los pasillos con eco. Todos los hombres heridos. Enfermeras de aquí para allá. Especialmente los heridos graves. Es, francamente, no una salida que yo le recomendaría en este momento, Sr. Raymond.”

Will no había considerado como sería volver a pisar un lugar mayormente relegado a ser el fondo de días y noches interminables de sueños febriles. Luchó contra el deseo de estremecerse.

“Uff,” dijo Cooper. “Tiene razón, Will. No tengo deseos de volver allí.”

“O podría sencillamente preguntar por las cartas para usted cuando vaya,” dijo la Enfermera Brookhouse de manera tranquila.

“Sí tienes energías para una salida...” empezó a decir Cooper.

“Oh no, nada de eso,” interrumpió la Enfermera Brookhouse. “Usted le hizo tener una recaída con esa última salida.”

“Lo cual es la razón por la que sugiero algo mucho más suave hoy,” dijo Cooper. “Y es que nos acompañe.”

Los ojos de la Enfermera Brookhouse se estrecharon. “¿Acompañarles?”

“Pensé que quizás Will debería tomar un poco de aire fresco.” Dejando caer el periódico en su regazo, Cooper alzó las manos con las palmas hacia afuera. “Sé que hace frío, pero no hace tanto frío. Es un día soleado de diciembre.”

Will también quería salir. Nunca había pasado tantas horas consecutivas dentro de casa en toda su vida como ahora. “No estoy seguro de que pueda caminar demasiado lejos, pero estoy por intentarlo.”

“Pensé mejor, en que tomemos mi faetón,” dijo Cooper. “¿Supongo que sabe manejar un carruaje con dos caballos?”

“Por supuesto,” dijo Will, algo insultado por la pregunta.

“Tú y la Enfermera Brookhouse pueden conducir, de manera que ella estará a su lado para mantenerle fuera de problemas y yo iré a caballo. Iremos al parque.” Cooper frunció las cejas levemente. “Tu vestuario todavía no está listo, pero con un abrigo y sombrero, nadie se dará cuenta que llevas cosas prestadas.”

Will se puso en pie, encontrando la idea de salir mucho más agradable que otra vuelta a escribir cartas a seres queridos que parecían empeñados en ignorarle. “Una idea estupenda.”

“¿Es de su aprobación, Sra.?” Cooper le preguntó a la Enfermera Brookhouse.

Ella sonrió. “Mucho.” Empezó a guardar sus cosas de costura. “¿Si me permiten cambiarme? Me atrevo a decir que un abrigo ocultará el estado de la ropa del Sr. Raymond, estar sentado al lado de una enfermera, sería muy notorio.”

“Una idea espléndida.” Cooper sacó su reloj. “Haré que enganchen los caballos y nos vemos en la entrada en, oh, cuarenta y cinco minutos, ¿les parece?” Alzó la mirada. “¿Es tiempo suficiente, Enfermera Brookhouse?”

“De sobra,” dijo ella alegremente. Terminó de ordenar sus cosas en su pequeño costurero y lo metió bajo el sofá, luego se puso en pie para ofrecerles una reverencia. “Sr. Raymond. Lord Christopher.”

Will asintió con la cabeza como contestación y se dispuso a volver a ordenar los objetos de escritura.

Cooper dobló su periódico. “Bien. Les veo en cuarenta minutos.” Se puso en pie, saliendo de la habitación tras la Enfermera Brookhouse mientras silbaba de manera algo discordante.

Will estaba contento de no tener ropas para cambiarse porque necesitaba tiempo para subir lentamente los escalones para buscar sus prendas de calle y luego de nuevo para abajo, las escaleras siendo la tarea principal que su pierna todavía no realizaba de manera adecuada. Eso no le impidió ser el primero en llegar a la entrada, donde empezó a preguntarse cuánto tardaría un tipo elegante como Cooper en vestirse para ir a montar. Con un movimiento de saludo al mayordomo, Will se sentó en la esquina de un banco para esperarles.

Casi una hora después de su salida del salón, Cooper bajó los escalones trotando con una demostración de vigor que enfatizaba el latir continuo de dolor en la pierna herida de Will. Ignorando la sensación, Will se puso en pie. A través de la ventana estrecha biselada de la entrada podía ver el faetón y el caballo del Lord esperando.

“¿Todavía no ha llegado la Enfermera Brookhouse?” preguntó Cooper pasando por delante de

Will para mirar por la ventana. Se volvió con un movimiento de satisfacción. “Buen par de caballos. Lo vas a disfrutar. Las mujeres, siempre tarde.”

A veces, Will no sabía si la dificultad que tenía en discernir los significados de Cooper se debían a su cabeza maltrecha o la manera de hablar de Cooper. “Estoy seguro que vendrá pronto.”

Cooper dejó escapar un silbido bajo ante las palabras de Will y más bajo aún le dijo, “Tienes razón,” su mirada de repente puesta en la escalinata.

Will se dio la vuelta.

La Enfermera Brookhouse había cambiado su cofia de enfermera por un bonete de mujer, los detalles azules enfatizando el color de sus ojos. Tampoco llevaba su uniforme y el delantal blanco almidonado. En vez de eso, llevaba un vestido de día de color azul, su bajada por las escaleras ondeando la tela ligera lo suficiente para realzar cada curva, y tenía curvas. Especialmente las que enfatizaba el escote del vestido, considerablemente más bajo que el de su uniforme. Mientras bajaba hacia ellos, alzó el dobladillo un poquito para navegar los peldaños, ofreciendo vistazos repetidos de sus tobillos bonitos. Incluso sus rizos parecían más lustrosos, de alguna manera, como hilo de oro.

Cooper se inclinó cuando ella llegó a ellos. “Me atrevo a decir que el Sr. Raymond estará acompañando a la dama más preciosa del parque.”

La Enfermera Brookhouse se ruborizó levemente, el rosa en sus mejillas sólo era un añadido a su belleza. “Busca halagar, Lord Christopher.”

“Ciertamente, lo hago pero sólo estoy diciendo la verdad.”

Ella le sonrió mostrándole sus hoyuelos, luego se volvió hacia Will, con la mirada expectante.

“Está encantadora, Enfermera Brookhouse,” logró decir Will. Le ofreció un brazo. “Es un honor para mi acompañarla.

Cooper se frotó las manos. “Perfecto. Está usted perfecta, querida. Esto aquilatará la posición de Will.”

“¿Aquilatar mi posición?” preguntó Will, mirando por encima de la cabeza de la Enfermera Brookhouse a Cooper mientras ella le colocaba una mano en el brazo.

“Como caballero respetable.” Cooper hizo un ademán hacia la puerta. “Un buen carruaje. Una mujer hermosa. Todo el mundo se estará preguntando ¿quién es ese tipo excelente que vi en el parque hoy?”

Will alzó las cejas. “¿Y yo he de querer que pregunten eso?”

“Sí. Puedes que tengas una buena cuna, pero eso no te asegura una posición como caballero londinense.” Cooper le dio una palmada en su hombro bueno, haciendo que su otro hombro le doliera. “Quieres que todo el mundo te mire. Todas las puertas abiertas para tí y todo eso.” Guiñó un ojo. “La mejor manera de asegurarse un buen futuro.”

Will frunció las cejas, preguntándose exactamente qué quería decir eso. La Enfermera Brookhouse también debía haberselo preguntado porque su ceño estaba más fruncido que el de él. Decidiendo no animar a Cooper, Will le sonrió a la bella mujer que tenía del brazo. “¿Vamos?”

“Creo que sí,” contestó ella, dejando de fruncir las cejas también.

El mayordomo se acercó para abrir la puerta. Will le saludó con agradecimiento mientras pasaba.

La mirada de la Enfermera Brookhouse se fijó en el faetón elegante bien lacado. Miró por encima de su hombro cuando llegaron al escalón de abajo y dijo, “Es un vehículo muy hermoso, Lord Christopher.”

Cooper bajó al lado de ellos, enorgullecido. “Desde luego. Me lo hicieron a medida, claro. Elegí cada detalle yo mismo.”

“Ya se ve,” dijo la Enfermera Brookhouse un poco sin aliento.

“Mantendrá a Will a un paso pausado hoy, por consideración hacia él, pero debería ver cómo va a pleno rendimiento.” Cooper hinchó el pecho. “No puede superarse. Es como cabalgar el viento.”

“Me encantaría esa experiencia.”

Con un brillo en el ojo, Cooper dijo, “Quizás la lleve a dar una vuelta en algún momento.”

“Me gustaría eso, milord.”

Will resistió el deseo de alzar la vista al cielo y ayudó a la Enfermera Brookhouse a subirse al carruaje. Él dio la vuelta y se subió al asiento del conductor, su pierna protestando en un torrente de dolor. Después de respirar hondo para calmarse, Will aceptó las riendas del lacayo de Cooper.

Una mano enguantada le tocó ligeramente el brazo. “¿Está seguro de que está suficientemente bien para esto?” Todo coqueteo reemplazado por preocupación por él, la Enfermera Brookhouse le miró con los ojos azules muy abiertos.

Will la sonrió con seguridad a pesar del dolor que le martilleaba la pierna. “Solo me duele al subirme y bajarme, así que desistir ahora no lograría nada y tengo a los caballos controlados con mi brazo sano. No me hará falta usar el otro. Normalmente no uso mucho el látigo de todas formas.”

“Bueno, podemos regresar en cualquier momento. Sé que se siente obligado a entretener a Lord Christopher en consideración por sus muchas bondades para con usted, pero eso no le da derecho a arriesgar su recuperación.” Ella le dio un apretón al brazo de Will.

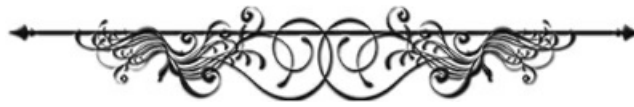
Caldeado por su consideración, Will asintió, aunque no tenía libertad para explicarle a ella que se había confundido. Cooper le regalaba cosas a Will porque se sentía culpable por aceptar el mérito debido a Will. Algo que Will tenía que hacer un esfuerzo por no permitir que la culpabilidad que su amigo sentía no fuese demasiado lejos.

Cooper se acercó a ellos montado en un caballo zaino muy bonito, sonriendo como si hubiera diseñado la soleada tarde de invierno personalmente. “¿Lo ven? Un buen día para una vuelta por el parque. O dos.”

“O una,” dijo la Enfermera Brookhouse con firmeza.

“Hm. Bueno, ya veremos.” Coope guiñó un ojo, hizo un ademán con las riendas y se puso por delante de ellos guiándoles.

CAPÍTULO OCHO



Roslyn estaba sentada en el salón delantero de la casa soleada de Ellie, intentando coser mientras su hermana tocaba el pianoforte. Francine, sentada en el mismo sofá que Roslyn, parecía igual de desenfocada, pero el Sr. Carmichael dejó su libro en su regazo, abierto en la primera página. El cuñado de Roslyn estaba totalmente inmerso en la música de Ellie mientras miraba a su esposa con arrobó.

El marido de Ellie de apenas seis meses era un caballero bondadoso, considerado y callado. Apuesto, supuso Roslyn, pero largo y demasiado delgado. Ella prefería un caballero de hechura más sólida, como Will. Su cuerpo más robusto y ancho le hacía sentirse proporcionada. El Sr. Carmichael eran tan estrecho que dos de él podían ocupar el lugar de Roslyn. Sería como abrazar una farola.

También tenía la costumbre de quitarse las lentes y limpiarlas, luego colocárselas y empujarlas por su nariz, justo antes de hablar. Después de solo unos días, Roslyn sabía que eso la volvería loca. Parecía poca cosa y a Ellie no le molestaba para nada, pero todo lo que Roslyn podía pensar era que el Sr. Carmichael no era nada como su Will.

Ellie terminó de tocar y el Sr. Carmichael aplaudió, se quitó las gafas, las limpió, las colocó en su sitio y luego las empujó hacia arriba y dijo, “Eso ha estado sencillamente precioso, querida. ¿Es esa la pieza en la que has estado trabajando?”

Ellie se ruborizó y miró a Roslyn. “Lo es. Creo que está casi acabada.”

“¿Usted compuso esa pieza?” dijo Francine impresionada. “Eso es maravilloso, Sra. Carmichael.”

“Fran, te lo sigo diciendo, no tienes que llamarme eso. Es una tontería. Solo soy un año mayor que tú y crecimos juntas. Somos prácticamente hermanas. Siempre me has llamado Ellie.”

“Oh, pero estás casada ahora, Sra. Carmichael. No estaría bien.”

“Pero yo insisto, Fran.”

“Y yo insistiría en que todas me llaméis Samuel, pero me atrevo a decir que eso sería llevar las cosas demasiado lejos,” dijo amigablemente el Sr. Carmichael. “¿Lo puedes tocar de nuevo, querida?” Lo tienes casi listo.”

Ellie le sonrió con alegría. “Me encantaría, si a nadie le importa.”

Roslyn suprimió un deseo poco típico en ella de dar un grito. Ellie ya había tocado la pieza tres veces seguidas. Roslyn sencillamente no podía tolerar escucharla de nuevo. Normalmente de talante tranquilo, calmado y razonable, muy como el Sr. Carmichael, Roslyn sintió una oleada de ira. No quería escuchar más música. Quería escuchar alguien llamar a la puerta y que el mayordomo anunciase que habían tenido noticias del hospital acerca de dónde estaba Will.

“Ros, ¿estás bien?” preguntando Ellie, haciendo que Francine y el Sr. Carmichael se girasen a mirar a Roslyn.

Ella logró una sonrisa débil bajo todas esas miradas. “Todavía estoy cansada del viaje y luego las pruebas de ayer. Con tres vestidos tardaron siglos. No sé por qué Mamá insiste en tres. Yo solo quería dos.”

Ellie barrió el aire. “Oh, pero eso no tiene por qué haber sido tan agotador. Te han tomado medidas para vestidos antes.”

“Sí, no puede haber sido tan terrible,” dijo Francine con una mirada que comunicaba su preocupación de que el estado desanimado de Roslyn pudiera llamar demasiado la atención. “Puede que lo que te aqueja es toda la presión que tu madre te está sometiendo debido a tu próxima visita a Sus Excelencias.”

“¿O es el Sr. Raymond?” preguntó Ellie.

Roslyn giró la cabeza para mirar a su hermana con tanta rapidez que sintió un dolor por el cuello en protesta. “¿S... Sr. Raymond?”

“Sí.” Ellie señaló a Francine. “Tú y Fran habéis sido siempre tan buenas amigas y ella está muy alterada por esta incapacidad de encontrar a su hermano. Eso no puede menos que alterarte.”

Con el corazón martilleándole, Roslyn asintió. Tomó aire. “Sí, lo hace. Hace que sea difícil para, ah, disfrutar de cosas como probarse vestidos o tu maravillosa música.”

“Estoy seguro de que el Sr. Raymond aparecerá,” dijo el Sr. Carmichael. Se empujó las gafas en la nariz. “He realizado indagaciones. Le encontraremos, Srta. Raymond.”

“Gracias,” dijo Francine con una sonrisa triste.

Ellie se levantó de un brinco del banco del pianoforte. “Mientras tanto, lo que necesitamos es una distracción. Por eso he aceptado una invitación para ir a tomar el té con la madre de Samuel.”

“¿Has... qué?” preguntó Roslyn.

“Té con la Sra. Carmichael.” Ellie miró al reloj encima de la repisa por encima de la profunda chimenea de mármol. “De hecho, se acabó tocar de momento. He pedido que el carruaje esté listo a y media. Deberíamos prepararnos nosotras también.”

“Ellie, ni siquiera nos has preguntado,” protestó Roslyn, su ira impotente encontrando otro objetivo.

Ellie parpadeó. “Soy tu anfitriona, Ros y tu acompañante aunque seas mayor. No necesito preguntar si quieres tomar el té con la Sra. Carmichael. Tampoco pregunté antes de aceptar una invitación a casa de la Sra. Right mañana, o la de pasado a casa de la Sra. Rembark. ¿Recuerdas sus hijas?” se volvió hacia Francine. “Las dos muy feas y muy tímidas, pero chicas dulces necesitando amistades y guías.”

“¿Guías?” Repitió Roslyn en tono burlón.

“Sí, guías de alguien que entienda cómo convertirse en mujer casada.”

El Sr. Carmichael se puso en pie. “Esto parece, ah, más bien una discusión entre hermanas.” Cruzó la habitación para besar a Ellie en la mejilla. “Os veré cuando regreséis. Salúdame a mi Madre.”

Todo rastro de irritación se borró de la cara de Ellie mientras miraba a su marido demasiado delgado, salir de la habitación.

Roslyn se cruzó los brazos por delante del pecho, sabiendo que eso le hacía verse muy parecida a la hermana menor de ellas, Marie, pero sin importarle. “No deseo ir a tomar el té.”

Eso hizo que Ellie volviera a sentirse irritada, pero antes de que pudiera hablar, Francine estiró una mano para tocar el brazo de Roslyn. “Es mejor no estar aquí sentadas preocupándonos todo el día.”

Roslyn miró de la cara suplicante de Francine a la mirada irritada de Ellie. Se bajó los brazos a los costados.

“Sinceramente, Ros, no sé qué mosca te ha picado,” murmuró Ellie.

Roslyn cerró los ojos y respiró lentamente. Ellie no había querido decir nada con ello. La verdad es que no sabía el agravio y la preocupación que sufría Roslyn. Si ella lo supiera... si lo

supiera, entendería bastante bien, pero no lo sabía y no podía.

“¿Se está portando tan mal Mamá?” preguntó Ellie con voz suave.

Roslyn abrió los ojos. “No ciertamente. Sólo hablando sin parar de que yo sea presentada en el tribunal y casándome con alguien de la nobleza. Y mi peso.”

Ellie alzó las cejas. “¿Qué dice de tu peso?”

“La cantidad y como un rostro tan bonito como el mío no importará si gano más peso.”

Ellie arrugó la nariz de una manera en que lo hacía a menudo las dos hermanas gemelas de Roslyn. “Eso es ridículo. ¿Sabes cuanto Lizzy May y yo hemos hablado de cómo nos gustaría tener siquiera una pizca de tus curvas?”

“Si, bueno, me atrevo a decir que si tuviera una pizca de ellas, agradecería más a Mamá.”

Ellie añadió poner los ojos en blanco además de arrugar la nariz. “Bueno, no tendremos ninguna de esas preocupaciones en el té. La madre de Samuel es absolutamente encantadora, como sabes, y...” Dejó de hablar para mirar veloz a la puerta y luego siguió diciendo con voz más baja, “Y, bueno, está bien animarla porque le pone muy triste que su hijo mayor fuese exiliado.” Ellie resopló. “No es que me importe ni un comino. Se ha librado de un buen elemento.”

“Si, um, bueno, sería mejor que nos preparásemos para nuestra salida,” dijo Francine, siempre incómoda con cotilleos. Era una de las cualidades que Roslyn gustaba de ella.

“Oh, sí, démonos prisa,” dijo Ellie de acuerdo con ella.

Roslyn dejó de protestar y subió a la elegante habitación para invitados que le habían asignado. Aunque era sencilla y nada ostentosa como toda la casa, los trazos elegantes y colores apagados de alguna manera reflejaban la riqueza del Sr. Carmichael, heredada cuando su hermano mayor fue exiliado ese verano. Preguntándose cómo sería que tu propio hermano te hubiera tendido una trampa para que te acusaran de traición, Roslyn decidió que le debía a su hermana que sencillamente quería entretenerla en Londres, más consideración de la que le había dado. Recogió su abrigo y se reunió con Ellie y Francine abajo.

“Pareces más alegre ya,” observó Ellie poniéndose sus guantes. “El carruaje ya está listo.”

Las tres salieron y se subieron a un carruaje que fácilmente podría haber albergado el doble de personas. Más si eran delgados como el Sr. Carmichael y Ellie. Roslyn dejó ese pensamiento a un lado y se sentó en el asiento que miraba hacia atrás al lado de Fran.

Mientras iban de camino, Ellie iba nombrando hitos del paisaje como si Roslyn no hubiera estado en Londres en la Temporada pasada. Francine parecía estar encantada, así que Roslyn se ahogó su irritación y permaneció en silencio. Dejando la voz conocida de Ellie difuminarse como fondo, Roslyn miró por su ventana a los transeúntes. Normalmente, mirar a la gente era interesante. Hoy la actividad era fascinante. Ella miraba las caras de todos los hombres con una esperanza desesperada de encontrar a Will de alguna manera.

“... el parque, donde todo el mundo va de paseo,” decía Ellie. “Normalmente hay mucha más gente. Durante la Temporada, es decir. Pro claro, no puedes verlo realmente porque Ros está tapando esa ventana.”

Ciertamente, no había mucha gente. Había un precioso caballo zaíno llevando a un caballero bastante grande, cabalgando al lado de un faetón muy llamativo. Se volvió en dirección a ellos dejando ver una mujer guapísima, sus rizos dorados la clase de cosa de los que los hombres escribían poemas y luego...

Roslyn empezó a toser, haciendo aspavientos. Will. Era Will. Conduciendo el faetón. De alguna manera de repente consciente de ella desde la distancia que les separaba y el ruido de la calle londinense, él miró desde lo lejos y la vio. Sus ojos se agrandaron.

“¿Roslyn?” Francine le daba golpes en la espalda. “¿Roslyn, estás bien?”

“Se te metió un bicho en la boca?” preguntó Ellie. “Eso me pasó una vez cuando saqué la cara por una ventana de carruaje, sólo que no fue en el invierno. A Lizzy May le hizo mucha gracia.”

Roslyn sacudió la cabeza. Su carruaje siguió adelante y ella intentó asomarse más por la ventana para mirar hacia atrás.

Francine le tiró del brazo. “Roslyn, ¿qué te pasa?”

“Will,” dijo ella con la voz entrecortada.

“¿Mi hermano?” Francine dijo con un aspaviento. Agachada en el carruaje que iba dando botes, se arrimó a Roslyn mirando por la ventanilla. “No le veo. ¿Dónde le has visto?”

“En el parque. Conduciendo un faetón llamativo. C... con una mujer.”

“Oh, vaya,” dijo Ellie riendo. “Eso lo explica todo. Está mucho mejor y se ha enamorado. No tiene tiempo para cartas a casa o cosas así. Las cosas son de esa manera cuando estás enamorado.”

“No le veo,” reiteró Francine volviendo a su sitio al lado de Roslyn. “¿De verdad le viste?”

Roslyn asintió, las palabras de Ellie sonando en sus oídos. No tiene tiempo para cartas a casa cuando estás enamorado. Ella agarró con tanta fuerza su bolsito de mano que le dolían los dedos. Enamorado.

“No puedes haberle visto,” dijo Francine con firmeza. “Si Will estuviera lo suficientemente bien para conducir un faetón, nos habría escrito.” Miró de reojo a Ellie. “A Padre y a mi, es decir.”

“Francine seguramente tiene razón,” dijo Ellie. “Después de todo, no hemos visto a Will desde hace mucho. Tiene tu edad, ¿verdad Ros? Lleva fuera en el ejército desde su dieciseisavo cumpleaños, y los dos tenéis veintitrés años ahora, así que eso son siete años. Me atrevo a decir que apenas le conocería si le viera, ¿de manera que cómo podrías tú?”

Roslyn agarró el brazo de Francine apretándoselo. “Era él. Lo juro.”

“¿Deberíamos regresar?” Preguntó Francine dubitativa. “¿Por si era él? ¿Sería aceptable? Nos hará llegar tarde al té.”

Ellie se encogió de hombros. “Podemos hacerlo. Como dije, la Sra. Carmichael es una mujer encantadora. Lo entendería.” Ellie dio un golpecito en el techo, indicando que el carruaje se parara. “No puedo imaginar que Ros le viera.”

Pero Roslyn le había visto. Ella reconocería esos hombros anchos, ese cabello castaño ondulado en cualquier sitio. Esos brazos que se sentían tan bien rodeándola. Sus rasgos ecuanímenes y sus ojos avellana. Era imposible confundirle.

El carruaje se ralentizó hasta que se detuvo.

Y él la había reconocido, claramente. La había visto y parecía aturdido. Como bien debería estarlo, siendo pillado de esa manera. Dando una vuelta por el parque con otra mujer cuando ella le había sido tan fiel. Desanimando a tantos pretendientes. Aguantando tantas reprimendas de su madre. Pasando siete años esperando a que volviera a casa. Años largos, pacientes y solitarios.

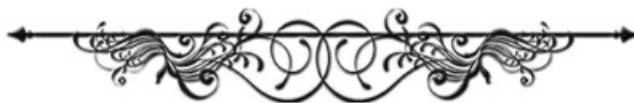
Afuera, el mozo saltó abajo. Se acercó a la ventana para recibir las instrucciones de Ellie.

Ni una carta desde que Will regresó a Inglaterra. Ni un renglón para ella. O para su padre y su hermana.

La ira afloró en Roslyn. No la clase de ira frustrada y repentina de antes, buscando un objetivo. Una ira profunda, tan fría que quemaba, sin embargo incapaz de quemar su recuerdo de Will en ese lujoso faetón con otra mujer.

Cómo. Se. Atreve.

CAPÍTULO NUEVE



“Serénate,” dijo Cooper desde su silla en el zaíno mientras Will subía cojeando las escaleras ornamentadas de la casa de ciudad casi corriendo. “¿Qué te pasa? ¿Por qué te has ido a toda prisa del parque?”

Will tenía que salir de la calle. No podía arriesgarse a que Roslyn pasara de alguna manera en ese carruaje increíblemente caro y verle cojeando en ropas de segunda mano. Entonces ella sabría con certeza que él no se la merecía. Alcanzando la puerta, la aporreó. Normalmente, el mayordomo de Cooper lo habría abierto ya, pero no debió esperarles de vuelta tan pronto.

Detrás de Will, Cooper se bajó de su caballo, uno de sus hombres apresurándose a tomar las riendas del caballo zaíno. Cooper se aproximó al faetón. “¿Está bien, Enfermera Brookhouse? ¿Tiene alguna idea de lo que le ha entrado?”

“Creo que he sobrevivido,” dijo ella sin aliento. “Y no tengo ni idea. Le pregunté una y otra vez, pero no contestó. Gracias, Lord Christopher,” agregó ella mientras Cooper le daba la mano para bajarse.

Will apoyó la frente contra la madera fría de la la puerta. Se abrió de golpe. Dio tumbos entrando. El mayordomo, casi sin aliento como la Enfermera Brookhouse, le agarró del brazo para que no cayera.

“Mis disculpas, Sr. Raymond. Estaba tomando mi comida del mediodía.” Miró más allá de Will. “¿Sucede algo, señor?”

“El diablo me lleve si es que lo sé,” dijo Cooper detrás de Will. Entró con la Enfermera Brookhouse agarrada a su brazo. “Will se lanzó por el parque como si los perros de Belcebú le perseguían. Pensé que iba a voltear el carruaje.”

El mayordomo miró de Will a Cooper con preocupación y preguntó, “Ah, ¿puedo tomar sus prendas de abrigo, milord, señor, señorita?”

Will se quitó su abrigo prestado, sombrero y guantes y se los entregó al mayordomo murmurando, “Mis disculpas por interrumpir su almuerzo.”

No se quedó para escuchar la contestación tartamudeante del hombre, sino que se fue cojeando al salón. La pierna pulsándole de dolor, quería sentarse pero se encontró dando zancadas de un lado para otro, una mano apretándose el muslo para mitigar el dolor. ¿Cómo podía estar Roslyn en Londres y no venir a verle? ¿Por qué nadie contestaba sus cartas?

Cielos, incluso con esa mirada aturrida en la cara, era más hermosa que nunca. Esas mejillas rellenas. Ojos verdes brillantes. Cabellos lustrosos de azabache. Sup eho amenazando con salirse del escote de su vestido mientras se asomaba por la ventanilla para mirarle.

Will gimió y se lanzó a un sillón. Se frotó la cara con ambas manos, luego los dejó caer en los reposabrazos y echó la cabeza hacia atrás. El cuello soportado por el respaldo relleno, estudió el techo de escayola arriba. Las pisadas le advertían de la llegada de sus dos compañeros de Vivienda, pero no bajó la mirada ni la barbilla.

“Entonces, ¿qué diantres sucede?” Exigió Cooper con una voz sospechosamente reminiscente a su tono de capitán.

“Vi a Roslyn,” murmuró Will. “En un carruaje que pasaba. Está aquí, en Londres, dando vueltas, pero no ha venido a verme ni me ha escrito ni una sola carta.”

“¿Es eso todo? Pensé que Satanás había emergido del estanque de los patos.”

Will no pudo sonreír ante la absurdidad de Cooper.

“Y yo me preocupé de que su pierna estuviera demasiado mal después de subirse al faetón,” dijo la Enfermera Brookhouse, un ruido de faldas indicando que se sentó a su lado. “¿Cómo está su pierna?”

“Y un rábano mi pierna,” dijo Will, luego cerrando los ojos y diciendo. “Lo siento. No quería replicarle.”

El sofá enfrente de Will crugió bajo el peso de Cooper.

“Mira,” dijo Cooper. “Seguramente habrá una explicación lógica. De manera que está en Londres y no ha escrito. Has estado enviando cartas a casa. Quizás la chica sencillamente no las ha recibido.”

Will se incorporó. “Claro. Las mando a la atención de mi hermana.” Miró de un vistazo a la Enfermera Brookhouse, consciente de que había sido indiscreto en su confusión y enojo. No tenía que haber reconocido escribirle a Roslyn. “Francine las habría mandado a ella.” Will frunció las cejas. “Han pasado semanas. Los podría haber reenviado a estas alturas.”

“Y entonces tu chica tendría que enviarlas de vuelta a tu hermana, para serte enviadas a ti, ¿no?”

Lentamente, Will asintió con la cabeza. ¿Posiblemente eso era la razón de la larga espera?

“Sea como sea, descubriremos lo que ha pasado,” dijo Cooper y luego rió. “Por una chica. El soldado más fiel que haya conocido, alterado por una señorita. Me hubiera gustado verla. Debe ser una belleza aún más grande de lo que se dice. ¿Pillaste el carruaje?”

“¿Pillar el carruaje?” repitió Will.

“Una descripción. Elegante carruaje, ¿cierto? Ella tiene dos hermanas casadas, ¿no has dicho? Puedo pasar los detalles del carruaje en mi club y la encontraremos enseguida. Con una de las dos, sin duda.”

Sin saber cuando decir con ella escuchando, Will miró otra vez a la Enfermera Brookhouse para verla sentada recta con las manos retorcidas en el regazo. No quería arruinar la reputación de Roslyn. Ya había revelado su nombre de pila y Cooper había dejado escapar lo de las dos hermanas casadas. Eso ya podría ser suficiente para saber de quién se trataba.

No es que la Enfermera Brookhouse tenía ningún motivo para arruinar a Roslyn y no era como que Will no tenía intención de casarse con ella. Movié los hombros para relajarlos, sin ver ninguna razón por la cual no hablar libremente ante la Enfermera Brookhouse y Cooper. “Una de sus hermanas es la Duquesa de Aspen.”

Cooper asintió con la cabeza. “No está en la ciudad. Se han ido al campo. Está de buena esperanza, sabes.”

Will sí lo sabía. Roslyn le había escrito sobre ello este verano. “La otra está casada con un tal Sr. Carmichael.” Decidió no mencionar lo que Roslyn le había escrito sobre el escándalo relacionado con el hermano mayor del marido de Ellie.

“Carmichael. Recientemente promocionado de ser hijo segundo. Tipo simpático. Muy aburrido. Mandaré nota de inmediato y encontraremos a tu chica.”

La Enfermera Brookhouse se puso en pie. “¡Oh, no puedo dejarle hacer eso milord!” exclamó ella.

Will se giró para mirarla. Nunca la había visto tan agitada.

“¿No puede dejarme hacer eso?” Cooper repitió, por una vez, receptor de la ininteligibilidad de alguien.

La Enfermera Brookhouse se volvió hacia Will, retorciéndose las manos. “Lo hicimos por su

bien. Por favor, sepa eso.”

Él estrechó los ojos. “¿Hicieron qué?”

“Oh, por favor, no se enfade, pero hace un tiempo, mientras seguía en el hospital, su hermana me escribió a mí directamente. Me contó que no sabía cómo escribirle porque cierta chica había... oh, odio tener que decir esto.” Ella sacudió la cabeza, sus nudillos retorcidos blancos, mirando a Will fijamente con los ojos muy abiertos.

Él se puso en pie y capturó las manos torturadas de ella. Respirando hondo, dijo, “Diga lo que tiene que decir, Enfermera Brookhouse. No será culpada.”

Ella sacudió la cabeza temblorosa, inspire aire y dijo de sopetón, “cierta joven conocida por usted había ido a su hermana y le había dicho que deseaba terminar su relación con usted.”

“¿Romper nuestro compromiso?” Will hizo un aspaviento.

La Enfermera Brookhouse asintió vigorosamente. “Su hermana dijo que ella sencillamente no sabía cómo escribirle sin mencionar eso y preguntaba si usted estaba lo suficientemente fuerte como para saberlo.” Sus rizos deshecho por su loca carrera en el faetón, se movían mientras ella sacudía la cabeza.

Will la miró con la boca abierta. Miró a Cooper, que se encogió de hombros tumbado en el sofá, y luego otra vez a la Enfermera Brookhouse. Dándose cuenta que todavía tenía las manos de ella entre las suyas, retiró las manos repentinamente. “Ya... ya veo.”

“Eso es la razón por la cual su hermana no le ha escrito. Está esperando a saber cuando usted estará preparado para escuchar lo que ella tiene que decir.” Las lágrimas anegaron los ojos de la Enfermera Brookhouse. “Lo siento. Solo quería que estuviera más fuerte antes de saberlo. Una conmoción como esta puede hacerle cosas terribles a la recuperación de un hombre. Lo siento,” reiteró ella en un susurro.

Estiró una mano para tocarle en el brazo, pero Will dio un tumbo alejándose y se dejó caer de nuevo en la silla. No podía creerse esto. No lo podía entender. Siete años de correspondencia. De cartas alegres detallando todo lo de su vida.

Miró hacia arriba, sacudiendo la cabeza. “¿Por qué ahora?”

La Enfermera Brookhouse volvió a trenzar sus dedos. “No sé a ciencia cierta, ya que no conozco a la joven.” Hizo una mueca con los labios, mirando a Cooper de un vistazo. “Puedo decir que muchas mujeres jóvenes sienten que es su obligación patriótica seguir escribiendo, por su bien y por lo tanto, la de Inglaterra. Pero usted ahora ha vuelto a casa.”

Will solo podía sacudir la cabeza, demasiado aturdido para poder pensar. Roslyn no era así. Ella no era “muchas mujeres jóvenes.” Ella era el amor de su vida y lo había sido siempre. Prácticamente desde que eran pequeños. Desde cuando su madre seguía viviendo, y él acompañaba a su padre visitando el rebaño. Él y Roslyn jugaban juntos mientras los adultos hablaban. O más tarde, caminaban juntos. Habían estado enamorados desde que se dieron cuenta de lo que era el amor. Durante más años que sus padres habían sido bendecidos con el matrimonio.

Cooper se aclaró la garganta.

Will alzó la mirada, dándose cuenta que había estado con la boca abierta, lacio, sin mirar nada.

“Mira, preguntaré por ella para tí. Preguntaré sobre Carmichael en mi club,” dijo Cooper. “O, si no le veo allí, iré a esa biblioteca que le gusta tanto.”

“No. Sería demasiado indiscreto,” dijo Will, sacudiendo la cabeza.

“¿Indiscreto?” Cooper resopló. “¿Qué te importa a tí la reputación de esa fulana? Ella pasó de ti mientras tú estabas lejos luchando por la libertad de ella.”

Will hizo una mueca al oírle referirse así a Roslyn pero dejó que Cooper se enojara, sabiendo que era por él. “Le escribiré a Francine. Le dejaré saber que yo... yo lo sé.” Su voz se quebró. “Una vez que se dé cuenta de eso, será franca conmigo.”

“Lo siento,” susurró la Enfermera Brookhouse. “Me hubiera gustado no haber tenido que contárselo. Hubiera querido que lo hiciera su hermana a su manera con el tiempo.”

Girándose para mirarla, Will le dijo, “No lo sienta. Usted estaba preocupada con mi recuperación, como debería ser, y me lo ha tenido que decir ahora. Sin duda me ha impedido hacer un gran ridículo. Si no fuera por usted, yo estaría en casa de los Carmichael en un abrir y cerrar de ojos, aporreando la puerta y exigiendo verla.”

Incluso con la información que le había dado la Enfermera Brookhouse, Will tenía que aunar su orgullo para no ir a ver a Roslyn. Verla. Hablar con ella. Ganársela de nuevo. Una vez que ella le viera, una vez que estuvieran juntos otra vez, ¿no iba a recordar su amor?

“En lugar de escribirle a mi hermana, quizás debería ir a ver a Roslyn y confrontarla,” murmuró él.

La Enfermera Brookhouse se enderezó de golpe una vez más. “¿Para dejarla arrancarle el corazón cara a cara? Ella no se merece ese privilegio.” “Pero Will sí,” dijo Cooper inclinándose hacia delante. “Deberías ir. Decirle que no querías que ella te esperara. Que sólo estabas siendo bondadoso con ella todos estos años, molestándote en contestar sus cartas.”

Will se frotó el pecho, su corazón dolido. Eso era demasiado cruel. Él amaba a Roslyn demasiado como para querer hacerle esa clase de daño.

Ella debería haberle querido más.

“Quizás debería confrontarla,” dijo la Enfermera Brookhouse. “Pero no hoy. No hasta que tenga su vestuario y su pierna esté más sana. No hasta que ella pueda ver de verdad lo que ha pasado por alto.”

Cooper sonrió. “Me gusta una mujer con agallas. Plan excelente, querida. Tendremos a Will aquí todo escondido hasta que estemos listos para demostrarle a esta Roslyn lo que se está perdiendo.” Cooper siguió diciendo con más enojo. “Te dije que ella piensa que ahora que sus hermanas se han casado tan bien, ella puede hacerlo mejor que casarse con el hijo de un párroco.” Se dio un golpecito en el lado de la nariz. “No sabe ella nada, ah, verdad Will?”

Will se encogió de hombros totalmente desgraciado y consciente de que Cooper seguramente tenía razón. Una cosa era planear un futuro con el hijo de tu párroco local cuando sólo tenías distantes conexiones y con quinientas libras a tu nombre, una cuantía que Will había esperado aumentar con su paga del ejército y ahorrando. Otra cosa muy distinta era conformarse con alguien tan inferior como él cuando tenías una hermana casada con un alto miembro de la aristocracia y otra hermana casada con un hombre que según todos los indicios, disfrutaba de considerable riqueza y respeto entre la alta burguesía.

Incluso con los cinco mil que Cooper le había dado tan generosamente, ¿cómo podía Will competir con Roslyn queriendo hombres así? La enfermera Brookhouse se puso en pie. “Podemos trabajar sobre el futuro del Sr. Raymond más tarde,” dijo ella con su voz de enfermera. “De momento, receto descanso y no lo digo como amiga, sino como enfermera. Ha tenido una tarde muy agotadora, Sr. Raymond.”

Una tarde agotadora era poco. Will asintió. Se puso en pie con un esfuerzo, su pierna ahora rígida y dolorida.

“Venga, vamos a acostarle. Miraré su pierna y su hombro.”

Cooper se levantó también. “¿Necesitas ayuda?” le preguntó a Will.

El orgullo lastimado por ese ofrecimiento, Will sacudió la cabeza.

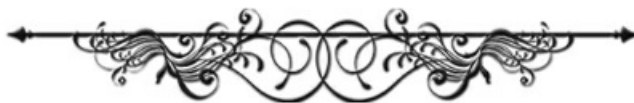
“Suba entonces,” dijo la Enfermera Brookhouse. “Yo me cambiaré y estaré en breve. Y no se preocupe por la carta. Yo le escribiré a su hermana después de que le vea.

Will asintió con la cabeza. “Gracias. A los dos.”

Apretó los dientes y empezó a cruzar el salón, consciente de que ellos le seguían, preocupados pero dispuestos a dejarle salirse con la suya y caminar sin ayuda.

Cuando llegó al pasillo cuadró los hombros y dio gracias por tener a Cooper y la Enfermera Brookhouse cuidándole, luego emprendió el lento viaje hasta su habitación.

CAPÍTULO DIEZ



Varios días después de ver a Will en el parque con su amor de pelo dorado, Roslyn estaba sentada en el salón con Francine, bordando mientras su amiga leía. Francine pasó una página. En su sofá, Roslyn hizo una punzada fuerte, trazando una línea roja en la tela blanca. Su hermana estaba con la cocinera preparando menús. Otra punzada fuerte. La clase de actividad doméstica que Roslyn nunca lograría hacer, ahora que Will la había traicionado. Donde estaba en una silla en frente de Roslyn, Francine pasó otra página. Roslyn punzó la tela con fuerza.

“¿Quieres dejar de hacer eso?” le replicó Francine bajando su libro.

“¿Hacer qué?”

“Cosiendo como si estuvieras tramando el asesinato de mi hermano.”

Roslyn hizo una mueca.

Francine le devolvió la mueca. “Regresamos. No le vimos. Te equivocaste. Está herido y solo y le encontraremos y le consolaremos y todo estará bien.”

Roslyn tiró de la aguja con tanta fuerza que rompió el hilo. “Ninguna de esas cosas es cierta.”

Francine cerró su libro de un golpe. “Es cierto que no le encontramos cuando regresamos, lo cual nos hizo llegar tarde para el té, y eso significó que yo tuve que hacerme la perdiz mareada ante la suegra de Ellie porque no podemos dejar que nadie sepa que tú eres la que estás más desesperada de verle. Tanto es así que te inventas lugares y hemos tenido que volver al parque todos los días desde entonces para ver si está allí, y no está porque nunca estuvo.”

Roslyn la fulminó con la mirada desde el otro lado del salón. En todos sus años de amistad, nunca se había fijado en la nariz chata de Francine o su mandíbula demasiado cuadrada ahora tensada y empujada hacia delante. Parecía un perro sabueso a punto de enfrentarse a un toro.

“Yo sé lo que ví,” murmuró Roslyn buscando más hilo.

“Y las dos conocemos a mi hermano y lo que puede o no puede hacer y está claro que no ignoraría nuestras cartas y pasearse en Londres con... una mujer. Estás siendo ridícula si crees que lo haría.”

El nudo de rabia en las entrañas de Roslyn se apretó más. “¿Ridícula?”

Lo que era ridículo era la hermosa, esbelta mujer que había estado al lado de Will con su cara llena de júbilo y adoración. ¿Por qué tenía que ser tan delgada y tener el pelo tan amarillo? Will siempre había dicho que le gustaba los rizos negros Solworth de Roslyn y sus curvas que solo habían aumentado en estos siete años pasados. ¿Había dicho Will esas cosas sólo para que ella cediera... para que él pudiera...?

Roslyn ahogó un ramalazo de ira ante esa idea.

“Roslyn, te quiere,” dijo Francine con una súbita sinceridad. “Siempre te ha querido. Puedo recordar cómo te miraba, aunque tú no lo puedas recordar. Lo cercanos que estábais. Nadie podría confundir sus sentimientos por ti.”

“¿No? Porque yo sí. Tomé el deseo de un hombre joven por... por...” El calor le quemaba la cara. “Él consiguió lo que quería de mi antes de marcharse, y ahora está buscando algo diferente para encender su interés.”

“Él consiguió lo que...” Los ojos de Francine se abrieron mucho. “No haría semejante cosa.”

“Te puedo asegurar que sí, y ahora ha vuelto y ni una palabra. Tu hermano es un

sinvergüenza.”

Las mejillas de Francine se volvieron rosadas. “Nunca se comportaría como tú sugieres.”

“No podría... nunca haría...” Francine sacudió la cabeza. “Nuestro padre es un sacerdote,” dijo ella de sopetón.

“Tu padre puede que sea un sacerdote, pero William Raymond es un tipo chulo y un sinvergüenza y me ha hecho una tonta sin poder casarme. Nunca le perdonaré por ser tan vil.”

Los ojos de Francine se estrecharon. “Se necesitan dos personas para hacer lo que vosotros hicisteis.”

La ira recorrió la columna de Roslyn. “Pero sólo una para mentir y decir que me amaría para siempre y volvería a por mí.”

“Mi hermano no es un mentiroso.”

“¿Qué le llamas tú por no volver a por mí, entonces? ¿Una promesa cumplida? Porque yo lo llamo una mentira, y después de que yo se lo diera todo.”

“Quizás decidió que no quería casarse con una buscona.”

Roslyn hizo un aspaviento. Las palabras de Francine, su enfado, se clavaron como un cuchillo en las entrañas de Roslyn. “¿Qué me has llamado?”

“Eres una mujer caída. Si Will hizo lo que afirmas tú, no tengo duda de quién tuvo la idea.”

Las uñas clavándose en sus palmas, Roslyn la fulminó con la mirada por encima de la mesa baja que las separaba. Siete años de temor de que Will no regresaría rebotó en ella, reventándose en astillas de ira que bordeaban el odio. Pero lo que dolía más, mucho más que el temor de perderle en la guerra era la traición. En todos esos años, Roslyn nunca se había arrepentido de entregarse a Will. Ella había sabido que él podría morir en la guerra, pero habría apostado el alma que si regresaba, se casaría con ella.

De alguna manera, lo había hecho.

“Vaya, eso tardó más de lo esperado,” dijo Ellie entrando en el salón.

Roslyn bajó la mirada a su costura, ahogando su ira.

Ellie cruzó la habitación y se dejó caer en la silla más cercana a Roslyn. “Es mucho más difícil organizar nuestros alimentos cuando nos vamos al campo mañana. Debí de haber tenido eso en mejor consideración antes en la semana. Ahora, hay demasiadas cosas que se echarán a perder.”

“Me atrevo a decir que los empleados se pueden quedar con lo que sobra,” dijo Francine, su voz asquerosamente normal. “Sería un gesto bonito darles algunos caprichos. Especialmente tan cerca de la Navidad.”

Roslyn aspiró una respiración profunda y lenta lo más en silencio que pudo.

Ellie se sentó más recta. Un vistazo mostraba que su atención estaba puesta en Francine. “No se me había ocurrido eso. Me hace sentirme mejor el plan que la cocinera y yo hemos preparado.” Ella arrugó la nariz haciendo una mueca. “Seguramente es eso lo que la cocinera estaba intentando hacerme saber. Me alegro de haberla dejado hacer. Comprobaré pero estoy segura que ya ha formulado un plan precisamente así.”

Roslyn respiró otra vez para calmarse, luego volvió a enhebrar su aguja con manos temblorosas mientras intentaba no escuchar. Francine, que había estado al frente de la casa de su padre durante años, tuvo muchas conversaciones así con Ellie, que era nueva en esto. Otra fuente de agravio para Roslyn. Aunque ella tenía veintitrés años y las otras dos mujeres eran más jóvenes, ellas se ocupaban de hogares. Roslyn no se ocupaba de nada. Ni siquiera, por lo visto, una relación de amor clandestina.

Dándose que las otras dos se habían quedado calladas, ella alzó la mirada para encontrarse con que Ellie la estaba estudiando y Francine una vez más tenía su libro en las manos, un muro entre

ellas.

“Si sigues así te vas a clavar la aguja en un dedo,” dijo Ellie moviendo la mano hacia Roslyn.

“Sé cómo coser,” murmuró Roslyn.

“Estás tan alterada,” se quejó Ellie. “Sinceramente, Ros, ¿qué te pasa? ¿No estás deseando ir al baile esta noche?”

Roslyn cerró los ojos. Se le había olvidado lo del baile. El último antes de Navidad. Más íntimo ya que la mayoría de las personas de alta sociedad ya estaban en el campo. Ellie llevaba días pensando en ello, y Roslyn no estaba de humor para asistir.

“¿O es tus vestidos?” su hermana le preguntó tentativamente. “¿No te gustan? Te están muy bien cuando los recogimos esta mañana. ¿O es que no te he estado manteniéndote entretenida?”

Ya que habían salido para tomar el té cada tarde durante días y los nuevos vestidos eran, como decía Ellie, hermosos, Roslyn no podía afirmar que cualquiera de esas cosas era verdad así que dijo, “estoy alterada porque estoy prácticamente descartada y no tengo un pretendiente a mi nombre.” Y había puesto mis esperanzas y mi corazón al cuidado de un hombre que no se puede molestar siquiera en escribirme antes de liarse con otra mujer, siguió pensando ella en silencio.

“Bueno, pues me atrevo a decir que eso es culpa tuya. Siempre peleándote con Mamá sobre cómo buscar un amor y ser tan distante en toda tu hermosura que nunca le das a ningún caballero la oportunidad de llegar a conocerte.”

“¿Distante en mi hermosura?” Repitió Roslyn.

Ellie le hizo un gesto con la mano otra vez. “A decir verdad, sí. Siempre eres distante y fría con los caballeros, como si no quisiera ningún prometido. Incluso los pocos valientes que se arriesgan a tu frialdad por tu belleza, no persisten mucho una vez que se dan cuenta que tú no emites calor.”

Ladeando la cabeza de vuelta a su costura, Roslyn clavó la aguja de hilo rojo. Ella había sido fría porque no había querido ningún pretendiente. No había querido dejarles albergar a ellos y a su madre, esperanzas. No cuando ya había entregado su corazón.

¿Y, ahora qué? Había tenido una temporada. Tendría venticuatro años en la próxima primavera. Casi una cuarta parte de un siglo y todavía sin casarse. Sin perspectivas. Ya no era una cara nueva en el mercado, la atracción de la novedad perdida. Los hombres no querían lo que otros hombres no deseaban y si ella se derretía para pretendientes ahora, ¿no sería parecer estar desesperada?

Y si alguien sí la quisiera y ella le encontrase tolerable, cuando llegara el momento de aceptar su petición, ¿se atrevería ella a decirle que no podía afirmar tener el nivel de pureza que un caballero tenía todo el derecho a esperar de su novia? ¿Cómo iría esa conversación? No, mejor era no tener pretendientes. Mejor no derretirse, como decía Ellie, o cambiar nunca.

Su hermana se levantó de su silla y se fue a sentar a su lado en el sofá. “¿Qué te pasa, Ros? ¿Estás... estás llorando?”

Roslyn se llevó el dorso de la mano a la mejilla y encontró que sus ojos estaban, ciertamente, dejando caer lágrimas. Sacudió la cabeza.

“Pues lo estás,” dijo Ellie. “Puedo verlo. Sacudir la cabeza no lo cambia.”

Un pañuelo bordado con las nuevas iniciales de Ellie, E.A.C., en su campo de visión y ella empezó a llorar más todavía. Su última inicial siempre sería E de Ellsworth. Ella moriría una vieja solterona, su único consuelo consistiendo en prodigar afecto a sobrinas y sobrinos, suponiendo que una de sus hermanas menores adineradas le tuvieran suficiente lástima como para acogerla en sus hogares.

Ella aceptó el pañuelo y Ellie le rodeó con un brazo. “Ros, te buscaremos a alguien. De

verdad que si. Eres tan bonita y tan bondadosa y de temperamento tranquilo. Bueno, casi siempre.” Ellie le apretó los hombros. “¿Qué hombre no te querría por esposa? Sencillamente necesitas darles a algunos de ellos la oportunidad de cortejarte.”

Secándose los ojos, Roslyn asintió, intentando ahogar un sollozo que salió como un hipo.

“Y empezaremos ahora mismo.” Ellie se puso en pie. “Ven, deja a un lado esa interminable costura tuya. No es demasiado temprano para prepararse para esta noche. Limpiaremos tu rostro y yo te puedo hacer el peinado.” Tiró del brazo de Roslyn. “Ven. Vamos a vestirme con tu nuevo vestido. Vas a estar absolutamente encantadora.”

Roslyn dejó escapar otro sollozo que era como un hipo.

Todavía tirando de su brazo, Ellie se giró hacia Francine. “Fran, ¿me ayudas? Vamos a prepararla.”

Francine bajó su libro. “No creo que pueda, Ell. No me siento nada bien.” Desde luego, su rostro había adquirido una palidez que rivalizaba con la luna de invierno.

“No tienes buen aspecto, Fran,” Ellie dijo lentamente. Soltando a Roslyn, Ellie miró de una a la otra, los labios fruncidos. “¿Nos acompañarás esta noche de toda formas?” le preguntó a Francine.

Francine sacudió la cabeza, evitando los ojos de Roslyn. “No creo que lo haga. Te ofrezco mis disculpas. Siento la fuerte necesidad de tumbarme.” Se puso en pie, saludó con la cabeza a Ellie y salió de la habitación.

Ellie se volvió para mirar a Roslyn. “Vosotras dos habéis discutido,” dijo ella con incredulidad.

Roslyn asintió.

“Pero nunca os habéis peleado.”

“Bueno, pues lo hemos hecho ahora,” dijo Roslyn, de repente sintiéndose muy cansada. Ellie estaba en lo correcto. Francine siempre había sido la gran aliada de Roslyn. De alguna manera había sido la mejor combinación de amiga querida y hermana extra. Ciertamente, Fran no tenía la culpa de la huida de su hermano.

Pero había dicho unas cosas muy odiosas.

Las lágrimas anegaron los ojos de Roslyn de nuevo.

Ellie se dejó caer en el sofá de nuevo. “Todo saldrá bien.” Le dio unas palmaditas en el hombro de Roslyn. “Tú y Fran sois tan buenas amigas que estoy segura que haréis las paces.”

Roslyn asintió y se volvió a llevar el pañuelo de Ellie a los ojos, aunque no sabía si lo harían.

“No tenemos por qué asistir al baile,” dijo Ellie, su voz teñida de pena que Roslyn sabía que estaba intentando suprimir.

“Has estado deseándolo.”

“Bueno, si, pero habrá otros bailes.”

Roslyn asintió de nuevo, aliviada.

“Pero por otro lado,” dijo Ellie, su voz más alegre y enderezando la columna. “Puede que sea precisamente lo que se necesita. Tú estarás hermosa y los caballeros acudirán a ti y verás como todo sale bien.”

Encogiéndose de hombros, Roslyn seguía secándose los ojos.

“Sí. Deberíamos asistir,” siguió diciendo Ellie con cada vez más convicción. “Es lo que Mamá nos aconsejaría que hiciéramos. Además, quizás veamos a Will allí y luego podremos volver y contarle a Francine y vosotras dos podréis dejar de discutir.”

“No estamos discutiendo sobre Will,” dijo Roslyn deprimida.

“Claro que si. Lo habéis estado haciendo desde que llegasteis y ella no pudo encontrarle en el

hospital, y las cosas se han puesto peor desde que tú creíste verle. No soy idiota, Ros.”

Roslyn había pensado que habían sido más discretas. Al menos Ellie no tenía idea de los detalles de su desacuerdo o si no no estaría hablando todavía de Will como se hablaría de un amigo de la infancia.

¿Y si estaba en el baile? Era el último gran evento de la Temporada. Era muy posible que estuviera. Ya que hacía esfuerzos por evitarl, esta podría ser la única oportunidad de Roslyn de hacerle saber lo que ella pensaba de su conducta. Se sentiría bien confrontarle con lo horriblemente mal que se estaba comportando.

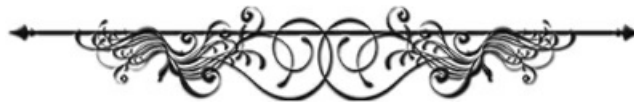
Y ella quería estar fabulosamente guapa mientras lo hacía. Recordarle todo lo que podría haber sido suyo. No importa si le gustaban las rubias escuálidas ahora, seguiría apreciando lo que Roslyn tenía para ofrecer... a algún hombre que a buen seguro no era Will.

Se puso en pie. “Quiero ir, y te estaría muy agradecida si me ayudas a prepararme.”

Ellie, su mirada yendo de sorprendida a emocionada, también se puso en pie. “Pediré que venga una criada con una plancha. Oh, tenemos que arreglar tus rizos. Tengo una hilera de perlas crema preciosas que podemos poner en tu cabello. Estarán perfectas.” Ella se agarró las manos, los ojos brillando. “Vas a ser la mujer más hermosa de todas, Roslyn. Todos los hombres casaderos querrán bailar contigo.” Soltó una risita. “Es probable que algunos de los ya casados también, pero haremos todo posible por evitarles. Oh, no puedo esperar a que todo el mundo te vea. Vas a estar tan hermosa.”

Roslyn asintió, sus lágrimas secas. Iba a estar hermosa y bailaría con todos los caballeros que se lo pidieran y estaría contenta de hacerlo. Si Will aparecía, si la viera antes de que ella se fijara en él, tenía que verla en toda su gloria y solicitada, no lamentándose y llorosa. Vería que Roslyn Leigh Ellsworth claramente no le necesitaba para nada.

CAPÍTULO ONCE



Will caminaba de un lado para otro por el pasillo más largo de la casa grande de Cooper en Londres, trabajando su pierna. Habían pasado días desde el desastroso viaje en faetón y el miembro se había recuperado de ese evento más rápido de lo que él se había atrevido a esperar. Ahora, apenas cojeaba.

No solo su pierna, sino todo él parecía estar sanando. Su antebrazo ya estaba casi restaurado. Su cabeza ya no daba vueltas. Solo su hombro le molestaba de manera significativa, pero esta era su peor lesión y cabía esperar que tardara más en curarse.

Volvió a caminar por el pasillo, pensando que quizás su inactividad deliberada antes del viaje en faetón le había hecho tardar más en recuperarse. Necesitaba ejercitar sus extremidades para hacer que sanaran de manera correcta, como había estado haciendo desde ese día en el parque. Hizo una mueca pensando que a pesar de todo el duro trabajo y las atenciones de la Enfermera Brookhouse, fue Roslyn la que le había ayudado más, obligándole a recuperar su vigor, aunque sólo fuese para desquitarse de ella.

¿Cómo era posible que ella no le dijera que ya no estaban prometidos? Siete años carteándose con ella. Soñando con ella y la vida que iban a tener juntos. ¿Cuándo se había convertido todo en una mentira y durante cuanto tiempo su hermana había ayudado a Roslyn a perpetuar semejante falsedad? ¿Cómo podía gente que afirmaba quererle, por lo menos en algún momento, creer que era mejor para él no saber la verdad?

“Will, pasa,” sonó la voz de Cooper desde el salón cuando Will pasó.

Se dio la media vuelta con una mueca ante la tensión en los músculos de su pierna, luego relajándose con una sonrisa al ver que no sentía dolor al realizar el movimiento.

Se fue al umbral del salón y preguntó, “¿Llamaste, Lord Christopher?”

“Aclara una discusión entre nosotros,” dijo Cooper haciéndole un gesto a Will para que se acercara

Will miró a la Enfermera Brookhouse, que había empezado a vestirse como cualquier mujer joven después del viaje en faetón, en lugar de llevar su uniforme. Ella estaba sentada en el sofá enfrente de Cooper, la mirada tensa.

“¿Una discusión?” preguntó Will.

“Sí. La Enfermera Brookhouse está diciendo que no estás en condiciones de ir a un baile conmigo esta noche. Yo digo que sí lo estás.” Cooper le miró de arriba abajo. “¿Qué dices tú, Will?”

“Me siento lo suficientemente bien,” reconoció él, aunque todavía no había decidido si quería ir.

“¿Escucha la incertidumbre en su voz?” exclamó la Enfermera Brookhouse, más agitada de lo que se permitía generalmente. “Solo está diciendo que si para agradarle, milord.”

“Tonterías. Usted le mima.” Cooper le miró. “¿Te animas a bailar un poco, Will?”

“Eso depende,” dijo Will. “¿Te importa que yo lleve la delantera?”

Cooper rio. “Para nada, pero lo que quiero saber es, ¿cómo va la pierna? ¿Listo para una velada fuera de casa?”

“No sólo es su pierna,” protestó la Enfermera Brookhouse. “Es su cabeza y la gente, y las

horas y horas que exigirá que permanezca allí.”

“Tonterías. Will es un hombre adulto. Si quiere irse antes que yo, puede hacerlo.”

La Enfermera Brookhouse se retorció las manos. “Sigo pensando que es una cosa imprudente.”

Will se dobló los brazos y apoyó su hombro bueno contra el quicio de la puerta, viéndoles discutir levemente divertido. Ninguno de los dos le había preguntado lo que él quería hacer a todo esto.

“Debe ir,” dijo Cooper. “Este es el último gran evento hasta la próxima temporada. He realizado indagaciones. Ella estará allí.”

La Enfermera Brookhouse se puso pálida, su mirada preocupada yendo hacia Will. “Razón de más para que no vaya. El esfuerzo de verla podría hacerle tener una recaída.”

“El júbilo de ver la cara de ella cuando él aparezca allí bien vestido y acompañado por un lord le hará mucho más bien que este esfuerzo que usted teme.”

¿Pero le haría daño a Roslyn? Con todo lo enfadado que estaba porque ella se había desenamorado de él, que no había tenido la decencia de decírselo siquiera, Will no quería hacerle daño. No era como que ella le había reemplazado con otro después de todo. Quizás se había cansado de esperarle. Si él quería, quizás podría volver a conquistarla. Recordando el vistazo que había tenido de verla asomada por la ventana del carruaje de su hermana, sentía que quizás querría hacerlo.

“Si insiste en que el Sr. Raymond vaya, por lo menos permítame acompañarles por si acaso se me necesita,” dijo la Enfermera Brookhouse, una nota de desesperación en su voz.

Cooper sacudió la cabeza. “No puedo hacer eso. Me ha costado ya mucho conseguir una invitación para Will después de haber sido tan receloso de no dejar saber que vive aquí, para que esa mujer suya no se enterase y estropear la sorpresa de él, bien vestido y plenamente recuperado. No puedo pedir traer una enfermera.

Will alzó las cejas. Eso no era típico del Capitán Cooper que él conocía. “¿No has podido usar tus buenas habilidades para lograr que inviten a la Enfermera Brookhouse?”

Con una expresión dolida, Cooper sacudió la cabeza. “No lo he podido hacer.”

“Entonces no creo que el Sr. Raymond deba asistir,” dijo la Enfermera Brookhouse con suficiente preocupación en la voz que hizo que Will entrase en la habitación.

Se sentó en el extremo opuesto del sofá que ocupaba ella. “Enfermera Brookhouse, sabe que normalmente le hago caso en sus consejos muy atinados, pero la verdad no veo ningún daño real en asistir. Procuraré no sobrepasarme y regresaré aquí en cuanto me canse. Le doy mi palabra.”

Cooper rió encantado. “Entonces vas a ir.”

Will se giró para mirarle. “Me gustaría ir, sí.” Quería entender si Roslyn era la misma mujer que había dejado atrás, aunque temía que ella no lo sería, por la manera en que se había comportado. También deseó descubrir si la seguía queriendo tanto como pensaba. Aunque deseó sencillamente olvidarla, eso era imposible. Había estado enamorado de Roslyn Ellsworth desde que ellos eran pequeños.

“Muy bien, entonces adelante,” dijo Cooper poniéndose en pie. “Mandaré a mi ayudante de cámara. Haré que te pongan perfecto. Ni un pelo fuera de su sitio.”

Antes de que Will se pudiera poner en pie, la Enfermera Brookhouse le aprisionó una mano. “Por favor, Sr. Raymond, no vaya a este baile a enfrentarse a esta mujer. El estado mental de una persona es la base de su recuperación y ella le alterará. Verla solo puede ser detrimental para usted. “Ella le apretó con fuerza la mano. “Sin duda, ella regresará a Londres para la Temporada. Puede confrontarla entonces.”

“Sería mejor que lo superara, digo yo,” dijo Cooper, con la voz algo alta para el tamaño del salón.

“No,” exclamó la Enfermera Brookhouse. “Necesito... es decir, usted necesita más tiempo. Necesito más tiempo de verle bien antes de que pueda ir a ella.”

Will frunció las cejas al oír esa frase, intentando entender qué le molestaba de ella.

“Tonterías,” sonó la voz de Cooper. “Ha cargado en batalla innumerables veces, frente a dificultades más altas de las que puedo recordar. Puede enfrentarse a una mujer, y sin lamentos de otra.”

La Enfermera Brookhouse hizo una mueca con los labios mirando a los dos.

Will le retiró la mano que le agarraba. “Su preocupación por mi es encomiable, lo es de verdad, pero voy a estar perfectamente bien.” Se puso en pie y asintió con la cabeza hacia Cooper. “Lord Christopher estará conmigo.”

“Bien.” Cooper se frotó las manos con júbilo, sin miramientos hacia las tiernas sensibilidades de la Enfermera Brookhouse sobre el tema. “No me perdería esto ni por todo el oro de Egipto.”

La Enfermera Brookhouse le miró con el ceño fruncido.

“Sí, bueno entonces, iré a prepararme para que el Lord Christopher pueda volver a tener su ayudante de cámara,” dijo Will antes de que pudiera empezar una nueva discusión entre ellos dos. Se inclinó ante los dos y salió de la habitación. Derás de él podía escuchar a Cooper dándole instrucciones a un lacayo para que mandase buscar a su ayudante de cámara.

No le llevó mucho tiempo a Will ser vestido y afeitado hasta el apruebo del hombre en cuyo momento Will le dio las gracias y le envió de vuelta a su amo. Luego permaneció en su habitación, un tanto acobardado porque no quería soportar más ruegos de la Enfermera Brookhouse. Desgraciadamente, eso le daba tiempo de sobra dar zancadas y pensar en Roslyn y lo que podría decirle y ella a él.

Alguien golpeó su puerta y dió un respingo antes de ir a abrir.

Uno de los lacayos de Cooper estaba fuera. Le hizo una rápida reverencia. “Lord Christopher ha pedido el carruaje.”

“Gracias por avisarme.”

El lacayo se inclinó de nuevo antes de irse y Will dejó la puerta abierta mientras tomaba su abrigo, guantes y sombrero, luego cerrando la puerta firmemente tras su salida. Empezó a caminar pasillo abajo con una zancada larga y su pierna le hizo sentir dolor por primera vez en días, recordándole la advertencia de la Enfermera Brookhouse de antes. ¿Ver a Roslyn le haría tener una recaída?

Will sacudió la cabeza y se obligó a hacer movimientos normales mientras tomaba las escaleras a la entrada, viendo a Cooper abajo. Tenía que enfrentarse a Roslyn tarde o temprano. Quería escuchar la verdad de sus labios. Nunca se quedaría en paz sobre ella hasta hacerlo y sufriría si tenía que esperar al comienzo de la nueva Temporada.

Además, él no tenía intención de seguir en Londres cuando empezara la nueva Temporada. Aunque su familia no le escribía, él seguiría yendo a verles. No podía vivir con Cooper para siempre y le gustaría mucho estar en casa en Navidad. Por mucho que le aburrieran los sermones extra largos de Navidad de su padre, al cabo de siete años, Will anhelaba soportar uno.

Cuando llegó a la base de las escaleras, Cooper le miró de arriba abajo con un ojo crítico, murmurando, “Sí, valdrás. Espléndido.”

Divertido, Will resopló. “Al menos tú me apruebas.”

“Con el de ella también, sin duda y el de todas las mujeres, pero, ¿no llevas alfiler de corbata? ¿Mando a buscar uno?”

Cooper llevaba un alfiler de corbata coronado con una pequeña cruz, recordándole la medalla que había recibido por encabezar a sus hombres colina arriba que casi había acabado con Will. A Will le parecía que el ornamento era un poco estridente, incluso falto de gusto, pero supuso que era mejor que si Cooper asistiera al baile en traje de gala, la medalla en el pecho.

Contestando la pregunta de su amigo, Will sacudió la cabeza. “No deseo hacer demasiada ostentación,” dijo, en lugar de decir lo que deseaba, que era que pensó que eso hacía que su amigo pareciera frívolo. No importa lo generoso que había sido Cooper, el dinero no se regeneraba por arte de magia. Will tenía intención de ser cuidadoso con lo que tenía. Su atuendo debía por lo menos reflejar eso de alguna manera.

“Muy bien, entonces. Tienes mi aprobación. Vámonos.”

El mayordomo de Cooper les abrió la puerta y los dos salieron a la fresca noche de diciembre. Había antorchas a cada lado de la entrada de la casa, esferas que iluminaban la fachada ornamentada. Más antorchas ardían al lado de las barandillas abajo de la escalera, en postes que se alineaban por la calle, y en el carruaje más vistoso de Cooper. Su brillo se reflejaba en la pintura dorada que dibujaba el blasón de los Redtree en la puerta, haciéndolo brillar. A Will no le cabía duda que todo el mundo ante quienes pasaran se detendrían para intentar ver quién iba dentro, intentando adivinar si el carruaje llevaba al Vizconde o su hijo, aunque muchas personas sabrían que solo Cooper permanecía en la vivienda londinense tan avanzado ya el mes de diciembre.

Subieron al carruaje para encontrarse con linternas allí también además de calentadores y mantitas de carruaje y Will se preguntaba precisamente cuanto había echado de menos Cooper los oropeles de ser un Vizconde en potencia mientras estaba en el ejército. “Nunca me has dicho por qué estabas allí,” dijo Will echándose una manta por encima de las piernas para evitar el frío. “Los hijos primogénitos, especialmente los hijos únicos normalmente no se unen al ejército.”

Cooper se acomodó su propia manta, en silencio durante tiempo suficiente para hacer que Will se arrepintiera de haber hecho la pregunta, antes de alzar la cabeza. “Rebelión, supongo. Ciertamente, Lord Redtree intentó trastocar esa ambición, pero tengo dinero propio, ves, dejado por el hermano de mi madre. Él luchó por su patria. Ganó gloria. Medallas.” Cooper se encogió de hombros. “Me atrevo a decir que era un héroe para mí. Mucho más que mi padre, que sustituyó a mi madre bastante rápido una vez que ella falleció, dicho sea de paso. Yo me enlisté poco después.”

“Entonces, era una casa llena de hermanas nuevas lo que te llevó a la guerra,” dijo Will intentando aligerar el humor que de alguna manera involuntaria había ensombrecido.

Cooper seguía con el ceño fruncido. “La gente querrá escuchar hablar de lo de la colina. Estan oche. Te he estado manteniendo en casa, de manera que no has salido conmigo. Está en boca de todos. Se pasará, claro, una vez que empieza la Temporada y Londres esté llena de nuevo, pero de momento, yo encabezando esa carga es el tema de todos.”

Will asintió, entendiéndole. “Que hablen. Tú también habla, ciertamente. Cuéntaselo a todos.”

“Será más difícil contigo a mi lado.”

“Estuvimos de acuerdo con esto.” Will miró a Cooper fijamente a los ojos. “Yo estoy en paz con todo el mundo creyendo que tú estabas a la cabeza del ataque. Lo juro.”

Cooper asintió, su cara sombría todavía. Will esperó que el humor del capitán no iba a ser así toda la noche, pero no se le ocurrió nada más tranquilizador que lo que había dicho. Siguieron en silencio por las calles que tenían un aspecto misterioso por la luz destellante de las linternas, hasta que finalmente, doblaron por una entrada larga.

Cooper carraspeó, cuadró los hombros y se sacudió como un perro mojado. Su rostro adoptó

su expresión amable de costumbre. “Casa de Lady K. Ella organiza todas las mejores fiestas.”

Will era consciente de eso. Incluso él, con sus años lejos luchando por Inglaterra, había escuchado hablar de Lady K y sus bailes, té, cenas y picnics. Mayormente gracias a las cartas de Roslyn...

Cartas que nunca habían fallado. Nunca tarde, aunque a veces habían tardado en encontrarle. Cartas llenas de sus pensamientos, ideas y esperanzas. Los detalles de sus jornadas. Cartas y sueños que le habían sostenido durante los horrores de la guerra.

Su carruaje llegó a la cima del camino de entrada y Will se bajó, seguido por Cooper, para encontrarse que la fachada del edificio ante ellos estaba iluminada por cientos de velas. Las había en las repisas de las ventanas y cornisas, dentro de lunetas, y de manera divertida, se derretían encima de cabezas de gárgolas. El efecto general era sorprendente, incluso después de un viaje en carruaje por las luces nocturnas de Londres.

Entraron con los otros invitados y se quedaron en fila para saludar a su estimada anfitriona. El lento paso de la fila daba tiempo de sobra para estudiar la gran casa pero Will apenas podía apreciar la sala de entrada con su techo alto o las paredes revestidas de seda. Su mirada pasó por encima de guirnalda de muérdago y pino traído desde el campo. Solo buscaba una cosa. Una persona. Roslyn.

“... he oído hablar de su heroísmo, claro,” decía la mujer austera al final de la fila, y Will se dio cuenta que habían llegado a su turno y era mejor que prestara atención. Una vez que ella terminara de hablar, seguramente le presentarían. “Tendrá que contárnoslo durante la cena, Lord Christopher. No es frecuente que una pueda escuchar hablar de tanta valentía del hijo de un Vizconde.”

“Me encantará contar la historia,” dijo Cooper con su sonrisa de siempre. Se medio volvió hacia Will. “Este es mi invitado, el Sr. Raymond. Estuvo allí conmigo en la colina. Ha estado visitándome mientras se recupera, sabe.”

Lady K se giró para estudiar a Will con una mirada intensa de ojos grises. “Bienvenido, Sr. Raymond.”

Él se inclinó ante ella murmurando, “Gracias por incluirme, milady.”

“Según los rumores, Lord Christopher ha estado acogiendo a un inválido, Sr. Raymond. Me alegro de que haya elegido mi pequeño evento para darse a conocer finalmente. Londres ha estado lleno de conjeturas preguntándose quién estaba escondiendo Lord Christopher.”

“Dándole tiempo al hombre para recuperarse,” dijo Cooper.

Lady K miró a Will de arriba abajo. “Parece ser que lo ha hecho. ¿Nos contará su versión de los eventos también, Sr. Raymond? Le habrá requerido mucho valor seguir a Lord Christopher por esa colina.”

Will asintió. “Todos los hombres allí fueron muy valientes, milady. Yo no hice más que los demás.”

“Su modestia dice de usted, pero ya he escuchado informes de la versión de los eventos de Lord Christopher. Dicen que alaban su valentía por encima de todos los demás, excepto la suya.” Ella le sonrió a Cooper. “El que encabeza la carga es el más valiente.”

Cooper asintió, el pecho hinchado, la verdadera imagen del orgullo. Ni siquiera miró a Will de reojo. Por lo visto, se había acostumbrado bastante a semejantes elogios.

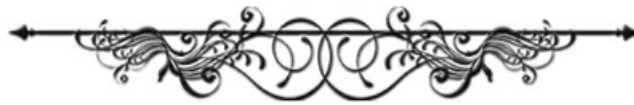
“Todo el mundo hizo su parte ese día, incluidos los franceses con su voluntad de caer,” dijo Cooper.

“Muy cierto,” contestó Lady K. “Estoy deseando la hora de la cena cuando pueda saber más.”

Sabedor de una despedida cuando la escuchaba, Will se inclinó, Cooper sólo un momento

atrás en su reverencia. Le dieron las gracias a su anfitriona y, para temor y anticipación ansiosa de Will, entraron en la sala de baile.

CAPÍTULO DOCE



“¿Es él?” Le preguntó Ellie dándole otro codazo a Roslyn y haciendo un gesto con la barbilla hacia la izquierda.

Roslyn miró y vió a un caballero bajito con el pelo de color marrón, seguramente una década mayor que ella y Will. Ella sacudió la cabeza. “Ese no se parece en nada al Sr. Raymond.”

Ellie se encogió de hombros. “Para mí lo parece, pero por otro lado, yo no le recuerdo bien. Yo tenía quizás catorce años cuando se marchó.” Ellaladeó la mirada viendo a Roslyn. “Y tú no eras mucho mayor, lo cual puede que haya hecho que te confundas al verle. Creo que Francine sabría si su hermano, en lugar de estar gravemente enfermo todavía, estaba de ocio por ahí en los parques de Londres.”

No si Will estuviera por ahí con una mujer y no quería que Roslyn se enterara. Secreto o no, estaban prometidos y según la costumbre solo ella podía terminar el noviazgo. No él.

Y lo haría si esa rubia canija era lo que Will quería en una esposa. Roslyn rechinó los dientes.

“No pongas es acara,” dijo Ellie por el borde de la boca. “Ningún hombre aquí te va a querer.”

Roslyn no quería ser querida por los hombres aquí. Quería ser deseada por Will. Mayormente, claro, de manera que pudiera dejarle de lado y hacerle sufrir como deseaba.

Lo cual era la razón por la cual debía estar bailando y pareciendo alegre y solicitada como había planeado, pero sencillamente no podía lograrlo. No podía molestarse en hablar con nadie mientras buscaba a Will.

Ellie dejó escapar un suspiro. “No sé, Ros. Hay tantos hombres aquí con el pelo marrón. Quizás deberíamos haber insistido más en lograr que Francine se uniera a nosotras. Ella seguro que reconocería a su hermano si le viese.

Roslyn seguía repasando a la gente. A su izquierda, el Sr. Carmichael desapareció por un pasillo, seguido por un lacayo. Aburrido por el juego de intentar encontrar a Will, un hombre que ella no había visto ni una vez, y con la negativa de Ellie de bailar hasta que viesen todas las caras, el Sr. Carmichael había pedido permiso para ver la biblioteca de su anfitriona. Tenía una obsesión con los libros que excedía incluso la de su hermana Lizzy May. Roslyn encontraba en secreto que el Sr. Carmichael y Lizzy May eran sorprendentemente similares y se preguntaba si Ellie se daba cuenta que se había casado con un hombre que de manera tan precisa reemplazaba a su hermana gemela.

“¿Y esos de allí entrando?” preguntó Ellie, emocionada, pero Roslyn ya le había visto.

Will. Más alto de lo que ella recordaba y más ancho de hombros y musculado como antaño o más. Los planos de su rostro eran más definidos ahora, haciendo que su boca pareciese más ancha. Incluso después de años de guerra, de viajes a lugares que Roslyn ni siquiera había oído hablar hasta que él le escribía sobre ellos, sus ojos seguían siendo intrínsecamente bondadosos. Una dulzura que siempre le llamaba la atención. so neatly replaced her twin sister.

Desde el otro lado de la habitación, esos ojos se cruzaron con los de ella. En sus ojos había preguntas y dolor, e incluso una chispa de ira.

Ella no podía respirar. Su corsé estaba demasiado apretado. La sala se inclinó. Ella se aferró al brazo de Ellie.

“Ros, ¿estás bien?” Ellie dijo con un aspaviento, sonando como si estuviera muy lejos.

“Me siento mareada,” logró decir, aferrándose a su hermana.

“Ven. La sala de descanso de las damas está por aquí.”

Roslyn dejó que Ellie se la llevara, intentando mantenerse recta frente a las miradas que estaba suscitando. Dio las gracias porque una habitación llena de personas de fiesta estaba entre ella y Will, permitiéndole escapar. Él nunca lograría atravesar semejante gentío antes de que ella llegara al santuario de la habitación de descanso.

Entraron en la habitación donde había un torrente de voces femeninas, Lady K había ofrecido una zona amplia de asientos, ponche, sandwiches delicados, cestos de costura y muchas zonas acordonadas por biombos en la parte trasera de la gran habitación que servían para todo desde ajustarse el vestido hasta necesidades más terrenales. Abundaban los espejos y las velas, y Roslyn evitaba la gama de reflejos revelando su cara bien iluminada y casi transparente.

Ellie la guió entre las otras mujeres y se fue hacia el biombo más a la izquierda en un rincón, diciendo con voz muy alta, “sabía que esa criada había apretado demasiado tu corpiño. No te desmayes. Lo arreglaremos.”

Roslyn dejó que su hermana menor la guiase. En cuanto se quedaron fuera de la vista de las demás, Ellie volvió a salir. Roslyn se dejó caer en un taburete tapizado con un cojín, temblando. Detrás de ella, una ventana alta estaba ligeramente abierta, permitiendo la entrada de aire fresco necesario.

Ellie volvió a aparecer con unos vasos de ponche y una mirada decidida. “He comprobado. No hay nadie cerca. Si mantenemos las voces bajas, no nos escucharán.”

“¿Escucharnos?” Roslyn preguntó con debilidad, su cabeza dando vueltas todavía. *we won't be overheard.*”

“Cuando me digas qué diantres está pasando.”

“Mi corpiño está demasiado apretado,” logró decir Roslyn en un susurro, el calor subiendo por su cuello.

“Estás confundiendo la excusa que yo dí con la verdad, me parece.”

Roslyn alzó la mirada para mirar a su hermana pequeña, dándose cuenta de la mirada tozuda de Ellie. Estiró una mano para tomar un poco de ponche.

Ellie se lo pasó. “No puedes decirme que confirmar la presencia del Sr. Raymond en Londres te ha alterado tanto por su hermana. Yo sé que sois buenas amigas, pero incluso yo no me alteraría tanto por Lizzy May y somos hermanas, de hecho, gemelas.”

Roslyn sorbió el ponche, haciendo un esfuerzo de voluntad para disipar su temblor y el calor creciente en su cara.

“Roslyn Leigh Ellsworth,” le dijo Ellie con la voz muy baja. “¿Has estado en un lío con el Sr. Raymond?”

Roslyn miró las flores y ondas elaboradas que decoraban la alfombra bajo las zapatillas de Ellie.

Ellie alzó las manos. “¿Pero cómo? Él lleva años ausente.”

Con el vaso ahora vacío en el regazo, Roslyn seguía estudiando el suelo.

“Bueno, no puede ser un gran lío realmente,” murmuró Ellie. “Y no uno muy bueno si no se ha molestado en escribirte y si le viste cabalgando por ahí con...” Ellie dejó de hablar y se agachó para tomar las manos de Roslyn. “Oh Ros, lo siento tanto. Estaba en el parque, ¿verdad? Acompañado por una mujer.” Ella fulminó el biombo con la mirada como si pudiera clavarle puñales con la mirada a Will desde donde estaba de cuclillas ante Roslyn. “¿Cómo ha podido?”

Roslyn apretó los ojos cerrándolos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

“Oh, y Francine no te cree en lo de Will y la mujer en el parque, ¿verdad? De manera que

discutísteis. Es todo muy horrible, ¿verdad?”. “Nos

Ellie rodeó con sus manos cálidas las manos heladas de Roslyn y le dio un suave apretón, luego le retiró el vaso de ponche de sus dedos lacios y se puso en pie.

“Voy a pedir que vuelvan a traer el carruaje.”

Eso hizo que Roslyn alzara la cabeza. “¿De verdad?”

“Deberías haberme dicho cuál era la dificultad,” dijo Ellie con leve severidad. Dejó escapar un suspiro, mirando a su alrededor por el pequeño espacio delimitado por el biombo, incluso esa pequeña parte de la habitación opulenta. “Nos iremos a casa. Nos ayudará a salir más temprano mañana.”

Roslyn estiró una mano para tocar el brazo de su hermana. “Deberías quedarte, Ellie. Baila con el Sr. Carmichael. Pásatelo bien.”

La mirada de Ellie se animó pero luego sacudió la cabeza. “No puedo dejarte marchar sola.”

“Es solo un viaje en carruaje, con el conductor y el mozo, y Francine me está esperando. Estaré perfectamente bien.”

Ellie hizo una mueca con los labios. “Le permitiría a Samuel permanecer más rato en la biblioteca.” Ella entornó la mirada hacia el techo. Una vez que él se mete en una biblioteca, puede permanecer días. No es que yo lo permita. Tiene que bailar conmigo.”

Roslyn logró una sonrisa que temblaba en las esquinas. “Quédate y ten tu baile y cena con tu marido.”

“Muy bien. Lo haré. Gracias.”

Roslyn asintió, tragándose nuevas lágrimas.

“Iré a pedir el carruaje para que lo traigan de vuelta y luego vendré a buscarte. ¿Ese pasillo a la derecha por donde pasamos? Bueno, a la izquierda de vuelta.”

Roslyn asintió aunque había estado demasiado alterada para fijarse en pasillos.

“Sadremos por ahí. Eso nos llevará a la sala de la entrada sin pasar por la sala de baile. Todo irá bien. No te preocupes.”

Habiendo dicho eso, Ellie desapareció.

Roslyn se derrumbó en el taburete. ¿Cómo había podido pensar que quería ver a Will? ¿Que le podía mostrar que estaba cualquier cosa menos destrozada por su conducta? Todos sus sueños despierta de decirle que se fuera con viento fresco eran solo una insustancial bravuconería. En cuanto le vio ella le amó de nuevo, más que nunca antes. ¿Cómo podía sentir ira cuando todo su ser estaba dolido? ¿Cuando su corazón parecía a punto de ceder en cualquier momento y sus extremidades amenazaban con convertirla en un charco de miseria en el suelo?

Roslyn se dedicó a concentrarse en respirar hondo mientras esperaba. Eventualmente, sus temblores cesaron. Se puso en pie para mirar el pequeño espejo que había en el espacio y se tocó las mejillas. Se alisó su vestido e inspeccionó su cabello. Para cuando Ellie regresó, Roslyn había logrado mostrar una sonrisa insustancial aunque poco convincente.

“¿Lista?” preguntó Ellie.

Roslyn asintió y siguió a su hermana de detrás del biombo y al otro lado de la habitación. Nadie les prestó mucha atención, lo cual demostraba el éxito del engaño de Ellie. De vuelta a la entrada que daba a la sala de las mujeres, pronto giraron del pasillo muy iluminado a otro más oscuro. Solo cada quinto candelabro tenía una vela, dejándolas caminando a través de zonas en penumbra. Con cada paso, Roslyn rezaba por que no se cruzaran con Will.

Llegaron hasta la entrada, donde un lacayo esperaba con la capa de Roslyn y sus guantes. Ella los aceptó con agradecimiento.

Ellie le dio un breve abrazo. “Te veré más tarde esta noche si sigues despierta.”

“Gracias,” dijo Roslyn.

El mayordomo abrió la puerta y ella salió deprisa y empezó a bajar los escalones. El carruaje Carmichael esperaba abajo, un bendito santuario, un gigantesco carruaje detrás. El blasón dorado dibujado en la puerta del segundo carruaje reflejaba el brillante brillo de la luz de las velas que iluminaban la casa londinense de Lady K. El mozo de los Carmichael, al verla, saltó de su puesto y se fue hacia la puerta del carruaje.

¿Eran pisadas lo que se escuchaba detrás de ella?

“Roslyn.”

Los pies de ella dejaron de moverse. Tropezó en el último peldaño. Unas manos fuertes la agarraron desde detrás y la enderezaron, luego se retiraron.

Ella se giró, mareada de nuevo y se vio frente a frente con... “Will.”

“Roslyn,” repitió él, luego tragó, quedándose en silencio.

Parecía tan diferente, y a la vez tan Will, y sus ojos avellana parecían brillar desde dentro mientras la miraba desde arriba. Ella anhelaba tocar su cara, afeitada pero con una pizca de vello. Quería sentir la calidez, la solidez y la realidad de Will finalmente devuelto a ella.

Pero él no había vuelto a ella. Ella tragó. “¿Dónde está tu... tu amante?”

Las cejas de él subieron bruscamente. “¿Perdón?”

Ella hizo un gesto con la mano, como si tuviera alguna idea de en qué dirección estaba la mujer. “Tu acompañante rubia del parque.”

“¿Estás enojada porque me viste en el parque?”

Roslyn asintió, el gesto atolondrado. ¿Se atrevía a estar sorprendido por eso?ç

“¿Estás enojada conmigo? Repitió él, la ira en su tono de voz ahora.

“Muy ciertamente lo estoy,” dijo ella, intentando mantener la voz baja delante de la cantidad de criados gestionando los dos carruajes que esperaban en el sendero y más en las escaleras de Lady K. “¿Cómo te atreves a aparecer en el parque con otra mujer?”

Los ojos de él se pusieron grandes como si ella hubiera dicho algo insondable, y dijo, “¿Porque tú has mostrado tanta preocupación por mí?”

“Más preocupación que la que te mereces.”

“Ja,” dijo él, todavía aturdido. “¿Más preocupación que la que merezco?”

Roslyn miró a su alrededor. “Le pido que baje la voz, señor. Por lo visto, he de requerir conservar intacta mi reputación. No necesito que me la enturbie.”

“Te has vuelto loca.”

“¿Por que necesito mi reputación ahora?”

Él miró con el ceño fruncido. “¿Ahora que tienes dinero y conexiones de sobra?”

“¿Mi dinero y conexiones te ofenden? ¿Qué, eres el hijo santurrón de un cura después de todo? Supongo que tu buscona del parque es una pobretona? ¿Es que una mujer no te vale a menos que casarte con ella es hacerle alguna clase de favor?”

El pecho de Roslyn subía y bajaba, forzando su corpiño y se dio cuenta que se le había olvidado su propia advertencia de hablar bajo, pero miró la cara enojada de Will con su propia mirada encolerizada. ¿Cómo se atrevía a acusarla de no preocuparse? Ella no había sido más que fiel. Él había sido el que decidió salir con otra mujer.

“Otra vez con el parque,” murmuró él.

“¿Quién era ella, Will?” exigió saber Roslyn.

Will tragó aire. “Si debes saberlo, la mujer con la que iba en el parque es mi enfermera.”

Su enfermera. Roslyn dio un paso atrás. Tantos años esperándole. Por fin había vuelto a casa y se enamoró de la primera mujer que vió.

Y ella podía entenderlo. Ella apretó los ojos. Se había despertado solo y dolido bajo el cuidado de otra mujer, incapaz de llegar a Londres lo suficientemente rápido. Ella se llevó una mano al pecho, luchando por respirar.

Unas manos cálidas le agarraron de los hombros. “No te desmayes. Te abrirás la cabeza.”

Ella no podía dejarle verla tan alterada. No se merecía saber lo mucho que ella se había preocupado. Se separó de él. “Me tengo que ir.” Sí, ella podía entender cómo podía enamorarse de su enfermera, pero lo odiaba, y eso no le daba ninguna excusa por no escribirle para contárselo.

“Roslyn, por favor, necesito respuestas. No entiendo por qué dejaste...”

“No. Me tengo que ir,” sollozó ella, girándose. Se había enamorado de su enfermera. Su hermosa enfermera. Roslyn debió de haber estado allí.

“Roslyn,” repitió él.

Agarrándose las faldas, ella se fue corriendo hacia el carruaje. El mozo abrió la puerta, sus ojos redondos en la cara.

Una mano la agarró del brazo. “Roslyn. Dáme un momento. Me debes eso.”

Sin mirar atrás, ella se zafó de él con una risa maniática. “¿Yo? ¿Te debo a ti?” Ella ya le había dado el regalo más apreciado que una joven tenía para dar. Saltó al carruaje.

“Ahora bien, señor, no puedo dejarle subir,” dijo la voz del mozo.

“Necesito hablar con ella.”

Roslyn se escurrió en el asiento, lo más lejos de Will que podía.

“Parece que no desea hablar con usted, señor,” dijo el mozo.

“Oi, ¿es preciso que baje yo?” dijo el conductor.

“¿Qué sucede allí?” agregó otra voz, sonando del otro carruaje.

“No,” dijo Will con firmeza. “Nadie necesita bajar o venir. Yo desistiré.” Alzó la voz para decir, “pero usted me debe una explicación, Srta. Ellsworth.”

Roslyn apretó los ojos cerrados frente a la ira de la voz de Will. ¿Por qué estaba tan enojado? ¿Porque ella no iba a quedarse en medio de la calle y dejarle contar su relato sobre su nuevo amor?

“Ya basta, señor,” dijo la voz del conductor. “Estoy seguro de que la Srta. Ellsworth le hablará cuando quiera y si quiere, con la debida compañía.”

Will murmuró algo. Los ojos de Roslyn se abrieron de golpe. ¿Había dicho un juramento? Will no decía palabrotas.

Sólo otra manera más en la que había cambiado. En la que se habían separado, a pesar de años de cartas. Años de trabajar para mantener su amor vivo.

El carruaje empezó a avanzar. Roslyn se cubrió la cara con las manos y lloró.

CAPÍTULO TRECE



Después de enviar el carruaje de vuelta a casa de Lady K para esperar a Cooper, Will subió los escalones que iban desde la gran entrada hasta los dormitorios igualmente grandiosos. Su pierna le dolía. Le dolían la cabeza y el hombro. La Enfermera Brookhouse había tenido razón. Ver a Roslyn había agravado las heridas de Will.

Ni siquiera había logrado preguntarle por qué había dejado de quererle. O cuando. No puede haber sido hace mucho porque parecía bastante alterada al verle. Tan alterada y enojada en su exigencia por saber con quién había estado paseando en el parque, que seguramente seguía albergando sentimientos por él. ¿Se podrían caldear esos escoldos hasta convertirlos en las llamas de su juventud?

Se paró a la mitad del trayecto escalones arriba, una visión de Roslyn ante él. Cielo santo, había estado guapísima esta noche. Siempre había sido hermosa. Él se había fijado en eso en cuanto creció lo suficiente como para darse cuenta de esas cosas. Ahora, ella había madurado hasta el potencial que había prometido su adolescencia. Y a pesar de su comportamiento con él, seguía pareciendo tan dulce, su inocencia y sensibilidad evidentes en esos ojos verdes tan gloriosos. Su ira parecía surgir de un exceso de sentimientos más bondadosos no por una ausencia de ellos.

Cómo había ansiado el consuelo de Roslyn todos estos años. El bálsamo de su espíritu, capturado en sus cartas, pero nunca suficiente por escrito. Nunca completo. No como cuando ellos podían estar juntos, sus almas trenzadas como dos cuerpos. De alguna manera, él sabía que nunca sentiría eso con ninguna otra mujer.

¿Volvería a sentir eso con Roslyn?

Reanudó su caminata escaleras arriba por la gran escalinata, recordando que el mayordomo estaba abajo, lo más probable sin mirar a Will. Él tiró de su corbata mientras caminaba, aflojando el nudo. Había pasado más tiempo vistiendo para la gala que en asistir. En cuanto vio a Roslyn, cuando ella había palidecido y huido de la habitación, él se dio cuenta de que no podía permanecer allí dedicándose a frivolidades con Cooper. Will no quería bailar con otras mujeres y demostrarle a Roslyn lo que ella se estaba perdiendo. La quería.

Arriba, una puerta hizo un ruido y Will hizo una pausa. Esperó a que se cerrara, consciente de que debía ser la Enfermera Brookhouse. Él no quería que ella le viera cojeando. No tenía los arrestos para soportar con elegancia un “se lo dije.”

El sonido de una puerta cerrándose le llegó a los oídos y él reanudó su subida, la pierna recordándole aunque él no quisiera, que deseaba estar en la cama. Will subió los últimos escalones preguntándose por qué Cooper necesitaba tantos malditos escalones y dobló la esquina. Eternamente agradecido, el pasillo estaba despejado. Se fue cojeando el resto del camino a su habitación.

Él abrió la puerta para encontrarse a una mujer vistiendo un largo camisón, encendiendo velas. La Enfermera Brookhouse, se dio cuenta él, viendo los mechones dorados que caían por su espalda. Ella se giró, sonrió y apagó la vela que tenía en la mano.

“Sr. Raymond.”

“Ah...” Will se inclinó hacia atrás para mirar por el pasillo, contó las puertas y luego se volvió

hacia ella. “Está en mi habitación.” En paños menores.

Ella le miró de frente, echando los hombros hacia atrás. “Soy muy consciente de ello, señor.”

De repente, incluso con su corbata aflojada y deshecha, el cuello de su camisa demasiado apretado. Will tiró de él. “¿Qué... ah, hace en mi habitación?”

El ademán de ella barriendo el aire incluía una silueta larga y esbelta, clareamente visible a través del camisón de gasa, especialmente con tantas velas detrás de ella. “Yo creo que eso debe ser muy evidente.”

“Enfermera Brookhouse,” empezó a decir Will.

“Por favor, Sr. Raymond, llámeme Charlotte. Me parece lo apropiado.”

Will frunció las cejas levemente e intentó de nuevo. “Enfermera Brookhouse, me disculpo de veras si le he dado alguna razón por la cual creer que he buscado esta oferta, tan, ah, halagadora, pero...”

Ella se aproximó a él, las caderas moviéndose de una manera muy seductora, y las palabras de él se perdieron en el aire.

¿Qué había estado diciendo? “Um, esta muy halagadora oferta, pero yo...”

Deteniéndose ante él, ella llevó el dedo índice a la pechera de él.

Will cerró los ojos con fuerza contra el calor que surgía en él ante el tacto de ella. Esas manos habían estado en él muchas veces. Calmantes, vendándole, curándole. Su tacto nunca se había sentido de esta manera. Ella aplanó las palmas de las manos contra el pecho de él, metiendo los dedos bajo su chaleco.

Los labios de ella, muy cerca de su oreja, le susurraron, “¿Decía, Sr. Raymond?”

Will sintió un estremecimiento. Cerró con más fuerza los ojos y con la voz dura, le preguntó, “¿Qué está haciendo, Enfermera Brookhouse?”

“Me estoy entregando a usted, Sr. Raymond.”

“No se lo he pedido.”

Las manos de ella se deslizaron más abajo. “Pero lo desea.”

La verdad era que no. Rara vez lograba pensar en ninguna mujer aparte de Roslyn y cuando lo hacía no era de esta manera. Ciertamente, no había estado mirando así a su enfermera, la mujer contratada para cuidar de él, ni la había deseado.

Las manos de ella bajaron aún más, deslizándose por encima de él.

Bueno, quizás ese día, cuando ella había bajado por las escaleras tan hermosa. Puede que sí, en contra de su voluntad, hubiera tenido ciertos pensamientos sobre la Enfermera Brookhouse entonces. Ciertamente ella había aparecido de manera muy ventajosa, alegre y riendo en el sol de invierno mientras ellos montaban en el parque.

El parque... donde Roslyn les había visto, y evidentemente visto más de lo que él había visto.

Tomó las manos de la Enfermera Brookhouse. Le hizo falta una fuerza sorprendente retirárselas del cuerpo. Will abrió los ojos. “Enfermera Brookhouse, yo la valoro mucho, pero no de esta manera.”

La ira brilló en sus ojos azules pero desapareció deprisa mientras hacía un mohín con la boca. “Pero podría.” Ella dio un paso hacia delante, presionando su cuerpo contra el de él soltando sus muñecas de las manos de él.

Dando un paso hacia atrás, Will se encontró en el pasillo. “Pero yo no podría.”

“No sea presuroso en su renuencia.” Ella tiró de él para meterle dentro.

Will abrió las manos, sin ganas de volver a su dormitorio con ella dentro, aunque estar en el pasillo no parecía ser el lugar para interactuar. “¿Qué le frena?” Ella bajó la barbilla, enfatizando sus ojos azules brillantes. “¿Es... esa señorita que no se podía molestar en escribirle una vez que

llegó a Inglaterra? ¿La que le ha estado mintiendo sobre sus afectos quién sabe cuanto tiempo?”

Will había olvidado la ausencia de cartas. Ver a Roslyn había desplazado todos los pensamientos de su mente excepto volver a conquistarla. Le había perdonado corriendo su cambio de parecer. Olvidado su falta de correspondencia mientras yacía recuperándose en una cama de hospital con solo Cooper y la Enfermera Brookhouse pareciendo importarles si vivía o moría.

“¿Vino a verle? ¿Le escribió acaso?” La Enfermera Brookhouse insistió, sus pensamientos parejos a los de él. Ella se arrimó a él de nuevo, por lo visto sin importarle que entraba en el pasillo. “¿O es que se quedó en su casa elegante preguntándose, muy en su corazón, si su vida sería mejor si usted sencillamente moría?”

Will dio unos pasos hacia atrás. “No.”

“¿No? Ella incluso hizo que su hermana le visitara o le escribiera. ¿Es ese el comportamiento de una mujer con sus mejores intereses en mente?”

Él sacudió la cabeza. “No. Francine decidió eso. Para protegerme.” De la verdad de la traición de Roslyn.

“Lo decidió, ciertamente, pero a causa de ella.” La palabra ella goteaba veneno en los labios de la Enfermera Brookhouse.

Will se frotó el pecho, su corazón dolido. Tragó. “La puedo volver a conquistar.”

La Enfermera Brookhouse le tomó de la barbilla con una mano suave y cálida. “¿Pero por qué querría hacerlo?”

¿Por qué? Él tenía razones. Las había repasado en las escaleras.

¿Cuáles eran?

La otra mano de la Enfermera Brookhouse subió, acariciándole la cara. Su pulgar le rozó la boca. Sin quererlo, Will abrió los labios con un suspiro. ¿Cuánto tiempo hacía que una mujer le mostrara semejantes afectos?

Su mente conjuró la imagen de Roslyn a la luz de la luna, sus cabellos negros fundiéndose con la noche, el resto de ella brillando, toda piel satinada y curvas. Él sabía cuanto tiempo. Hasta la misma hora.

“No puedo,” respiró él, pero de alguna manera tampoco podía alejarse.

La Enfermera Brookhouse deslizó las manos por su pecho de nuevo. “Puede hacerlo. Me doy cuenta de que quiere.”

Él sí quería. ¿Por qué no? No podía considerar su compromiso secreto con Roslyn como algo todavía vinculante. Ella le había dejado muy claro que ya no le quería.

La Enfermera Brookhouse deslizó las manos entorno a la nuca de él y tiró. Will bajó la boca para cubrir la de ella. Sus labios eran suaves, cedían. Él rodeó el cuerpo de ella con los brazos, profundizando el beso. Se sentía tan bien saborear a una mujer. Cualquier mujer.

Alzó la cabeza de golpe.

“¿Qué sucede?” susurró ella, los ojos cerrados y su cuerpo pegado al de él.

“Esto está mal.”

Los párpados de ella se alzaron. “No puede estar todavía pensando en ella.”

Will sacudió la cabeza. “No. Estoy pensando en usted. No puedo aprovecharme de cualquier afecto que haya desarrollado por mí. No tengo ninguna intención, Enfermera Brookhouse, de tomarla como mi esposa.”

Ella se retorció entre sus brazos, mandando a paseo sus pensamientos. “Yo puedo cambiar eso.”

Él reunió su voluntad y la soltó. “No. Aunque la aprecio mucho a usted y las atenciones que

me ha brindado, no la tengo en el afecto correcto para casarme con usted.”

“¿Afecto correcto?” Parecía lo suficientemente afectuoso cuando me besó hace un momento.

“Eso no era amor.” Era deseo y Will lo sabía.

Ella dio un paso más cerca de él, estirando las manos hacia él, y él se desplazó hacia atrás, entrando en el pasillo frente a la puerta de su habitación. Con una mirada decidida, ella dio otro paso. Will se desplazó a un lado, su espalda hacia el final del pasillo donde estaban las escaleras aguardándole. La Enfermera Brookhouse respiró hondo y Will tenía la impresión de que ella estaba buscando paciencia en lugar de seducirle con el movimiento.

Llevándose las manos a las caderas, le dijo, “¿No me encuentra atractiva?”

Will resistió el deseo de repasarla con la mirada de nuevo a pesar de todo. “Sabe que sí.”

“Soy inteligente. Educada. Atenta.” Ella alzó las manos, el gesto casi orante. “Sabe que nos llevamos bien, incluso bajo circunstancias adversas. ¿Por qué no íbamos a ser felices juntos?”

Porque él seguía amando a Roslyn. Siempre había amado a Roslyn. Temía que siempre la querría. “¿Me ama, Enfermera Brookhouse?”

“Podría fácilmente hacerlo. Yo sería una muy buena esposa suya. Lo juro.”

Will abrió la boca para decir que estaba de acuerdo con eso, y sin embargo asegurarla que no iba a funcionar entre ellos dos.

Ella alzó una mano para pararle. “No me conteste ahora. Piénselo. Hay tiempo. Su preciosa Roslyn ha terminado con usted. Cuando se dé cuenta de eso podrá venir a mi y yo le curaré su corazón hasta sanarlo como hice con su cuerpo.”

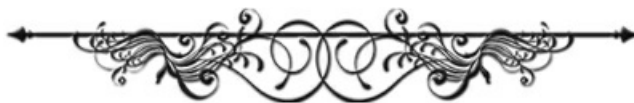
Ella se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, una gran silueta aunque un poco delgada. Will cerró los puños. Su cuerpo tenía muchas ganas de ir detrás de ella. Respiró hondo, luego otra vez. Ella llegó hasta la puerta de su dormitorio y entró, cerrándola con suavidad sin mirar atrás.

Él podría ir a esa habitación. Podría llamar con los nudillos y ella se iría corriendo a abrirle. Podría tomarla entre sus brazos y ceder al placer que ella le ofrecía. Podría empezar una vida nueva aquí en Londres con una mujer bella que le tenía en gran estima. Quien le había visto en su momento más débil y le quería igualmente.

Y nunca volvería a ver a Roslyn.

Will entró en su habitación y cerró la puerta con firmeza. Para más garantía, cerró con llave dejando la llave en la cerradura.

CAPÍTULO CATORCE



Roslyn no se pudo reunir con los demás para desayunar porque no podía dejar de llorar. Al menos ahora sabía por qué Will no había contestado a ninguna de sus cartas ni las de Francine y por qué las indagaciones del Sr. Carmichael no habían podido servir para encontrarle. No es que estuviera demasiado enfermo para poder escribir o languideciendo en algún sitio desconocido, demasiado enfermo para dejar su cama. Porque había estado ocultándose de su promesa con ella. La había estado evitando todo este tiempo porque se había enamorado de su enfermera.

Sentada delante de su ventana con los pies subidos en su silla de manera que su barbilla descansaba en sus rodillas, Roslyn miró el día plomizo de invierno afuera. La mirada desenfocada en la calle abajo, ella veía cómo sus lágrimas rodaban por sus mejillas en el reflejo de los cristales. Esto era su vida ahora. Mejillas pálidas y lágrimas. Cielo gris y el frío helado que entraba por los bordes de la ventana penetrando en sus huesos.

Will se había enamorado de su enfermera. Su hermosa enfermera. Era como algo de las novellas que leía Lizzy May y Roslyn lo odiaba. Lo despreciaba. ¿Cómo era posible que Will se dejara convertir en el héroe de la historia de otra?

Si tan solo hubiera llegado a Londres antes. No debió buscar una manera de proteger su reputación. ¿Qué necesitaba ella de su buen nombre sin Will? Ella tenía dinero. Debió haberse ido a toda velocidad, dejado de lado toda preocupación sensata y razonable y volado hacia él. Después de siete años, él tenía que haber abierto los ojos en ese hospital para verla a ella y no a esa horrible enfermera demasiado bonita.

Un sollozo se le escapó a Roslyn y ella volteó la cabeza, descansando una mejilla en las rodillas mientras seguía mirando por la ventana. Durante tantos años había guardado una fachada ecuaníme, neutral por encima de toda la preocupación, el dolor y la soledad que tenían que ver con Will existiendo sólo en cartas que le traía Francine, con él siempre tan lejos y corriendo tanto peligro. Ahora, con esa fachada arrancada, Will para siempre fuera de su alcance, ella sencillamente era incapaz de dejar de llorar.

¿Y para qué molestarse en intentarlo? Sin Will, ¿tenía sentido eso siquiera?

Alguien golpeó la puerta. Seguramente una criada que había venido para preguntar si bajaría para desayunar. Un silencio era respuesta suficiente para eso.

El golpe sonó de nuevo, más fuerte. Roslyn alzó la cara para mirar ceñuda la puerta.

El pomo se movió. “Roslyn, sé que estás ahí dentro y esta es mi casa, así que tengo la llave,” dijo Ellie seguida por una serie de golpes imposibles de ignorar.

Roslyn bajó los pies al suelo, sus piernas agarrotadas protestando por el movimiento. “Déjame en paz,” dijo ella, consciente de que sonaba como una niña petulante y sin importarle un comino eso.

La puerta se abrió para revelar a su hermana y Francine, las dos con cara de preocupación.

Francine, hermana del traidor. Roslyn la señaló. “No quiero verla.”

Francine bajó la mirada al suelo.

Su hermana entró, los ojos mirando hacia el techo. “Oh, Ros, no seas terrible. Francine es tu mejor amiga y como tal, he conseguido una confesión completa de ella.”

“Vaya amiga,” replicó Roslyn, aunque sintió una punzada de miedo por lo que Francine

podía haberle dicho.

Francine permaneció al lado de la puerta, mirándose los pies, las manos cerradas con fuerza delante de ella.

“Francine, entra y cierra la puerta,” ordenó Ellie, sonando exactamente igual que la madre de ellas.

Francine entró corriendo. “Tuve que decírselo,” le susurró. “La manera en que te estás comportando, ella pensó que todo era mucho peor de lo que está.”

Roslyn cerró los ojos con fuerza. De manera que no era una confesión completa. A menos que Francine realmente no creyese lo que Roslyn le había revelado sobre ella y Will y su noche en el huerto.

“De manera que has estado escribiéndole cartas al Sr. Raymond durante siete años.” Ellie tenía las manos en las caderas. “Eso es, ciertamente, no muy correcto por tu parte, pero no es el desastre que estás dando a entender.” Ella estudió a Roslyn con los ojos estrechados. “A menos que, claro, estés realmente enamorada de él.”

“Ellie me contó que estaba en el baile,” dijo Francine suavemente acercándose. “Que no parecía herido para nada y que el Sr. Carmichael se enteró que está quedándose con su capitán. El que nos escribió. Lord Christopher, heredero del Vizconde Redtree. Que...” Francine dijo reteniendo sus lágrimas. “Que está perfectamente bien y puede escribir y casi seguro que ha sido quien ha coleccionado nuestras cartas del hospital y les debe haber pedido que no contasen a donde se había ido, porque ¿de qué otra manera puede explicarse que no lo supieran?”

“Para que él pudiera estar con ella,” dijo Roslyn, su voz sonando como un graznido. Empezó a toser, las lágrimas surcando sus mejillas.

Ellie se fue hacia la puerta diciendo, “te hace falta té.” Asomó la cabeza y llamó a una criada y luego regresó. “Ahora, ¿estar con quién?” Roslyn aclaró su garganta, en carne viva después de tantas lágrimas y dijo con voz rasposa, “Su enfermera.”

Francine sacudió la cabeza. “Claro que no. ¿Por qué ibas a pensar una cosa así?”

“Me lo dijo anoche,” susurró Roslyn.

Ellie volvió a colocar las manos en las caderas. “¿Hablaste con el Sr. Roslyn anoche? ¿Sin que yo estuviera presente?”

Roslyn asintió. “Abajo de las escaleras, al lado de los carruajes.”

“¿A plena vista de varios criados?” Ellie hizo una mueca con los labios. “Supongo que eso no es demasiado terrible.”

Francine cruzó la habitación. Se arrodilló ante Roslyn y le tomó de una mano. “¿Qué dijo?”

“Él dijo que estuvo en el parque ese día y que la mujer que iba a su lado era su enfermera. Dijo que yo... que yo soy demasiado frívola ahora con mi dinero y mis contactos.” Ella se tocó la falda con la mano libre, las lágrimas goteando de su barbilla.

“¿Tú? ¿Frívola?” Su hermana le exigió. “Eres la persona más sensata y razonable que conozco. ¿Te conoce siquiera?”

Roslyn sacudió la cabeza, cerrando los ojos. “Pensé que sí.” Tantas cartas intercambiadas durante tantos años. Ellos siempre habían parecido ser tan cercanos, a pesar de la distancia. Conectados y en armonía. ¿Cómo es que eso cambiase tan pronto?

Francine se balanceó en los talones, soltando la mano de Roslyn. “No puedo creer esto de Will.”

Ellie se encogió de hombros. “Algunos hombres son... menos fieles que otros.”

“Algunos hombres, si, pero no Will,” dijo Francine.

Roslyn sollozó. “Yo tampoco puedo creerlo de él.” No de Will. Él era constante y verdadero.

“Sabemos donde está ahora.” Francine se puso en pie, mirando a Ellie y luego a Roslyn. “Yo debería ir a verle. Hablar con él. Yo soy su hermana, después de todo. No tengo ninguna razón para no hacerlo.”

“Pero hemos de marchar pronto,” protestó Ellie. “Tenemos que conseguir que Roslyn tome un poco de té y las dos debéis hacer las maletas.” Hizo un gesto señalando la puerta del pasillo. “Yo ya he puesto a mis criadas a hacer mis maletas, pero cuando hayan terminado os pueden ayudar a vosotras.”

“Yo no me marchó,” dijo Francine con firmeza. “No hasta que vea a mi hermano.”

“Pero Lizzy May y Mamá nos están esperando,” replicó Ellie. “No podemos sencillamente no aparecer, y no te puedo dejar. Dije que te llevaríamos de vuelta con tu padre de camino al norte.”

“Tu ibas a llevarme a mi y a Will de vuelta si estaba lo suficientemente bien para viajar.” La voz de Francine era férrea. “Bueno, aparentemente lo está y yo no me marchó sin él.”

“Dijo que yo le debo una conversación,” dijo Roslyn de sopetón. Y estaba en lo correcto, aunque ella pensaba que era al revs. Él le debía a ella una explicación.

“Puede que no ame de verdad a esta... esta enfermera,” agregó Francine.

Roslyn parpadeó rápidamente, salpicando lágrimas de sus pestañas. Francine tenía razón. Roslyn se lo debía a los dos comprobar si su infatuación con su enfermera era real. Solo había conocido a esta mujer hacía poco después de todo, y bajo circunstancias penosas. “Le debo una conversación,” ella repitió más convencida.

“No le debes nada por lo que yo puedo ver,” replicó Ellie.

Roslyn se puso en pie. “Puede que no, pero él sí que me debe a mí.” Vio el ceño fruncido de Francine y tomó la mano de ella de nuevo. “Y eso no es todo,” dijo Roslyn con sinceridad, intentando convencer a su amiga. “Me niego a conformarme con esta idea de él amando a otra. No después de siete años de cartas. De estar prometidos.

“¿Prometidos?” Los ojos de Ellie se estrecharon con enfado mientras miraba a las otras dos de nuevo. “No dijiste nada acerca de ellos estando prometidos, Fran. Sólo de cartas.”

Sin soltar la mano de Roslyn, Francine se giró para ponerse a su lado, frente a Ellie. “Su compromise solo hace que sea más apropiado que ellos hayan estado intercambiando cartas.”

“¿Saben Mamá y Papá de esto?” Preguntó Ellie, una nota de desesperación en su voz.

Roslyn sacudió la cabeza. “Francine es la única que sabía.” Ella apretó la mano de su amiga. “Ha sido una amiga muy leal. La considero como una hermana.”

El enojo brillaba en los ojos de Ellie. “¿Por qué me has metido en esto? Tú eres mi hermana mayor de buen comportamiento, razonable y calmada. Solo se supone que estás en Londres para vestidos y para darme una excusa de quedarme hasta después del baile de Lady K.”

Roslyn alzó la barbilla. “No me importa la razón por la cual me querías aquí o los vestidos. Vine a ver a Will, y esa es mi intención.”

“Pero Mamá y yo ya hemos estado de acuerdo en que yo te he de llevarte a la casa de campo de Sus Excelencias. Cómo puedes esperar que yo...” Ellie dejó de hablar.

Su cara, bastante blanca, se puso rosa. Sus labios se presionaron, temblando. Sus ojos brillaban. Sus hombros empezaron a temblar.

Roslyn intercambió una mirada de preocupación con Francine.

Ellie empezó a reír. La risa salía a borbotones hasta que se agarró el vientre riendo. Se dejó caer en el borde de la cama jadeando sin poder respirar.

Roslyn miró fijamente a su hermana, sin saber bien qué hacer. Volvió a mirar a Francine otra vez, que se encogió de hombros, tan confundida como se sentía Roslyn. ¿Le debía dar un cachete en la cara a Ellie?

Finalmente, recobró el control de sí misma, las lágrimas cayendo por sus mejillas. “Yo estaba tan enojada con Lizzy May por llevarme lejos de Londres,” dijo ella en un jadeo. “Y estaba tan enojada. Enojada y enamorada, y me fugue en el carruaje de una actriz francesa y...” Dejó de hablar otra vez sacudiendo la cabeza.

“¿Estás bien?” preguntó Roslyn y se dio cuenta que había dejado de llorar.

Ellie asintió aspirando aire. Su cara empezó a recobrar un color más normal. “No voy a intentar llevarte de Londres hasta que hayas visto al Sr. Raymond. Dejaremos a las criadas que hagan las maletas mientras vamos a casa de Lord Christopher. Si no podemos encontrar al Sr. Raymond antes de que nos tengamos que ir, yo mandaré un expreso al padre de Francine y otro a Mamá. Se nos ocurrirá una excusa razonable.

“Gracias, Ellie.” Roslyn soltó la mano de Francine y se abalanzó a su hermana, inclinándose para abrazarla donde estaba en el borde de la cama. “Muchísimas gracias. De verdad que no puedo irme. No hasta que le vea.”

Ellie se separó para secarse los ojos. “Lo sé. Créeme, lo sé.”

Un golpe suave sonó en la puerta.

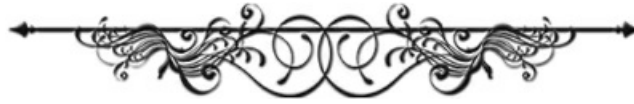
Ellie se puso en pie. “Eso será el té. Daré instrucciones a las criadas. Francine, asegúrate que Roslyn se toma un poco de té y come algo, y veamos si no podemos arreglar su cara y su cabello. No puede enfrentarse a tu hermano con el aspecto de tener dos grajos anidados en su cabeza y con los ojos todos rojos e hinchados.”

Secándose las lágrimas de las mejillas, Ellie se fue hacia la puerta. La abrió para las criadas que esperaban fuera y les hizo un gesto para que pasaran. Ellas miraron a las tres mujeres de manera disimulada. Roslyn supuso que ella debía de tener un aspecto tremendo y las mejillas de Ellie todavía estaban húmedas aunque sus ojos bailaban divertidos.

Ellie las dejó y Roslyn hizo lo mejor posible por obedecer a su hermana menor, bebiendo té y mordisqueando un pastelillo con poco sabor para ella y menos atractivo. Su amiga de nuevo, muy para el alivio de Roslyn, le ayudó a lavarse la cara y elegir un vestido. Luego peinaron y ondularon su cabello. Para cuando llegó la hora de las visitas, Roslyn parecía y se sentía mucho más en su ser.

Ella sólo deseó contener el temblor que sentía en las extremidades y el martilleo de su corazón y la aprehensión de que esa tarde iba a acabar con ella hundida en un profundo y oscuro pozo de pena.

CAPÍTULO QUINCE



Will tomó su desayuno en su dormitorio. Se sentía un poco tonto haciendo eso, pero no iba a poder sentarse a una mesa enfrente de la Enfermera Brookhouse y poder comer, la oferta de ella sonando en su cabeza.

Era una oferta bondadosa. Una oferta que él apreciaba. Halagadora también. Evidentemente, ella no consideraba a todos sus pacientes con tanta estima como a él o ya estaría casada. ¿Debía considerar su oferta si no podía ganarse a Roslyn otra vez? Ellos ya sabían que se llevaban bien viviendo juntos.

Él sacudió la cabeza. Eso era monstruosamente injusto para con la Enfermera Brookhouse. Charlotte. Un nombre lindo. Uno que siempre le había gustado. Charlotte se merecía un hombre que la amara, no un alma en pena que se conformaría con ella.

Por otra parte, ¿era decisión suya? ¿No podía ella decidir por su cuenta en donde colocar sus afectos? No era como que su estado fuese una clase de secreto para ella, mental o físicamente.

Quizás de forma financiera. Intentó recordar, intentó reconstruir conversaciones ya borrosas con el paso del tiempo. ¿Sabía ella que él podía mantenerla? ¿Lo suponía sencillamente?

Finalmente, acuciado por sus pensamientos que daban vueltas, el aburrimiento y el hecho de que ya había pasado horas secuestrado en su dormitorio mientras estaba convaleciente como para durarle una vida entera, Will buscó la biblioteca. Ciertamente, la Enfermera Brookhouse a veces, podía encontrarse allí, pero no a menudo. Ella parecía disfrutar con la literatura pero no era una lectora empedernida.

Will entró en la habitación de tamaño moderado, con las paredes llenas de estantes, un poco pequeña a tenor de los lujos que tenía la casa. A veces retiraba un libro antes de volver a colocarlo en su sitio. De manera sorprendente, su pierna no le dolía. Todavía podía sentir cierta tensión en el hombro, donde le había atravesado una bala, pero no le molestaba moverlo. Quizás simplemente había sido la hora del día y no el precio de ver a Roslyn que había agravado sus heridas la noche anterior.

“Estás ahí,” declaró Cooper, entrando en la habitación y deteniéndose en el centro donde había varios sofás y sillones. “He estado esperando a que dieras señales de vida.” Miró a Will de arriba abajo. “¿La pierna bien? ¿El hombro?”

“Perfectamente,” dijo Will, deslizándolo el libro que había estado hojeando de vuelta a su sitio en la estantería. “¿Me has estado buscando?” “Esperando. Sabía donde estabas. Estaba preocupado por si no te encontrabas bien para salir de tu habitación.” Cooper se dejó caer encima de uno de los sofás. “Siéntate.”

Will se aproximó y se sentó enfrente de Cooper. “¿Y por qué me has estado esperando, pero no viniste a verme aunque sabías donde encontrarme?”

Cooper se frotó la barbilla. “Quería preguntar una cosa y quiero que la conversación vaya por mi lado.”

Will rió. “Eso es bastante sincero. ¿Qué quieres preguntar?”

“¿Cómo te encuentras?”

Will arrugó la frente. “¿No me preguntaste eso hace un momento?”

“Sí, pero quiero un informe completo.”

“¿De mí? ¿No de la Enfermera Brookhouse?”

“Lo que quiero saber es si sigues necesitando a Brookhouse,” dijo Cooper inclinándose hacia delante, su mirada evaluándole. “¿Necesitas ser vendado? ¿Limpiado? ¿Alimentado? ¿Algo de eso?”

Will alzó las cejas. “Nada de eso. Estoy bien curado.” Ladeó la cabeza a un lado. “¿Por qué? Estás pensando a despedir a la Enfermera Brookhouse?” ¿Debía permitirlo? ¿Fomentarlo? Eso parecía la escapatoria del cobarde y un pago pobre por sus cuidados. Ella debería poder quedarse hasta que Will lograra dar con una respuesta sincera por su halagadora oferta.

“Exactamente. Esa mujer tiene que irse.”

“Exactamente. Esa mujer se tiene que marchar.”

El tono duro de la voz de Cooper hizo que Will frunciera las cejas. “¿Qué quieres decir con que se tiene que marchar?”

“Irse. Partir. Dejar las dependencias. Marcharse.”

Will se mordió una respuesta rápida y clarificó, “¿Por qué se tiene que ir de repente?”

“Ya no lo puedo aguantar más. Solo he aguantado por ti.”

¿Estaba siendo Cooper aún más ininteligible de lo normal? Will no tenía ni idea de qué estaban hablando. “¿Aguantar el qué?”

“Sus avances. La mujer tiene las manos en la parte delantera de mi pantalón más que yo y mi ayudante de cámara juntos. No tengo problema en un revolcón con una enfermera, te digo. No estoy por encima de ello. Pero todo hombre sabe que no se lía uno en esa clase de lío en su propia casa, con una mujer viviendo a tu lado.” Cooper sacudió la cabeza su mirada especulativa. “Además, tiene esa mirada en los ojos.”

“¿Mirada en los ojos?” Repitió Will sin saber, intentando discernir las palabras de Cooper, “Ha... ha estado, ah, ¿intentado aprovecharse de tí?”

Cooper replicó. “William Raymond. Hijo de cura. Aprovecharse, desde luego. La mujer es como una lapa la mayoría de las noches, después de que te has acostado.”

Will sólo se podía quedar mirándole.

“Y tiene ese aire de problemas. No está haciéndolo por divertirse. Si lo fuera, puede que le hubiera hecho caso.” Cooper hizo una mueca. “No, está buscándose un bastardo mío. Una atadura. Me ve como un banco. No me cabe duda.”

Will se quedó mirándole. ¿Había alguna manera que Cooper estuviera equivocado?

“¿Qué te pasa?” le preguntó Cooper, dándose cuenta de la mirada de Will. “¿No me digas que has dejado que esa zorrita se haya metido en tus calzones? Supongo que no sería la primera vez que un hombre se acuesta con su enfermera ni sería la última, pero te advierto, esa mujer es un problema.”

“No.” Esa única sílaba salió en un graznido. Will carraspeó. “No, no me he, ah, acostado con mi enfermera, como dices tú. Estoy sencillamente teniendo dificultades con lo que estás diciendo.”

Cooper arrugó la frente. “¿Mi manera franca de hablar te ofende tanto? Hemos estado en la guerra juntos. Has oído cosas peores de hombres después de una noche en cualquier pueblo en dos continentes.”

“No, cómo lo dices,” Will aclaró. “Lo que estás dando a entender. Ella estaba en mi habitación cuando regresé anoche.”

“¿Oh? Cuéntame.”

A pesar de la mirada de Cooper de querer enterarse y cómo le repelía un poco, Will dijo, “ella estaba encendiendo velas y llevaba poca ropa.”

“Bastante guapa de ver en ese camisón, ¿verdad?”

“Pensé que habías dicho que no te liaste con ella.”

“No quiere decir que ella no intentó la misma táctica conmigo no pocos días después de que te trajera aquí.”

¿Unos pocos días más tarde? ¿Ella había intentado seducir a Cooper de buenas a primeras? ¿Quería decir eso que Will era unas sobras? ¿Un premio de consolación cuando ella no pudo conseguir el hijo de un vizconde? En sus entrañas sintió náuseas.

“No te lo tomes tan a pecho,” dijo Cooper. “Es natural que probara conmigo primero. Yo tengo más dinero.”

Will sacudió la cabeza. “Estaba bajo la impresión de que me tenía cariño. Que quiere una vida para nosotros.”

“¿No me digas que te has enamorado de ella? ¿Después de que tuve que aguantarte años gimiendo sobre tu prometida dulce, vas y te enamoras de una enfermera?”

“No, no enamorado.” Will hizo una mueca al oír la incertidumbre en su voz. “Sí que pensé, quizás, si Roslyn no me quisiera...” ¿Cómo podía haberse permitido siquiera semejante pensamiento? No conocía a la Enfermera Brookhouse. Para nada, por lo visto. Ella era sólo una cara bonita en su entorno. Él conocía a Roslyn. La amaba.

“Incluso si esa Srta. Ellsworth por la que suspiras no te acepta, yo no te dejaré lanzarte a la porra con la Enfermera Brookhouse,” dijo Cooper, un tono acerado en su voz. “La mujer es demasiado mercenaria para tí.”

“Creo que me tiene un afecto auténtico,” protestó Will, sintiendo que Cooper estaba siendo un poco injusto y posiblemente exagerando las atenciones de la Enfermera Brookhouse en su persona. A Cooper le gustaba contar cuentos después de todo y ser el mejor. La Enfermera Brookhouse ni siquiera estaba presente para defenderse.

La mirada de Cooper se ablandó hasta llegar a ser algo alarmanamente cercano a la pena. “Es culpa mía. Te dí ese dinero y no tuve la charla contigo.”

“¿La charla?” ¿De qué hablaba ahora?

Cooper asintió. “Mi padre me dio la charla cuando tenía doce años. La primera vez que me encontré encerrado en un armario con una criada, intentando aprender a ser un hombre.”

Will sintió un ramalazo de humor sardónico. “No creo que me haga falta esa clase de charla, gracias. Aparte de cualquier otra cosa, sí que crecí en el campo.”

Cooper soltó una carcajada. “Cielos hombre, no esa charla. La de las busconas como la Enfermera Brookhouse.”

“No hay razón por la de ser tan vulgar.”

Cooper barrió el aire con una mano, pasando de la protesta de Will. “Mira, te di una gran cantidad de dinero.”

“Soy consciente de ello,” dijo Will secamente.

“Bueno, los problemas acompañan eso.”

“¿Qué quieres decir?” Hasta la fecha, el único problema que Will veía con el dinero era cierta cantidad de culpa y vergüenza por aceptar lo que podría parecer un soborno a cualquiera que no entendía que Will no se habría ido de la boca con Cooper con o sin los fondos.

“Las mujeres quieren dinero. Es una verdad sencilla.”

“¿Perdón?”

“Las mujeres. Dinero. Ellas lo quieren.”

“Eso parece ser una declaración muy amplia.”

“Es una verdad. Necesitan dinero para sobrevivir, así que no me parece mal que lo quieran. Y,

¿la única manera de conseguirlo? Matrimonio.”

Roslyn le había querido incluso cuando él no había tenido casi dinero. “No todas las mujeres quieren casarse por esa razón.”

“¿Oh? ¿Por qué de alistaste? ¿Por gloria? ¿Una querencia por matar? ¿Servir a tu Rey?”

Él se había alistado para buscarse su fortuna lo mejor que pudiera. “Para darle a Roslyn una vida mejor,” reconoció.

“A través de dinero.”

Will alzó las manos. “Muy bien, pero también puedes decir que los hombres lo quieren también.”

“Claro. Todo el mundo lo quiere, pero como no eres de la acera de enfrente, estamos hablando de mujeres.”

Will parpadeó una vez y decidió ignorar ese comentario. “Digamos que yo concedo lo que dices. Las mujeres necesitan dinero. Yo sigo manteniendo que esa no es la razón por la cual se casan todas.”

“Ciertamente. Las que tienen suerte se casan por afecto, suponiendo que el hombre tiene suficiente dinero. Las que tienen mala suerte se casan porque se quedan preñadas cuando no debían. Algunas puede que se casen por terrenos, o seguridad o incluso conveniencia, pero eso vuelve a ser tema del dinero.”

“Bien. Concedo eso,” dijo Will, no enamorado del tema de conversación. “La Enfermera Brookhouse seguramente se ofreció a mi porque ella quiere seguridad que quiere decir dinero. Puede que nos haya escuchado hablando del dinero que me diste, o simplemente supone que tengo cierto capital por mi posición como amigo tuyo. Eso no quiere decir que no pueda sentir cariño por mí.”

“Esto no sólo atañe a la Enfermera Brookhouse. Ahora que tienes dinero, todas las mujeres son sospechosas.” Durante un momento, Cooper parecía más cansado de lo que Will le había visto nunca. “Ninguna de ellas se están fijando en tí ya. Ven tu dinero, o, si tienes suerte tú y tu dinero.”

“Haces que suene terrible.”

Cooper se encogió de hombros. “De cierta manera. Menos terrible, me atrevo a decir, que no tener dinero.” Se puso en pie y se fue hacia la cómoda.

“¿Qué he de hacer entonces?” Preguntó Will. ¿Era esta la razón por la cual Cooper no se había casado todavía? ¿Miedo de ser engañado a querer a una mujer que sólo quería su fortuna?

No sólo eso, se dio cuenta Will. Cooper era más que rico. También era Lord Christopher, heredero del Vizconde de Redtree. ¿Cómo podía saber un hombre si una mujer estaba mirando más allá de todo eso?

Cooper se sirvió un líquido oscuro en un vaso, seguramente coñac, bebió un trago y se giró hacia Will. “Lo que sugiero, mi querido Will, es que te asegures bien que tu Roslyn ya no te quiere antes de pasar página.” Asintió con la cabeza para enfatizar eso, su boca cerrada en una línea firme. “Porque por lo menos con ella, sabes que te quería antes de que yo te diera ese dinero.”

Si, lo había hecho y mucho. Will podía volver a ganarse ese amor. Sabía que lo podía hacer.

Cooper bebió otro trago. “¿Estamos de acuerdo?”

Dejando de pensar en Roslyn, Will le miró fijamente. “¿En qué?”

“Despedir a la Enfermera Brookhouse.”

“¿Te ha acosado verdaderamente?” Will no le preguntó si es que él había dicho eso sencillamente para demostrar que era mejor que Will. Pero por otro lado, Cooper había hablado

de sus avances hacia él antes de que Will hubiera mencionado lo sucedido la víspera, ¿no?

“Lo ha hecho. De manera muy tenaz.”

“No requiero más cuidados.” Will dejó escapar un suspiro, abandonando la idea de que si Roslyn ya no le quería, él tenía a alguien que si le quería. “No hay motivo por el cual mantenerla. Ella lo sabía cuando la contrataste, sabía que estaba aquí para trabajar de enfermera y que ese trabajo no sería eterno.”

Cooper asintió con la cabeza. “Por eso sus prisas de conseguir lo que quiere de mí o de tí.” Se acabó lo que quedaba de su bebida y dejó el vaso encima de la cómoda con un golpe seco. “Muy bien. Terminemos con ello. Ella está en la sala esmeralda, creo.”

Cooper salió de la biblioteca. Aunque se había dedicado toda la mañana a mantenerse escondido, Will no era un cobarde, así que consideró que era correcto seguir a Cooper.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Su carruaje se detuvo ante una casa urbana en una ubicación aún más elevada que la de Ellie, la fachada del edificio antigua y ornamentada. La puerta delantera, que era doble, brillaba en su lacado. Había linternas gigantescas colocadas en pilares de piedra en la base de las escaleras, que subían hasta donde había un segundo par de linternas aún más grandes a cada lado de la puerta.

“¿Will está viviendo aquí?” preguntó Roslyn con incredulidad. En los escalones en casa de Lady K, ¿no había dado a entender que resentía que su dote se había triplicado desde que ellos eran jóvenes? ¿Eran sus palabras una hipocresía o es que ella había malentendido?

“Esta es la casa londinense del Vizconde de Redtree,” confirmó Ellie. “Según todos los informes, el Sr. Raymond, como deberías dirigirte a él, vive aquí con Lord Christopher, el heredero del Vizconde.”

Fuera del carruaje, ligeros copos de nieve empezaron a caer. Bonitos pero se derretían en cuanto llegaban al suelo. Roslyn se alegró de llevar bonete. La nieve le encresparía el pelo en nada. Ella no quería aparecer delante de Will pareciendo un polluelo encrespado.

“¿Crees que realmente está allí dentro?” preguntó Francine algo asombrada.

“Eso es lo que dice Samuel,” contestó Ellie.

“Bueno, pues sabemos cómo enterarnos de eso,” declaró Roslyn abriendo la puerta del carruaje.

El mozo de carruajes de los Carmichael la ayudó a bajar, su mirada neutral. Roslyn mantuvo la mano en su brazo durante un momento, esperando que la mirara con una pregunta en la mirada.

“Gracias,” dijo ella. “Aprecio mucho que no permitiese al Sr. Raymond subirse al carruaje anoche. Habría sido muy inapropiado.”

Él agachó la cabeza. “De nada, señorita.”

Roslyn bajó la mano y él se volvió para ayudar a Francine a bajarse.

Subieron los escalones de granito, las tres pudiendo subir a la vez, Roslyn en el centro, Francine a la derecha y no necesitaron tirar de la campana, porque la puerta se abrió cuando pisaron el escalón superior. Un mayordomo de aspecto neutral se inclinó ante ellas en un saludo.

“¿Les puedo servir en algo?”

Aunque cualquiera de las otras mujeres tenía mayor derecho a hablar según las costumbres sociales, Roslyn hizo acopio de todo su valor y dijo, “Sí.” Deseando no sentirse como una gelatina por dentro, siguió diciéndole, “Por favor, dígame al Sr. Raymond que la Srta. Roslyn Ellsworth, la Srta. Raymond y la Sra. Carmichael desean hablar con él.”

Ellie estiró un brazo rígido con una tarjeta de visita.

El mayordomo, bien entrenado para no reaccionar de ninguna manera, tomó la tarjeta y entró con otra inclinación. “Por favor, pasen mientras averiguo si el Sr. Raymond está en casa.”

Entraron en una sala muy elegante con el techo ornamentado muy alto. El mayordomo cerró la puerta detrás de ellas, se volvió a inclinar una vez más y se alejó por un pasillo largo bien iluminado con cuadros en las paredes que Roslyn no podía apreciar desde donde estaba y había pequeñas mesitas con jarrones de flores caras de invernadero. O la ama de llaves se ocupaba de eso o Lord Christopher tenía un amor por lo botánico inusual.

Roslyn se desabrochó el bonete y se lo quitó de la cabeza, volviéndose para ver su reflejo en la

ventana al lado de la puerta para comprobar el estado de su cabello.

“¿Debes presumir?” preguntó Ellie, señalando el bonete de Roslyn con un gesto de la cabeza. “Puede que no nos reciba.”

Como respuesta, Roslyn empezó a quitarse los guantes. “Nos recibirá,” dijo ella con firmeza.

“No lo hará,” replicó una voz femenina.

Roslyn se giró para encontrarse con la mujer esbelta y bonita que había visto en el parque con Will, bajando por el pasillo. La enfermera de Will, había dicho él y las mujeres del hospital la habían llamado Enfermera Brookhouse, pero no parecía una enfermera. No llevaba delantal o cofia, sino un vestido poco modesto de color azul celeste que resaltaba sus ojos y su complexión cremosa. Se detuvo de inmediato en la entrada para fulminarla con la mirada.

Roslyn se metió los guantes en su bonete y se volvió para mirar de frente a la Enfermera Brookhouse. “Nos recibirá.”

Ella miró a Roslyn de arriba abajo. “Usted debe ser la Srta. Ellsworth. Obviamente la inteligencia no era una de las cualidades que Will vió en usted en su día porque no puedo ser más clara. No le verá. Me ha mandado para decírselo.”

Ellie hizo un aspaviento.

Desde el otro lado de Roslyn, Francine se retorció las manos diciendo, “Oh, pero debe vernos. Yo soy su hermana.”

“Y yo le repito, no lo hará.”

Roslyn sacudió la cabeza. Will había dicho específicamente que quería hablar con ella. Además, había algo raro aquí. El Will que Roslyn había conocido el hombre con el que había intercambiado cartas durante siete años, no mandaría a su nuevo amor a decirle a su viejo amor que se marchara. No importa cuanto hubiera cambiado Will, no se habría convertido en semejante cobarde.

Ella miró a la Enfermera Brookhouse a los ojos y le dijo, “No la creo.”

“¿Perdón?”

“Ahora, ¿quién es la que no entiende?” preguntó Roslyn dando un paso hacia delante. “Déjeme ser más clara. Tengo la sensación de que nos está mintiendo. Will nunca la mandaría a usted para decirnos que nos vayamos.”

La Enfermera Brookhouse alzó la barbilla. “¿No le ha visto en cuantos años? Mientras que yo llevo viviendo aquí con él desde hace semanas. Me atrevo a decirle que sé lo que hará y lo que no.” Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. “Nos hemos conocido bastante bien después de todo. Muy cercanos.”

Una extraña sensación fluyó en Roslyn. Algo que nunca había sentido antes. Un hormigueo que empezaba en sus entrañas y se difuminaba por su torso. Fluía por sus brazos, haciéndola sentir cada vez más incómoda y ella supo, de manera instintiva, que la única manera de contrarrestarla era cerrar los puños y darle un puñetazo a esta mujer.

La Enfermera Brookhouse dio un paso hacia atrás, su mirada huidiza. “Ahora, atégase, no haga que tenga que llamar a los lacayos para que la echen.”

Roslyn dio otro paso hacia delante. “Nos verá.”

Tragando, la Enfermera Brookhouse dio otro paso hacia atrás por el pasillo. “Insisto en que se marchen ahora mismo.”

“No.”

En los ojos de la Enfermera Brookhouse había ira. Se enderezó. “No quería ser quién le diga esto, pero el Sr. Raymond y yo estamos prometidos.”

Eso debería haberle dolido, pero las palabras no podían atravesar la ira de Roslyn. Un gruñido

empezó en lo más profundo de su garganta.

“Contengan a su acompañante,” dijo la Enfermera Brookhouse mirando más allá de Roslyn.

Ellie y Francine dieron un paso hacia delante colocándose a cada lado de Roslyn. Ellie le tocó en el brazo y le susurró, “¿Estás bien?”

Roslyn asintió, todavía fulminando a la Enfermera Brookhouse con la mirada.

Francine se llevó las manos a las caderas y la fulminó con la mirada al lado de Roslyn. “Incluso aunque mi hermano la haya mandado aquí para decirnos que nos vayamos, no nos marchamos. Vaya y dígame que tiene que venir aquí para vernos o nos quedamos.”

La Enfermera Brookhouse alzó la barbilla de nuevo y dijo. “No soy nadie a quién puedas dar órdenes. Yo solo tengo esa deferencia con mi prometido. Will.”

“Mientes,” replicó Francine. Miró a Roslyn. “Está mintiendo. Tiene que estar haciéndolo.”

“Lo sé,” murmuró Roslyn, intentando dominar la ira que le embargaba. Siempre había sido una persona tranquila. Serena. Una persona calmante y callada. Nunca había sentido nada como la ira que ahora la sobrecogía. Le hizo falta toda su fuerza de voluntad no saltar encima de la mujer que tenía delante y molerla a golpes. Y lo podría hacer. Si la sobreabundancia de curvas servía para algo, sería para derribar a esta enfermera escuálida que afirmaba ser la prometida de Will.

“¿Estás segura de que estás bien?” preguntó Ellie. “Das... miedo.”⁴

“¿Pedir a quién echar?” sonó una voz alegre por el pasillo.

“Parece estar loca y le pido que la eche de inmediato,” exclamó la Enfermera Brookhouse dando otro paso atrás.

“¿Rosly?” Exclamó la voz de baritone de Will. “¿Francine? Señorita... Sra. Carmichael?”

Roslyn retiró la mirada de su enemiga para ver a Will bajando por el pasillo. Con su vista periférica, constató que con él venía el mayordomo y un hombre alto, ancho de espaldas y con pelo rubio que ella recordaba vagamente haber visto en el parque y quizás había estado en el baile y él sólo podía ser Lord Christopher.

Ella apenas se fijó en ellos, su mirada puesta en Will. Él le sonrió y su ira desapareció.

“¿Qué sucede aquí?” Preguntó Lord Christopher. “¿Enfermera Brookhouse, qué hace en el pasillo con nuestras invitadas?” Se detuvo al lado de ella.

Will les rebasó a los dos, sin detenerse hasta quedar directamente delante de Roslyn.

“Ella dice que la mandaste a decirnos que nos fuéramos,” dijo Roslyn de repente encontrando un poco de aire para poder hablar.

“Yo nunca mandaré a nadie para decirte que te fueras.” Se quedó parado con los brazos a sus costados, pero Roslyn tenía una clara impresión de que él deseaba tenerlos entorno a ella.

“Es la Enfermera Brookhouse la que tiene que marcharse,” dijo Lord Christopher.

“¿Qué?” dijo la Enfermera Brookhouse con un aspaviento.

“Will ya está curado. Ya no se necesitan sus servicios y todo eso. Se le pagará el mes completo.”

“¿Pagarme el mes?” Ella se abalanzó hacia Will y le agarró del brazo. “Will, no puedes querer que me vaya. No después de lo que compartimos anoche.”

Roslyn sintió dolor en su cuerpo de los pies a la cabeza. Ellie le agarró del brazo.

Will se volvió hacia la Enfermera Brookhouse. “Me hizo una oferta muy halagadora anoche, pero como recordará, yo la decliné.”

“Me besaste. Dijiste que nos considerarías.”

Roslyn se quedó mirando fijamente a Will, intentando discernir la verdad de esas palabras en su rostro.

“Dijo que yo debería considerarnos, en lugar de permitir que yo la rechazase,” dijo él con suavidad. “Esté segura de ello, yo declino.”

“Pero nos besamos,” ella repitió con desesperación.

“A usted la han besado bastante antes, diría yo, Enfermera Brookhouse,” dijo Lord Christopher.

La Enfermera Brookhouse se giró para mirarle, su cuerpo temblando de la ira. “Y tú.” Ella le señaló con el dedo. “No creas que no sé lo que hizo. La razón por la cual le diste al Sr. Raymond cinco mil libras.”

¿Cinco mil libras? Will tenía cinco mil libras. Pero eso quería decir que no había nada interponiéndose entre ellos dos para estar juntos. No es que Roslyn hubiera pensado que necesitaban más, aún cuando ella sólo había tenido una dote de quinientos. Will era el que le había querido pedir su mano con más dinero a su nombre que el que ella tenía al suyo.

Con una mirada amenazante, la Enfermera Brookhouse avanzó hacia Lord Christopher. Con un dedo levantado, ella abrió la boca para hablar.

“Elija sus próximas palabras con cuidado, querida,” dijo Lord Christopher.

“No entiendo nada de esto,” exclamó Francine. “¿Will, por qué no contestaste ninguna de nuestras cartas? ¿Por qué tienes cinco mil libras? ¿Por qué vives en esta casa con un Lord?”

“¿Y, de verdad la besaste?” Exigió saber Ellie.

Roslyn hizo una mueca de dolor. No sabía si realmente quería escuchar la respuesta a esa pregunta.

“¿Contestar vuestras cartas?” preguntó Will, sus cejas subiendo. “Escribí una y otra vez, aunque sólo recibí una carta vuestra, la que me esperaba cuando llegó, diciendo... diciendo que las Srtas. Ellsworth mandaban sus saludos.” Se volvió hacia Roslyn. “No he recibido nada de ti. Ni una palabra.”

“Pero escribimos,” dijo Roslyn. “Fuimos al hospital y allí nos dijeron que tu correo había sido recogido. Allí sólo tenían las cartas más recientes que escribimos.”

Will la miró confundido. “Pero yo pensé... Francine le había escrito a la Enfermera Brookhouse para decirle que no habría más cartas, así que no fui a buscarlas.”

“¿No más cartas?” Francine sacudió la cabeza. “¿Por qué le escribiría a tu enfermera para decirle eso?”

“Porque Roslyn ya no...” Will tragó de manera convulsiva. “Porque Roslyn ya no me quería y tú no deseabas decirme eso mientras estaba enfermo.”

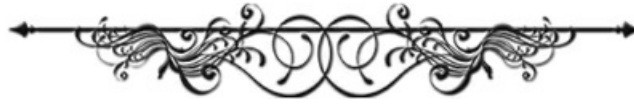
Roslyn hizo un aspavento, herida hasta la médula por el dolor retratado en el rostro de Will. “Will, siempre te he amado. Vine a Londres a buscarte.”

“Y lo hizo,” agregó Ellie. “En el parque con esa mujer, a la que besaste anoche.”

El tono de Ellie era enojado, pero Roslyn estaba empezando a entender. Miró más allá de Will para fulminar a la Enfermera Brookhouse con la mirada. “¿Qué hiciste con nuestras cartas?”

La Enfermera Brookhouse con Lord Christopher a su lado, miró por la entrada. Sus mejillas pálidas estaban encendidas y sus dientes apretados en una mueca feral. Sus ojos estrechos e iracundos, la mirada puesta en Will.

CAPÍTULO DIECISIETE



“Yo le ofrecí la manera más agradable de comprar mi silencio,” la Enfermera Brookhouse le espetó a Will.

Él sacudió la cabeza, completamente confundido. ¿Estaba Roslyn en lo correcto? ¿Había tomado la Enfermera Brookhouse las cartas de ella y Francine cuando llegaban al hospital y guardárselas? ¿Y todas esas que él le había dictado y luego... recordó que ella se había ofrecido a poner la dirección y enviarlas e hizo una mueca de dolor.

“Y tú.” La Enfermera Brookhouse señaló a Roslyn. “Tú eres una heredera. Tienes dinero propio. ¿Para qué necesitas un marido adinerado como Will? Yo le hice volver a la salud. Será mío.”

Will la miró fijamente, horrorizado de ver una mujer que él había pensado bondadosa y caritativa gritando como una arpía.

“Yo le habría cuidado hasta que se curare si le hubiera podido encontrar,” le espetó Roslyn.

Más inquietante todavía era la ira de Roslyn. En toda su juventud, ni una vez había visto a Roslyn enojada. No había pensado que podía enojarse.

“¿Reconoce guardarse cartas de Will?” Lord Christopher le preguntó a la Enfermera Brookhouse.

“No te metas en esto, Lord Christopher, el héroe.” La voz de la Enfermera Brookhouse goteaba veneno. “Yo te buscaré una ruina.”

Ella lo sabía todo, se dio cuenta Will. La Enfermera Brookhouse les había estado escuchando y sabía lo de la carga de la colina y lo de la fortuna que Cooper le había dado. Ella sabía y de manera deliberada había intentado mantenerle a él y a Roslyn separados para poder casarse con él. Will se habría sentido halagado si tuviera cualquier pensamiento acerca de las aspiraciones de la Enfermera Brookhouse en querer ser su esposa por cualquier motivo menos la avaricia.

“¿Buscarme una ruina?” dijo Cooper de manera amigable. “Lo dudo mucho.”

La Enfermera Brookhouse se giró hacia él de nuevo, apuntándole con un dedo en el pecho, afeada con los rasgos retorcidos del despecho. El mayordomo fiel detrás de Cooper, se enderezó con indignación.

“Yo.” La Enfermera Brookhouse le señaló con el dedo. “Lo sé.” Volvió a apuntarle. “Todo.”

Cooper bajó la vista mirando su dedo y se encogió de hombros. “No puedo imaginarme de qué está hablando. ¿Will?” Miró a Will, una ceja levantada.

Will sintió el peso de las miradas en él. Especialmente las de su hermana y Roslyn. Había dado su palabra. Sacudió la cabeza.

“Sabes lo que sucedió en esa colina, William Raymond,” chilló la Enfermera Brookhouse. “Eres demasiado bueno para negarlo para siempre.”

Con la voz muy suave, Will dijo, “recibí un terrible golpe en la cabeza. Todo el mundo sabe que eso puede hacer que uno pierda la memoria.”

La cara de la Enfermera Brookhouse ahora registraba suficiencia combinada con ira. “No todo el mundo allí recibió un golpe en la cabeza ese día y yo hice gestiones. Le llevaron al lugar de los heridos vistiendo el abrigo de Lord Christopher.”

“¿Un hombre no puede usar su abrigo para contener las heridas de su amigo?” preguntó

Cooper.

“Sabe que eso no es lo que pasó,” dijo la Enfermera Brookhouse.

“De hecho, sé precisamente qué paso,” contestó Cooper. “Yo estuve allí, si no recuerda mal. Usted no.” La miró de arriba abajo, su mirada mordaz. “¿Entonces, por qué iba a alguien elegir crearla?”

“Porque iré a cada periódico en Londres,” dijo ella.

“La difamación de carácter es un crimen,” dijo Cooper. “Incluso aunque no lo fuera, robar cartas también lo es. Una clase de crimen que puede lograr que la deporten, si me pregunta.”

La Enfermera Brookhouse palideció. “Inténtelo y le arruino,” repitió ella pero con menos convicción.

La mirada de Cooper se volvió condescendiente. “Mi querida chica, mi padre es un Vizconde. Todo lo que va a conseguir es irritarme a mí y a él, y buscarse un gran problema.” Miró a su alrededor en la entrada. “Will, con todo el deseo que tengo de sentir el honor de conocer a estas bellas damas, creo que la Enfermera Brookhouse y yo debemos retirarnos a mi despacho para hablar de las condiciones de su despedida.” Se volvió hacia el mayordomo que aguardaba. “Haga que el té sea servido en la sala pavo real para el Sr. Raymond y sus invitadas.” Cooper se inclinó. “Me uniré a ustedes cuando pueda.” Se llevó a la Enfermera Brookhouse del codo y la alejó a pesar de sus palabras rabiosas.

El mayordomo también desapareció, dejando a Will de pie en la entrada con tres mujeres que había conocido toda su vida.

Francine le abrazó. “Oh, Will. A veces pensé que nunca volverías a casa.”

Él abrazó a su hermana, ahora una mujer hecha y derecha. Ella había sido una niña de trece años cuando él se marchó. “Fíjate.” Las lágrimas se atragantaban en su garganta con tanta fuerza que casi no podía hablar. “Eres igualita a nuestra madre.”

“Sabía que tenía que haber una razón. Sabía que no volverías después de todos estos años e ignorarnos,” dijo su hermana.

Will la abrazó con fuerza otra vez antes de soltarla. “¿Está Padre bien?”

Ella sonrió aunque las lágrimas rodaban por sus mejillas. “Lo está. Está trabajando en sus sermones de Navidad.”

Algunas cosas no cambiaban, ni en siete años. El padre de ellos pensaba en poco aparte de su rebaño de almas.”

“Me mandó a Londres a traerte a casa,” agregó Francine deprisa. “Está muy contento de que hayas vuelto.”

Will asintió con la cabeza, caldeado por las atenciones de ella en lugar de sus palabras. No le importaba la falta de atención de su padre. Lo contrario sería más alarmante.

Luego se volvió hacia la Sra. Carmichael, que había crecido de ser una chica de catorce años hasta convertirse en una mujer de aspecto agradable aunque demasiado menuda. “¿Puedo tomarme la oportunidad de ofrecerle mis cordiales afectos por su unión, Sra. Carmichael?”

Ella le miró de arriba abajo, evaluándole. “Puede hacerlo, Sr. Raymond, y, ¿puedo hacer una pregunta?”

“Desde luego.”

“¿Dónde está la sala pavo real?”

Will parpadeó mientras organizaba sus pensamientos. Esa no era ninguna de las preguntas que se esperaba. “Está... ah, por ese pasillo, luego a la izquierda después de girar y luego cualquiera de las tres primeras puertas. Es una habitación bastante grande.”

La Sra. Carmichael tomó a Francine del brazo. “Veamos si podemos encontrar este salón tan

apreciado.”

“¿Y dejarles solos?” preguntó Francine en voz baja como si Will no la pudiera oír.

La Sra. Carmichael asintió con la cabeza. “Pero si no se reúnen con nosotras en, oh, cinco minutos, tendremos que suponer que se han perdido en esta casa gigantesca y venir a buscarles.”

“Si crees que debemos hacerlo,” dijo Francine, mirando a Will con preocupación.

“Si lo creo.” La Sra. Carmichael instó a la hermana de Will a bajar por el pasillo con ella y agregó, “Además, se trata de Roslyn. Qué problemas crees que es capaz de tener.”

Will hubiera besado a la Sra. Carmichael por esta oportunidad para hablar con Roslyn a solas, pero había alguien que quisiera besar mucho más. Se volvió hacia Roslyn para verla con un rubor en las mejillas y su mente fue de inmediato a la pregunta frívola de su hermana. Sabía precisamente hasta qué punto Roslyn Leigh Ellsworth estaba dispuesta a buscarse un problema con él y la amaba precisamente por eso. Algunas veces, en el año en que la había dejado, sólo le había sostenido el recuerdo de Roslyn.

“¿Te reúnes conmigo en el salón rosa que es un poco menos grandioso?” preguntó él con suavidad señalando a una puerta varios metros detrás de él.

Ella asintió, las mejillas todavía sonrosadas, pero la mirada titubeante. Will le colocó una mano en la espalda mientras caminaban hacia el salón, necesitando tocarla. Intentó no dejar que sus dedos se movieran en un acto reflejo ante el rayo de júbilo que sentía al tocarla.

Él les guió lejos de la puerta abierta hacia un lugar sin objetos ante un gran harpa. A su alrededor, el salón era digno de su nombre desde las rosas gigantes de la alfombra hasta las igualmente grandes rosas crema que se dibujaban en la parte superior de las paredes, por encima de paneles de palisandro y un arriero hecho de rosas talladas. El mármol rosa rodeaba la chimenea, las rosas esculpidas allí eran más bien capullos y viñas excepto en las esquinas. Por el bien de su salud mental, Will intentó ignorar la tapicería estridente, bordeada en dorado y con temática de rosas.

Roslyn miró a su alrededor. “Alguien se tomó el motivo decorativo muy en serio.” Ella señaló un jarrón lleno de rosas de invernadero. “¿Siempre tienen flores cortadas aquí dentro?”

Will estudió la cara de ella, tan familiar, tan anhelada. Esos preciosos ojos verdes rodeados con pestañas oscuras. Sus pómulos altos, más dramáticos ahora que en su juventud, Esa boca suave, en un arco de Cupido perfecto. “No sé. Evito entrar aquí.”

“Oh.” Ella alzó la mirada para ver la de él. “Eso tiene sentido. No puedo imaginarte en esta habitación.”

Él le acarició una mejilla. “Yo puedo imaginarte aquí. Te imagino en todas partes.”

“¿De verdad besaste a esa terrible mujer?”

Will asintió. “Lo hice.”

“¿Y bien?”

“Y luego la dejé de besar porque no eras tú.”

Ella consideró eso. “¿Y si yo te dijera que había besado a otro caballero?”

“Yo te preguntaría si significaba algo para tí,” dijo él con toda la ecuanimidad que pudo, esperando que ella estuviera intentado aclarar algo, en lugar de atormentarle, o peor aún, intentando decirle algo.

“Bueno, pues no he estado besando a otros caballeros, ni mirándoles siquiera.” La voz de ella tembló. “Solo he estado soñando contigo.”

“Y yo contigo, durante años y años. Solo tú.” La piel de ella era tan suave y cálida.

Ella se inclinó hacia él. “¿De verdad pensaste que yo había dejado de quererte?”

Will se encogió de hombros, su mirada recorriendo los labios de ella. “No escribiste. Francine

no escribió.” Él colocó un dedo en los labios de ella cuando estuvo a punto de hablar.

“Sí, ahora sé que lo hiciste y me disculpo. Permití que el miedo y la duda me llevaran a creer que querías más de lo que yo tengo para ofrecerte.”

“Pero tienes cinco mil libras.”

“¿Y si no los tuviera?”

“¿Cómo puedes preguntarlo siquiera?”

“Porque estoy pensando en devolverlos.” Si Cooper se lo permitía.

Roslyn se encogió de hombros. “Lo que te haga más feliz.”

¿Qué otra mujer diría eso de cinco mil libras? “Te amo, Roslyn.” Más que a nada. Tanto era así que apenas podía respirar, de pie tan cerca de ella. No quería volver a estar sin ella nunca más.

“Lo siento tanto,” dijo ella sacudiendo la cabeza. “No sé lo que me entró cuando te vi montando con otra en el parque. Nunca me sentí tan enfadada como lo he estado por la idea de esa mujer estando contigo.”

“Entiendo. Si yo te hubiera visto con otro caballero, yo también me habría enfurecido.”

Ella sacudió la cabeza de nuevo, esos preciosos cabellos negros de seda deslizándose por sus hombros. “Pero estaba tan enojada que no podía pensar correctamente. Si sólo hubiera estado más sensata en el baile. Debí haberte escuchado. Y hoy, pienso que realmente le habría podido golpear a la Enfermera Brookhouse si tú y Lord Christopher no hubiérais llegado. Quería hacerlo.”

Will la miró fijamente. “Pero no lo hiciste, y ¿no te habrás vuelto propenso a, bueno, ataques de ira, verdad?” Él retiró un rizo de la mejilla de ella. “Eres la persona más razonable que conozco.”

“Siempre lo intento. Lo soy.” Ella miró la cara de él. “Lo soy, al menos, hasta que se trata de otra mujer intentando arrebatarle de mi lado.”

“Nadie me podría arrebatar de tu lado.” Will se arrodilló en ese mar de rosas gigantes. Tomó las manos de Roslyn. “Sé que te lo pregunté hace años. Sé que ya dijiste que sí. Pero para algo tan importante como nuestra vida juntos, esto merece ser repetido. Roslyn Leigh Ellsworth, yo te amo más de lo que sabía que un hombre pudiera amar. En este mundo, con toda su guerra, destrucción y tumult, tú me sostienes. No puedo, no quiero imaginarme ninguna vida que no te incluya. ¿Te casarías conmigo?”

Ella se puso de rodillas en un mar de faldas color crema que borran el caos de esa habitación. “Will, no he querido otra cosa desde que tengo uso de memoria. Sí. Con todo mi corazón y mi alma. Seré tuya, siempre.”

“Oh, qué bonito,” sollozó una voz femenina.

Will alzó la cabeza repentinamente, a centímetros de besar a Roslyn, para ver su hermana y la de él paradas en el umbral. La Sra. Carmichael que había hablado, tenía un pañuelo en la mano y se secaba las lágrimas.

Francine le sonrió y se encogió de hombros. “Han pasado más de cinco minutos y vuestro té se está enfriando.”

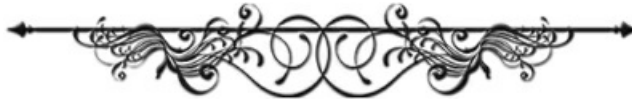
Will se puso en pie por primera vez dándose cuenta que ninguna de sus lesiones le dolían, no en el amor de Roslyn y le tendió una mano. La ayudó a incorporarse, la batalla de no abrazarla y besarla tan difícil como cualquier batalla peninsular o Africana. Carraspeó, intentando encontrar su voz para poder hablar.

“Creo que deberíamos tomar el té,” dijo Roslyn, nuevamente el bastión de la calma que él había conocido en su juventud.

Will le tendió un brazo, disfrutando del tacto de ella agarrándole con el suyo. “Sí. Hagámoslo.”

Siguieron a su hermana y a la Sra. Carmichael fuera de la habitación.

EPÍLOGO



Roslyn permaneció en el pasillo fuera del salón sur de la casa de campo de Sus Excelencias. Alrededor de ella había guirnaldas de muérdago y pino. Había lazos formando cintas de colores y lazos ornamentales. Ramilletes de bayas rojas mojadas en cera para conservarlas mejor, añadían destellos de color a los tonos de verde intenso. En cada umbral que daba a la sala llena de velas, una bola de lazos con muérdago colgaba.

Se escuchó música de piano y Roslyn tenía que reconocer que de alguna manera, el amor del Sr. Carmichael hacía que Ellie tocara mejor que nunca. También había risas llenando la habitación, la música alegre y sin exigir una atención silenciosa. Casi todas las personas que Roslyn amaba estaban imbuidos de la alegría navideña que había en el salón sur de la casa de Sus Excelencias.

Además de Ellie y su nuevo marido, estaban los padres de Roslyn y Marie. Y claro, sus anfitriones, una Lizzy May en estado muy avanzado de gestación y su marido el Duque de Aspen. Para sorpresa de Roslyn, la Duquesa Viuda de Aspen también asistía a las festividades. Su hijo la miraba con el ceño fruncido de vez en cuando, pero Ellie parecía muy encariñada con la mujer de mirada adusta.

Roslyn volvió a la entrada, sin desear entrar en el salón lleno de luz y risa sin la persona que más anhelaba. Después de la reunión de ellos en Londres, Will había regresado a casa con Francine para ver a su padre y convencerle de que, por esta vez, podía permitirse unos pocos días lejos de su parroquia en las fechas justo antes de Navidad. Los tres iban a llegar esa noche para celebrar el compromiso de matrimonio entre Roslyn y Will.

Sonó un golpe en la puerta y Roslyn se fue corriendo al centro de la sala de entrada, mientras el mayordomo del Duque abría la puerta. Francine y el Sr. Raymond estaban de pie fuera, Will detrás de los dos, sacudiéndose la nieve del abrigo. Les rodeaban grandes copos de nieve que reflejaban la luz amarilla de las linternas en el porche.

“Will,” exclamó Roslyn con alegría

Él dejó de sacudirse el abrigo para sonreírle. “Roslyn.”

El padre de Will estaba fuera de la puerta mirando mientras parpadeaba rápidamente. Francine, que le tenía del brazo, le instó a entrar.

Roslyn avanzó para animarle ella también. “Por favor, Sr. Raymond, pase.”

“Nunca he estado dentro de la casa de un duque,” murmuró él mientras Roslyn le agarraba del otro brazo, casi arrastrándole para dentro con la ayuda de Francine. Roslyn miró más allá de ellos a Will. “Está nevando,” dijo ella de repente.

“Ciertamente. ¿Te gustaría salir para verlo?”

Decidiendo que podría ser frívola por una vez y arruinar un par de zapatillas, Roslyn asintió con la cabeza.

“Dádme un momento para que acomode a Papá y me uno a vosotros, dijo Francine.

“No hay necesidad de ello,” Will le dijo a su hermana, tendiendo una mano enguantada hacia Roslyn. “Sólo vamos a estar un momento. Tú ocúpate de Padre y los demás.”

Ignorando la mirada de Francine, Roslyn tomó la mano de Will y le dejó guiarla afuera en la noche Nevada. El carruaje ya había desaparecido detrás de la mansión, dejando huellas en los

copos de nieve que caían con rapidez. Detrás de ellos, la puerta se cerró.

“Pronto tendrás frío,” dijo Will quitándose el abrigo. “Toma.” Él se lo colocó, pesado y cálido con el olor a él, entorno a los hombros de Roslyn.

Ella le miró de reojo, sin sentir ni el más mínimo frío con Will a su lado. “Gracias.”

Él le tendió un brazo y ella lo tomó. Sin destino aparente, él les guió por un sendero que iba a lo largo de la fachada de la gran casa. Con grandes copos de nieve cayendo entorno a ellos, caminaron de rectángulo a rectángulo de luz de velas, cada uno delineado por una miríada de triángulos por los paños de forma de diamante de las ventanas a través de los cuales brillaba la luz.

“¿A dónde vamos?” preguntó ella mientras seguían caminando al lado del edificio de piedra antiguo.

“A ningún lugar en concreto.”

“Sin embargo, parece que caminamos bastante aprisa.”

“Porque hace frío y porque el lugar de ninguna parte en concreto que yo busco es cualquier sitio que mi hermana o cualquiera de las tuyas no nos puedan encontrar.”

Divertida, Roslyn le preguntó, “Y, ¿eso por qué?”

“Eso, mi querida Roslyn, es porque he estado esperando siete años para besarte y la oportunidad de hacerlo todavía no ha surgido desde que he regresado a casa.”

Roslyn no tenía ni idea de por qué Will pensaba que podía hacer frío. Ella ciertamente no tenía. Subía suficiente calor por su cuello y en las mejillas para caldearle a los dos.

“La Enfermera Brookhouse ha aceptado la oferta de Cooper,” agregó.

Eso añadió calor al que ya sentía Roslyn pero de manera diferente. Una vez que hubieron comparado relatos en detalle, se había vuelto cada vez más obvio hasta qué punto la Enfermera Brookhouse había trabajado para mantenerles separados para poder quedarse con Will. “¿Su oferta de aprovisionarla con fondos y el viaje para que pueda reubicarse en Canadá?”

“Sí.”

“Bien.”

Will la miró. “Nunca pensé que vería el día en que tú mostraras ira.”

Ella respiró hondo una bocanada de aire frío de invierno. “Lo siento, pero esa mujer tenía intenciones para contigo... yo... yo me enfurezco al pensarlo.”

“Oh, a mi no me importa.”

Roslyn le volvió a mirar, sorprendida, y vio su sonrisa. “¿No?” Su manera calmada de ser era algo por lo que había sido alabada desde siempre y era algo de lo que ella se enorgullecía.

“No estoy diciendo que me gustaría que te enojaras con frecuencia, pero no puedo dejar de sentirme halagado. Nunca pensé que tu pasión por mí fuese tan profunda.”

Aturdida, Roslyn se paró.

Will se giró para mirarla, las cejas alzadas de manera interrogante. “¿Qué he dicho?”

“¿Nunca pensaste que mi pasión por tí fuese tan profunda?” repitió ella con incredulidad.

“Bueno, es decir...” él titubeó. “Quiero decir, cuando éramos más jóvenes, tú nunca te enojaste conmigo. En tus cartas, ni una vez has dicho nada malo de nadie. Nunca te has agitado ni enfadado o...” Él alzó las manos. “Lo dije como un cumplido.”

“Dejemos una cosa clara, aquí y ahora,” dijo Roslyn con calma. “Sencillamente porque no elija ser volátil con mis emociones no significa que no las tenga, y mi pasión por tí me atraviesa de parte a parte. Eso es algo de lo que nunca debes dudar.”

Él tomó la mano de ella y se la llevó a los labios. “No lo dudo. Perdóname.”

“No hay de qué. Sencillamente recomiendo que conserves en mente ese hecho.”

“Oh, lo haré,” dijo él. Miró por encima del hombro a la fila de ventanas, luego a la esquina de la mansión. “Este lugar es interminable. ¿Hay un jardín en alguna parte?”

“Hay un templete por ese sendero de allí,” dijo Roslyn señalando con su mano libre y sintiéndose repentinamente sin aliento. “El camino que lleva a esos pinos.” Él realmente tenía intención de llevársela a alguna parte y besarla. Los dedos de sus pies se encogieron en sus zapatillas, incluso sus pies ya húmedos sin sentir frío.

“Un templete suena ideal.” Todavía agarrándola de la mano, empezó a caminar de nuevo. “Especialmente uno a través de un grupo de pinos.”

Las mejillas de Roslyn estaban ardiendo y ni siquiera habían avanzado por el camino que les llevaría al templete todavía. Ella buscó otro tema, para evitar los rubores que se podrían ver desde la casa. Lo último que quería era que alguien viniera aprisa a buscarles. ¿Lord Christopher pasará la Navidad en Londres solo?”

“Es difícil de saber. Yo le invité a que se uniera con nosotros.” Will le apretó la mano y entraron en la oscuridad bajo los árboles, el sendero entre los pinos estrecho. “Siento que tengamos que irnos mañana. Hubiera deseado pasar mi primera Navidad en casa contigo.”

Roslyn también deseó eso, pero el padre de Will no podía ausentarse durante Navidad, siendo el cura, y él y Francine habían echado de menos a Will también. Ellos deberían tener esta Navidad juntos en familia después de tantos años. “Tenemos unas Navidades de por vida por delante.”

Will le apretó la mano de nuevo.

“¿Aceptó Lord Christopher el dinero devuelto?” Preguntó Roslyn cuando el templete apareció ante ellos, brillante bajo la luz de la luna con la nieve.

“No ha querido saber ni palabra de ello.”

Will la guió dentro del templete. Una vez que estuvieron de pie bajo el tejado de pizarra puntiagudo de la pequeña estructura ornamental, él la soltó para quitarse los guantes mientras la nieve seguía cayendo, los copos cada vez más grandes. Todo lo que Roslyn podía ver de la casa era el brillo de tantas ventanas y el tejado de pizarra asomando por encima de los pinos, un color gris más claro frente al cielo bañado por la luna. El olor de esos pinos insuflaba el aire a su alrededor, además del olor crujiente de nieve. El único sonido que les llegaba era el de su propia respiración, aunque el corazón de Roslyn martilleaba con tanta fuerza, que se imaginaba que Will también lo podría oír.

“¿Me vas a contar algún día lo que pasó en esa colina?” preguntó ella.

“¿La colina de la que no me acuerdo?”

“Esa misma.”

Will sacudió la cabeza. “Si fuese a contárselo a alguien, sería a ti, pero he hecho un juramento. Es algo entre Cooper y yo.”

Roslyn se giró dejando de mirar la vista de los árboles, tejado y nieve. Descansó levemente las manos en el pecho de la chaqueta de Will y le sonrió, estudiándole la cara. “¿Quieres saber lo que yo creo que pasó?”

“No estoy seguro de querer saberlo.”

“Creo, William, que a pesar de mis peticiones reiteradas, antes de que te fueras y por escrito, fuiste y casi te matan. Creo que estabas siendo un héroe.”

Él sacudió la cabeza. “No veo cómo puede ser. Creo recordar prometerte que no haría eso.”

“Yo también lo recuerdo. Especialmente la parte de tí asegurándote que no te matarían.”

Él la rodeó con los brazos, metiéndolas bajo el abrigo que le colgaba de los hombros. Deslizó las manos cálidas por la espalda de ella. “Postulo que he cumplido mi promesa.”

Ella rodeó el cuello de él con los brazos. “Tengo suficientes pruebas de ello, aunque...” Ella frunció las cejas.

“¿Aunque?”

“Bueno, creo que hará falta un beso para convencerme del todo.”

“¿Un beso? ¿No la evidencia ante tus ojos o rodeado por tus brazos?”

Roslyn sonrió. “Sí disfruto de la evidencia, como dices tú pero insisto en que un beso es la única manera por la cual hacerme creer de verdad que tú...”

La boca de él tapó la de ella, cortando las palabras de ella. Sus labios acariciaban, cálidos y firmes con sabor de galletas especiadas y amor. Roslyn no pudo recordar lo que ella había estado diciendo. Sólo podía hundir los dedos en el cabello de Will y aferrarse a él, cada centímetro de su piel ardiendo con el beso de él.

“¿Roslyn?” sonó una voz en la distancia, y Roslyn hizo intentos por entender si la habían llamado antes.

“¿Will?” sonó otra.

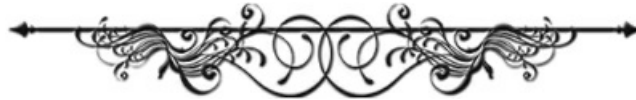
Ellie y Francine.

Will levantó la cabeza ligeramente, sólo para poder mirarle a Roslyn a los ojos. “Te dije que nuestras hermanas vendrían a buscarnos.”

“¿Debemos irnos?” dijo ella con un hálito de voz, los brazos rodeándole con fuerza.

“Hemos esperado siete años para esto. Ellos pueden seguir buscando un poco más.”

Completamente de acuerdo con eso, Roslyn tiró de la cabeza de Will hacia abajo para poder besarle.



Espero que hayas disfrutado del final feliz de Roslyn, y sé que no puedes esperar a descubrir como Marie finalmente encuentra el amor, así que entérate hoy en la conclusión divertida del Cuarteto de las Hermanas Ellsworth, [Flores Silvestres y Artimañas](#).

Apúntate para recibir mi newsletter y obtener tus Libros de Agradecimiento. Consigue vistazos, nuevas alertas de lanzamientos, regalos y más.

<https://geni.us/eMailSignUp>

~

¿Te perdiste como las hermanas menores de Roslyn, las gemelas Lizzy May y Ellie, encontraron el amor? Entérate en [Campanillas y Calumnias](#).

¡Gracias por leer!

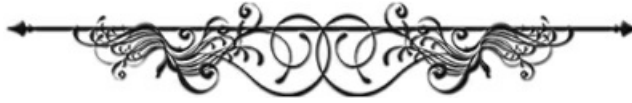
Espero de todo corazón que disfrutaste viendo a Roslyn y Will evitar las maquinaciones de la Enfermera Brookhouse y encontrar la felicidad. Si te divertiste y quieres yo lo sepa, o incluso si no te divertiste y quieres compartir eso conmigo, me gustaría oírlo. Quédate segura de que yo leo todas mis críticas en:

[Amazon](#)
[BookBub](#)
[Goodreads](#)

Así que contacta donde más te guste, y siempre puedes escribirme a summer@summerhanford.com.

Y, para nuevas actualizaciones sobre el siguiente libro, tus Libros de Agradecimiento, vistazos previos, avisos de nuevos lanzamientos, regalos, y más, apúntate para recibir mi newsletter en: <https://geni.us/eMailSignUp>

ACERCA DE SUMMER



L Summer Hanford

Summer Hanford es una autora de Romances Históricos dulces y llenos de Aventura, recuentos de, *Orgullo y Prejuicio* y Alta Fantasía, y escribe sus Novelas Históricas bajo el nombre de L Summer Hanford. Ella vive en Nueva York con su marido y gatos compulsiva y deliberadamente consentidos. El recién llegado a su hogar es un enérgico setter-pastor alemán que (todavía) no es bien querido por cualquiera de los gatos pero muy querido por los humanos. Para más cosas sobre Summer, visita www.summerhanford.com.

Puedes encontrar a Summer en:

[TikTok](#)

[Facebook](#)

[Amazon](#)

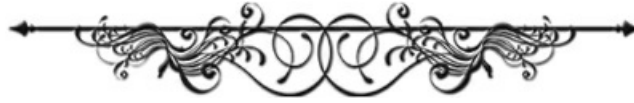
[BookBub](#)

[goodreads](#)

[instagram](#)

[Twitter](#)

COPYRIGHT



Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos, locales e incidentes son o producto de la imaginación de la autora o usados de manera ficticia. Sin embargo, varias figuras históricas y ubicaciones se usan con precisión práctica.

Kindle Edition

Corazón Partido y Muérdago Copyright © 2021 by Summer Hanford

Cover Copyright © 2021 by Summer Hanford

www.summerhanford.com

Por favor, no reproduzcas o distribuyas esta obra sin el permiso expreso de la autora:

summer@summerhanford.com

¡Gracias!